



"...con María" (Hech 1, 14)

Índice

Editorial 3

Retiro 5

Formación 11

Comunicación 19

Pastoral Juvenil 33

La Solana 41

El Anaquel 45

Bicentenario Don Bosco 95

Revista fundada en 2000

Segunda época

Dirige: José Luis Guzón

Ctra. Ledesma, 32-35

37.006 – Salamanca

Tfno.: 923 225 983

jlguzon@salesianos-leon.com

Colabora: Segundo Cousido

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681



La Auxiliadora de los tiempos difíciles

Estamos a punto de comenzar el mes de María. En muchas casas (por no decir en todas) de la Congregación son múltiples las actividades que se organizan para mantener viva la devoción de los jóvenes y de la Familia Salesiana a la Madre Auxiliadora, la “Virgen de los tiempos difíciles”.

Hace unos años D. José Aubry, en una conferencia que ofreció en Roma, titulada “Apóstoles salesianos con María”¹ nos indicaba que la Virgen inspira a nuestro estilo de vida apostólico algunos rasgos característicos. Él se detenía en cuatro concretamente.

En primer lugar, María nos enseña el camino de la *humildad*. Ella es la pequeña sierva de Dios que hace su voluntad, olvidada de sí misma y abierta a los horizontes de la salvación. Por eso, dice el autor, “acogiendo el auxilio de María, el salesiano se mantiene en este clima que la Iglesia desea encontrar hoy: ‘sierva y pobre’. Si María es sierva, *con mayor razón es él siervo* de Dios, de Cristo, de María misma y de la Iglesia. Comprende mejor que todo su trabajo es servicio, que su misión antes que un hacer o un dar, es un *recibir* que lo supera siempre infinitamente y que requiere de él *fidelidad*”². Siguiendo las palabras de este gran estudioso de Don Bosco y de la espiritualidad salesiana, deberíamos estar atentos a las enseñanzas de los jóvenes, de la Familia Salesiana, como quien sabe que lo más importante no es lo que él va a aportar, sino lo que seguramente su acción pastoral le va a proporcionar como fruto de su entrega, de su generosidad y de su apertura al Espíritu.

La segunda de las características inspiradas al modo de vida apostólico del salesiano sería la *ternura*: “La presencia de María, buena Pastora y madre, ayuda mucho al salesiano para que no olvide jamás que lo esencial de su trabajo pastoral es de carácter paterno y materno: es una *obra de generación y después de educación de los hijos de Dios*, poco a poco

¹ J. SÖLL-P. BROCARDO-J. AUBRY-C. COLLI, *La Virgen de los tiempos difíciles*, CCS, Madrid 1984, pp. 77-96.

² *Ibid.*, p. 91.

conscientes y decididos a vivir los valores del Evangelio configurándose con la imagen del Hijo perfecto (cf. *Rom 8, 29*)”³.

Una característica muy necesaria para los tiempos que nos toca vivir es la *capacidad de lucha ante las dificultades*. Desde la contemplación estética de los cuadros que se han hecho sobre María Auxiliadora, nos insinúa D. Aubry que Lorenzone nos presenta a una reina tranquila y reposada, mientras que Rocca nos ofrece una imagen mucho más dinámica, una virgen “*que se mueve*, inquieta ante los peligros que corren sus hijos. Y es una reina y madre que *hace que se muevan los otros*, que nos ayuda sin quitarnos nuestra responsabilidad”⁴.

En María encontramos también fuerza para nuestra *esperanza*. Precisamente una de las creencias más difíciles de sostener en nuestros tiempos es esta, la de la esperanza en la vida eterna. La sociedad globalizada y opulenta nos ha convertido a todos al mundo en el peor sentido del término, y no buscamos ni esperamos *casi nada* que nos ayude a vivir con una cierta tensión escatológica. María nos recuerda en este mes que vamos a vivir la importancia de poner nuestra mirada en la vida eterna y a no perder de vista, tanto para nosotros como para los jóvenes, que estamos caminando con seguridad hacia la verdadera patria del cielo⁵.

Estos cuatro rasgos dibujan un retrato espiritual del salesiano y de los miembros de la Familia salesiana que recibimos a las puertas de mayo como una invitación a preparar el mes de María trabajando e intensificando este perfil espiritual.

Encomendamos en este mes de mayo los primeros compases de D. Ángel Fernández Artime y de su Consejo a María. Que la Virgen Auxiliadora los (nos) proteja y les (nos) inspire caminos de cercanía al mundo juvenil y popular.



³ *Ibid.*, p. 92.

⁴ *Ibid.*, p. 94.

⁵ Cf. *Ibid.*, p. 95.

Retiro

La devoción mariana en la perspectiva de Don Bosco⁶

José Luis Guzón, *sdb*

1. Palabra de Dios



Lc 1, 39-56

«Por aquellos días, María se encaminó presurosa a un pueblo de las montañas de Judea. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a grandes voces: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque en cuanto oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». Entonces María dijo: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva. Desde ahora me llamarán dichosa to das las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso. Su nombre es santo, y su misericordia es

⁶ A partir de: A. GIRAUDO, *Don Bosco maestro de vida espiritual. Servid al Señor con alegría*, CCS, Madrid 2012, pp. 115-128.

eterna con aquellos que le honran. Actuó con la fuerza de su brazo y dispersó a los de corazón soberbio. Derribó de sus tronos a los poderosos y engrandeció a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada. Tomó de la mano a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros antepasados, en favor de Abrahán y de sus descendientes para siempre». María estuvo con Isabel unos tres meses; después regresó a su casa».

2. Reflexión

Aldo Giraudo nos señala que no se trata de confeccionar una mariología salesiana, sino simplemente aportar unos rasgos que ayuden a comprender la singularidad de la dimensión mariana en la pedagogía espiritual de Don Bosco.

2.1 *María en los escritos de Don Bosco*

María aparece en los escritos de Don Bosco de una manera plural, pero siempre viene adornada con los rasgos de una maternidad *amable, tierna y fecunda*.

En las *Memorias del Oratorio* se subrayan aspectos de las devociones típicas de la religiosidad popular.

Durante la *etapa de los estudios de Chieri*, subrayará los aspectos que conectan la devoción mariana con la maduración vocacional y la consolidación de virtudes necesarias para un joven seminarista.

En los *Apuntes históricos sobre la vida del clérigo Luis Comollo*⁷ (1844) presenta los rasgos que caracterizarán la sensibilidad espiritual y la devoción romántica de buen seminarista.

Formado en la escuela de San Alfonso María de Liguori, la verdadera devoción a la Virgen para Don Bosco en estos años consiste en una vida virtuosa que garantizará el patrocinio [patrocinio] de la Virgen en la vida y en la muerte. En estos mismos términos se mantiene en el *Joven Instruido*⁸ (1847).

Es en 1858, en su obra *El mes de mayo consagrado a María Santísima Inmaculada para uso del pueblo*⁹, cuando introduce la devoción mariana popular y juvenil en un compromiso concreto de vida cristiana, encuadrando muchos elementos devocionales (*Flores*, lecturas, pequeñas meditaciones..., otros tomados de las homilias de la época, o la vinculación entre devoción mariana y salvación) en el contexto de una pedagogía espiritual conducente a mantener la perseverancia en la vida cristiana, para estimular un compromiso moral, espiritual y práctico.

Con ocasión de la inauguración de la iglesia de María Auxiliadora, en 1868, Don Bosco difunde un fascículo titulado *Maravillas de la Madre de Dios invocada bajo el título de María Auxiliadora*, donde subrayará la perspectiva eclesial de la devoción mariana, a la que no son ajenas tampoco sus preocupaciones misioneras y educativas.

Aunque en el contexto de la época las advocaciones de Inmaculada y Auxiliadora evocan luchas y debates entre la Iglesia y la sociedad liberal, en los muros del Oratorio, la devoción a la Inmaculada y Auxiliadora revisten otros tonos de interioridad, espiritualidad y pedagogía, abiertos al horizonte eclesial y misionero. Cabe señalar más novedades en relación a otros aspectos de la vida cristiana, por ejemplo, presentar a María como

⁷ J. BOSCO, *Cenni sulla vita del giovane Luigi Comollo* [1854].

⁸ J. BOSCO, *Il giovane provveduto*, 1847.

⁹ J. BOSCO, *Il mese di maggio consacrato a Maria S. Immacolata ad uso del popolo*, Tip. G.B. Paravia e Compagni, Torino 1858.

maestra de la unión perfecta con Dios en la Anunciación¹⁰; como modelo de acción santificadora en la Visitación¹¹, como ejemplo de solicitud en las bodas de Caná¹², o como madre de los creyentes en el Calvario¹³.

A pesar de todo, en el fondo sigue apareciendo el carácter ascético-espiritual y apostólico de la piedad mariana para los muchachos, que es apreciable también en la *Vida de Magone*, donde María asume un papel decisivo en el proceso de construcción y consolidación de la virtud en el adolescente¹⁴, o en *El joven instruido* (1847), en el que se nos presenta a María como remedio de las tentaciones¹⁵.

2.2 La peculiaridad mariana de Don Bosco

Para desarrollar la peculiaridad de dicha pedagogía, Don Aldo Giraudo echa mano aquí de un gran intérprete del espíritu salesiano como fue Don Alberto Caviglia. Él perfila de un modo claro la función pedagógica de María en la vida de dos jóvenes del Oratorio: Domingo Savio y Miguel Magone. Sirviéndose de las biografías escritas por Don Bosco Caviglia subraya en su obra¹⁶ los pasos de dicha pedagogía.

El *progreso espiritual* de Domingo Savio él lo atribuye a la pedagogía mariana de Don Bosco y lo presenta escalonado en tres momentos.

Un *primer momento* viene dibujado por el énfasis de Don Bosco en la tensión espiritual que quiere imprimir en el corazón de Domingo con ocasión de la novena de la Inmaculada de 1854. Esa tensión espiritual alcanza el culmen con el acto formal y solemne que se celebra la noche del 8 de diciembre cuando Domingo Savio renueva las promesas de su comunión y repite la fórmula: «¡María, os doy mi corazón; haced que sea siempre vuestro! ¡Jesús y María, sed vosotros siempre mis amigos!. Pero por piedad, ¡haced que muera antes de tener la desgracia de cometer un solo pecado!»¹⁷.

El segundo momento viene caracterizado por esa especial animación que siente Domingo a ser santo tras la predicación de Don Bosco. Un impulso interior que le lleva a procurar la perfección a través del cumplimiento de sus deberes ordinarios. Don Bosco que es consciente y conoce este impulsó lo cultivará y dirigirá oportunamente.

El tercer momento coincide con la fundación de la Compañía de la Inmaculada (8 de junio de 1856). Para Caviglia aquí se encuentra la cumbre del camino pues está marcado por un «estado de perfección, en el que el amor de Dios, como fuerza vital permanente, lo va ocupando de sí cada vez mejor y siempre y elevándolo continuamente a nuevas escaladas»¹⁸.

Estos tres pasos que sigue Don Caviglia para acercarse al modo de actuación de la pedagogía mariana, explicarían según él y Don Giraudo «la grandeza dinámica de la devoción Mariana instalada por Don Bosco en los jóvenes: una devoción “no separada de la vida”, sino “compenetrada” con ella, capaz de suministrar energías morales y espirituales “para la práctica del bien, para sí y hacia el prójimo” en una perspectiva de plenitud humana y espiritual que impregna la vida mística y la operativa. No se trata solo de una

¹⁰ Cf. J. BOSCO, *Meraviglie*, pp. 20-25.

¹¹ *Ibid.*, pp. 25-26.

¹² *Ibid.*, pp. 31-37.

¹³ *Ibid.*, pp. 37-41.

¹⁴ Cf. J. BOSCO, *Cenno biografico sul giovanetto Magone Michele*, pp. 43-46.

¹⁵ Cf. J. BOSCO, *Il giovane provveduto*, 1847, pp. 51-54.

¹⁶ A. CAVIGLIA, *Savio Domenico e Don Bosco. Studio*, en *Opere e scritti editi e inediti di Don Bosco*, vol. IV, SEI, Torino 1942, p. 93.

¹⁷ *Ibid.*, p. 95.

¹⁸ *Ibid.*, p. 437.

pedagogía de la vida devota y espiritual, sino de una pedagogía global que no puede ser sino Mariana»¹⁹.

Don Caviglia se aproxima a la vida de Miguel Magone para confirmar los benéficos efectos de dicha pedagogía y sostiene que Miguel encuentra la síntesis en la piedad mariana de todas las virtudes y que -según Don Bosco- cuando el joven Magone medita un versículo bíblico escrito en una estampa de la Virgen (*Venite, filii, audite me, timorem Domini docebo vos*) sintió el impulso a escribir una carta a su Director «en la que decía que la Santísima Virgen le había hecho oír su voz, lo llamaba a ser bueno y que ella misma quería enseñarle el modo de temer a Dios, de amarlo y de servirlo»²⁰.

2.3 Una pedagogía de la adolescencia que nos interpela

De este modo, concluye la reflexión de D. Giraudo, las dinámicas interiores del santo educador y los estímulos recibidos en el ambiente educativo, llevan a que la pedagogía mariana sea eficaz para los adolescentes y se pueda convertirse como tal, desde la



perspectiva de Don Bosco y de este intérprete excepcional que es Alberto Caviglia, en una «pedagogía de la adolescencia» que será también «pedagogía de la castidad».

En conjunción con la pedagogía «eucarística» (no debemos olvidar el sueño de las «dos columnas») será un medio altamente resolutivo para nuestros planteamientos educativo-pastorales.

Y concluye: «Más allá de su argumentación, se base en textos narrativos contruidos por Don Bosco en función edificante. Sin embargo, el corte interpretativo nos convence y ofrece estímulos útiles para nuestra reflexión pastoral y pedagógica. También por el hecho de que todo su pensamiento no se puede separar de la consideración de la calidad humana y espiritual de Don Bosco, que la pensó y experimentó, y de sus convicciones más profundas. En una palabra, en el componente Mariano de la praxis educativa de Don Bosco, como en todos los otros aspectos de su “sistema”, el elemento clave resulta siempre el educador y su mundo interior, el fervor y la genuinidad de su experiencia espiritual, el clima de fe que inunda a la comunidad de vida de la que él es parte y alma»²¹.

3. Preguntas para la reflexión

- ✓ En la praxis de Don Bosco la devoción a la Virgen, y pedagogía mariana que se deriva de ella eran algo patente. ¿Sigue María Auxiliadora presente en nuestra praxis educativo- pastoral?

¹⁹ Cf. A. GIRAUDO, Don Bosco maestro de vida espiritual, p.125.

²⁰ J. BOSCO, *Cenno biografico sul giovanetto Magone Michele*, pp. 39-40.

²¹ A. GIRAUDO, *Don Bosco, maestro de vida espiritual*, p. 128.

- ✓ ¿Qué dificultades encontramos en uno y otro sentido?
- ✓ ¿Qué nos dicen estas frases que encontramos en nuestras Constituciones?
- ✓ «Guiado por María, que fue su maestra, Don Bosco vivió, en el trato con los jóvenes del primer oratorio, una experiencia espiritual y educativa que llamó “sistema preventivo”» (20).
- ✓ «La Virgen María es una presencia materna en este camino. La hacemos conocer y amar como a la Mujer que creyó y que auxilia e infunde esperanza» (34).
- ✓ «María, Madre de Dios, ocupa un puesto singular en la historia de la salvación. Es modelo de oración y de caridad pastoral, maestra de sabiduría y guía de nuestra Familia. Contemplamos e imitamos su fe, la solicitud por los necesitados, la fidelidad en la hora de la cruz y el gozo por las maravillas realizadas por el Padre. María Inmaculada y Auxiliadora nos educa para la donación plena al Señor y nos alienta en el servicio a los hermanos» (92).
- ✓ «Con la ayuda de María, madre y maestra, se esfuerza por llegar a ser educador pastor de los jóvenes en la forma laical o sacerdotal que le es propia» (98).
- ✓ En este último año de preparación al Bicentenario del nacimiento de Don Bosco, profundizando en su espiritualidad, ¿qué iniciativas pueden ser más interesantes a la hora de conocer, ahondar y vivir la espiritualidad salesiana?

4. Bibliografía

- BERTETTO, D., *Maria Madre Universale*, Libreria Editrice Fiorentina, Firenze 1958.
- BERTETTO, D., *Maria la serva del Signore: Trattato di Mariologia*, Dehoniane 1988.
- BROCARDO, P., *San Giovanni Bosco apostolo del titolo Auxilium Christianorum* in «Salesianum» 12 (150) 519-574.
- BROCARDO, P., *Maria Ausiliatrice: la Madonna di Don Bosco*, in A. PEDRINI (ed.), *La Madonna dei tempi difficili*, Roma 1980.
- CHÁVEZ, P., «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27). *María Inmaculada Auxiliadora*, ACG 414 (2012).
- GIRAUDO, A., *Don Bosco, maestro de vida espiritual. Servid al Señor con alegría*, CCS, Madrid 2012.
- VALENTINI, E., *L'Immacolata nella missione educativa di San G. Bosco*, in ACADEMIA MARIANA SALESIANA, *L'Immacolata Ausiliatrice*, Torino 1955.
- VIGANÒ, E., *Maria rinnova la Famiglia Salesiana di Don Bosco*, ACS 289 (1978).
- VIGANÒ, E., *María auxilio de los cristianos*, Santiago de Chile 1962.



Formación

Arraigos y des-arraigos: la “nueva radicalidad”

La nueva radicalidad -¡no me gusta la palabra radicalismo!- es la forma de seguir a Jesús, nuestro contemporáneo, hoy. Es una radicalidad amable y simpática: porque no es egocéntrica ni egolátrica; porque quien llega a las raíces se descubre enraizado en la naturaleza humana, en aquello que todos compartimos y por eso, se descubre y redescubre en el Otro.

¿Qué significa “volver a lo esencial”? Estamos tal vez en un tiempo de desconcierto. El pasado no nos convence. El futuro que este presente nos depara no nos ilusiona. ¿Habremos perdido las raíces?

- *¿Cómo ir a la raíz?*
- *¿Cómo conectarse con ella?*

1. Desarraigos: Abrahán, primeros Discípulos/as y Monjes

Cuando un proceso formativo es iniciático, nos introduce en una nueva forma de vida. El paso de una forma de vida a otra comporta, entre otras cosas, un “desarraigo” y un nuevo “arraigo”.

La vocación de Abraham ha sido paradigmática para muchos de nosotros. Dios lo llamó a dejar su tierra, su patria, la casa de su padre, y le pidió que se trasladara a otra tierra que él le iba a dar para ser allí el inicio de un nuevo pueblo:

«Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gen 12, 1-3).

La carta a los Hebreos entiende que este “desarraigo” del mundo paterno ha nacido de la fe, la obediencia, la esperanza:

“Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó por la Tierra Prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas. Pues esperaba la ciudad asentada sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (Heb 12, 8-10).

De forma semejante, Jesús invitaba a sus discípulos a entrar en la vida (cf. Mt 19,17). Para ello, se hacía necesario también el desarraigo del mundo paterno, del mundo de las herencias. La incapacidad para el desarraigo fue simultáneamente incapacidad para el seguimiento en el joven rico. Sin embargo, los discípulos que le seguían, sí fueron capaces de dejar padre, madre, hijos e hijas, herencia... Así se lo expresaban los discípulos a Jesús, cuando respondió a Pedro:

«Pedro, tomando la palabra, le dijo: “Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos, pues?” Jesús les dijo: “... Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna.” (Mt 19, 27.29)

La vocación a la vida consagrada o religiosa implica un fuerte desarraigo, no menor que el de Abraham y el de los discípulos que seguían a Jesús. Podemos dar nombre y rostro a nuestros desarraigos, que en determinadas ocasiones se hacen especialmente intensos y dolorosos.

Este “desarraigo” es entendido de formas diferentes entre nosotros:

- Para unas congregaciones ese desarraigo se expresa en el cambio de nombre, de vestidos, de costumbres; de esa manera se expresa el cambio interior.
- En otros grupos o institutos, la atención se fija, sin embargo, mucho más en el aspecto interior que en el exterior: se pide un cambio de escala de valores, de conducta; pero no se atiende tanto al orden externo. Se mantiene el nombre, la forma más secular de vestir, la relación con la gente.
- En el antiguo monacato este desarraigo era denominado “*conversio morum*” o conversión de las costumbres. Se suponía que el joven monje traía consigo algunas costumbres impropias de la vida monástica. Su tarea ascética consistiría en desarraigar de su corazón las raíces del mal para habituarse a vivir desde la virtud. Los grandes maestros espirituales como Evagrio o Casiano enseñaban el arte de ir desarraigando las males costumbres, o vicios, o pecados radicales, para entrar en la experiencia de la libertad en el espíritu, o llegar a la *apatheia*, es decir, la superación de las pasiones negativas.

También hoy entramos en esta forma intensa de vida cristiana que es la vida religiosa o consagrada, con actitudes y costumbres contrarias a una forma de vida evangélica. Por eso, los procesos formativos iniciales, pero también continuados, tienen mucho que ver con el desarraigo. La nueva vida “en comunidad” y “en misión” exige arrancar de nosotros aquellas actitudes que son contrarias a esta forma de vivir como:

- el egoísmo o egocentrismo,
- la búsqueda de confort o comodidad,
- el deseo de ser servido en lugar de servir,
- el intento de definir mi horario, mis entradas y salidas etc.

- los apegos que impedirán la necesaria disponibilidad: como la relación demasiado intensas con los amigos y amigas, el deseo de permanecer o visitar muy frecuentemente el propio pueblo, o no pensar la propia vocación fuera de la propia patria, lengua, cultura etc..

Desarraigo y desapego son dos palabras que pertenecen al argot propio de los procesos iniciáticos y formativos, tanto en sus etapas iniciales, como posteriores. También hoy se nos invita a la conversión, a desarraigarnos de nuestra tierra, de nuestra patria, de nuestro mundo afectivo, en favor de una misión que ha de exigir de nosotros disponibilidad para ir a otros pueblos, naciones y culturas. Resultado de todo esto es un sinfín de desarraigos, desapegos, desprendimientos en nuestra vida.

2. Para Arraigar en otro lugar

No podemos vivir sin raíces, pues nos derrumbaríamos. Por eso, quien se desarraiga en un lugar, debe arraigar en otro: Abraham recibe el don de una nueva tierra y de una nueva paternidad sobre todo un pueblo. Los discípulos reciben como regalo el ser compañeros/as de Jesús, a quienes se les promete el ciento por uno y después la vida eterna; reciben también como regalo el “poder de Jesús” para expulsar demonios, curar enfermos, anunciar creíblemente la llegada del Reino, hacer obras “aún mayores” que las de Jesús.

Bien sabemos que nuestra forma de vida tiene grandes compensaciones, cuando es vivida con autenticidad. Jesús lo comparaba con la venta de todo para comprar un gran tesoro. ¡Se trataría de una excelente inversión! La verdad es que la vida consagrada -bien vivida- nos pide un desarraigo para arraigar en algo verdaderamente consistente, nos pide vaciar nuestro cántaro para llenarlo de agua que salta hasta la vida eterna.

De todo esto se deduce que para decir un “sí” a la vocación hay que decir “no” a otras realidades, desprenderse de ellas, desarraigarse de ellas. El dolor que produce el desarraigo es muy fuerte. Se suele decir que nuestra vida implica muchas renunciaciones. No creo que sólo haya que decirlo de nuestra forma de vida. Cualquier forma de vida humana implica en las actuales condiciones no pocas renunciaciones. En manera alguna, deberíamos presentarnos como los “héroes” de la renuncia.

3. La nueva situación: ¿Re-arraigar?

Empleamos también otra palabra: ¡re-arraigar! ¿Qué quiere decir? ¿En qué consiste?

Las palabras compuestas con el prefijo “re-” se han vuelto muy frecuentes en estos últimos tiempos: hablamos de re-fundación, re-cuperación, re-novación, re-forma, re-estructuración... ¡Y ahora venimos nosotros con una nueva palabra “re-arraigar”, o “arraigar de nuevo”!

Sí. La hemos buscado con toda conciencia. Queremos relanzar una nueva ¡radicalidad! Vivir desde la raíz, proyectar desde la raíz, crear desde la raíz.

Un mal dentista me extrajo -hace ya bastantes años- varias muelas dañadas. Las extraía de raíz. Se evitaba de este modo el arduo trabajo de reconstruir la muela dañada a través de una endodoncia. Me di cuenta que, de seguir con este dentista, no muy tarde acabaría con todos mis dientes. No era cuestión de arrancar, sino de sanar raíces. Pero ante, su audacia, se hizo necesario suplir las raíces. Valga el ejemplo, para ver que cuando se extraen raíces, el ser humano se desvitaliza y queda privado de algo decisivo, esencial: de una fuente de vitalidad. Claro lo ideal sería disponer de nuevas raíces que plantar, para que el organismo recupere su vitalidad. ¿Es esto posible en el ámbito de la formación?

En este tiempo hemos asistido al arranque de no pocas raíces: algunas porque eran malas raíces, pero tal vez otras no lo eran.

En este “cambio de época” -que estamos viviendo- hemos sometido a revisión “la herencia recibida” (Gianni Vattimo), hemos abandonado visiones del mundo, formas de lenguaje y de conducta, viejos símbolos, para entrar en una nueva época. También en el ámbito de la vida religiosa el revisionismo con relación al pasado ha sido fuerte. Por eso nos preguntamos:

- ¿Todo lo que en este cambio de época, o en los procesos formativos se ha sembrado, es semilla buena?
- ¿Todo lo que se ha arrancado y hemos abandonado ha sido semilla mala?
- ¿No puede haber ocurrido en este tiempo que hayamos perdido raíces necesarias esenciales y que ahora estemos de alguna forma sufriendo las consecuencias?
- ¿Cuáles son las raíces que nutren actualmente nuestra vida, vuestra vida? ¿son las mejores? ¿no hay otras mejores?

4. ¡Cuidado! ¿Trigo y Cizaña?

Es importante escuchar en este momento, las palabras de Jesús. Él, en su parábola del trigo y de la cizaña, pone en boca del amo unas palabras bastante misteriosas e incluso incómodas. Ante la información de que alguien ha sembrado mala semilla en su campo y la propuesta de los servidores de arrancarla cuanto antes, él responde:

“No, no recojáis la cizaña; no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla y el trigo recogedlo en mi granero” (Mt 13,27-30)

Parece ser que Jesús está convencido de la dificultad que conlleva el distinguir entre la buena y la mala semilla, al menos en sus etapas iniciales. Él prefiere que crezcan juntas para que al final el discernimiento sea claro. Tal vez, también, para que la semilla buena manifieste su poderío y validez sobre la semilla mala.

La incapacidad humana para saber si estamos habitados por semilla buena o mala, supone un serio correctivo a iniciativas precipitadas, unilaterales y un tanto fundamentalistas, que nos llevan a arrancar -cuanto antes- lo que nos convence. Así, algunos se han precipitado en expulsar de la comunidad a algunos candidatos, o en prohibir tajantemente lo que podría haber sido bueno, excelente...

Hubo un tiempo, especialmente en los años setenta, en el cual la propuesta formativa más progresista se caracterizaba por su “radicalismo”. La formación quería ser “rupturista”; intentaba introducir -como se decía- una “nueva vida religiosa”. En ese modelo se rompía absolutamente con el pasado. Las propuestas eran de contraposición al modelo tradicional y conservador. Un modelo intermedio -pero que no convencía- era el reformista. Este modelo no conseguía entusiasmar, ni centrar; sino que más bien dispersaba y confundía, porque eran “remiendos nuevos en un manto viejo”, “vino nuevo en odres viejos”. Parecía no haber alternativa, si no fuera porque se descubrió el modelo holístico, personalista, integrador, o ecológico, tal como algunos de nosotros lo denominamos. El modelo ecológico no quiere alinearse con la parte, sino con el todo. No le importa ser conservador, pero tampoco le importa ser progresista. Le interesa el todo. Por eso, acepta el desarraigo, pero cuando lo cree necesario el arraigo y el re-arraigo. El modelo ecológico de formación se expresa muy bien en las preguntas que colocamos en el folleto de propaganda de este encuentro:

- podemos ser apasionados sin dejar de ser sensatos;
- podemos ser sorprendentes sin dejar de ser fieles;
- podemos ser innovadores sin dejar de ser leales;

- podemos crecer sin perder las raíces.
- ¿qué raíces mantienen nuestra vida religiosa?
- ¿cómo recuperar una nueva radicalidad? ¿cómo redescubrir la identidad y misión?

Se trata, por consiguiente, de coordinar, armonizar elementos -al parecer contrapuestos-, como pasión y sensatez, sorpresa y fidelidad, innovación y lealtad, crecimiento y raíces. No vaya a ocurrir que la pasión nos haga arrancar la sensatez y el deseo de sorprender la fidelidad y la innovación la lealtad y el crecimiento renunciar a las raíces. O también al contrario: que nos pasemos de sensatos, de fieles, de leales, de radicales y nos cerremos a germinar en la dimensión de pasión, sorpresa, innovación.

En el fondo, uno tiende a pensar, que según la interpretación de Jesús, no es tan malo lo que a veces nos parece malo y no es tan bueno lo que a veces nos parece tan bueno. Nadie puede pretender ser experto en trigo y cizaña al principio. Hay que tener paciencia. Sólo al final se sabrá. El vivir el proceso en medio de la incertidumbre no es mala cosa.

El proceso formativo se caracteriza entonces no por un radicalismo unívoco, totalitario, totalizante, incapaz de convivir con otras formas de radicalismo, capaz de condenar la otra forma de radicalismo. Si no por soportar las consecuencias de un crecimiento conjunto.

Dando un paso más, hemos de jugar con la dualidad:

- tiempo de morir, tiempo de nacer (espiritualidad),
- tiempo de creer, tiempo de testimoniar (eclesialidad),
- tiempo de plantar, tiempo de arrancar (Congregación),
- tiempo de hablar, tiempo de callar (Comunidad),
- tiempo de hombre, tiempo de mujer (género).
- “Cada cosa tiene su tiempo” nos dice la Sabiduría del Qohelet o Eclesiastés.
- No podemos hacerlo todo a la vez, pero tampoco hemos de privarnos de todo aquello que forma parte de la condición humana: no todo es morir, o creer, o plantar, o hablar, o tiempo de varón; también hay otro todo que es nacer, testimoniar, arrancar, tiempo de mujer.

¿Nos habremos olvidado de alguna de estas contraposiciones a la hora de entender nuestra misión o identidad?

En estos últimos años hemos descubierto con más nitidez que no hay solo verdad, bondad, belleza, sino también falsedad, maldad y fealdad. Y que estas realidades contrapuestas se entremezclan, creando un mundo de una cierta ambigüedad. Vivimos en el mundo de la ambigüedad, como escribía tan acertadamente Paul Tillich. Por eso, resulta tan difícil distinguir, optar, decidir. ¡Todo está tan entremezclado! Es muy fácil confundirse. Lo mismo sucede con las raíces. Arrancar unas raíces, supuestamente malas, puede convertirse en desarraigo de raíces buenas, óptimas.

Lo mismo sucede con el desarraigo. Ya no nos parece tan malo, lo que en otros tiempos era considerado malo: la relación con la familia, con los amigos, mantener ciertas costumbres, ciertos estilos. Hoy no pensamos que sea necesario cambiar de nombre, vivir una vida reclusa. No venimos a la vida consagrada para desencarnarnos, sino -en muchos casos- para insertarnos mucho más en la realidad. Lo que antes parecía infidelidad a esta forma de vida, por ser considerado incompatible, ahora no lo es. Durante el noviciado nos desprendemos de cosas que después volvemos a recuperar. A noviciados enormemente austeros y abnegados, suceden juniorados un tanto aburguesados, o tensos por búsqueda de libertades o recuperadores de costumbres perdidas. La cuestión que se plantea entonces es: ¿vuelven a renacer las viejas y malas raíces? ¿es cuestión de relajación?

5. La Radicalidad “de nuevo”

Voy a aventurarme a decir, a modo de ejemplo, qué buenas raíces hemos podido desarraigar en el proceso y que ahora deberíamos re-arraigar:

1. El método, el entrenamiento, la disciplina vital

Hemos tendido a reinventar cada poco tiempo nuestra vida y también nuestra misión. No nos ha interesado la continuidad, sino la fascinación de la última novedad. No hemos seguido un método vital serio, contrastado. Es la vida como zapping, probar de todo un poco, sin digerir nada. De ahí la pérdida de radicalidad. El mismo cuerpo se nos amuerma o se desconfigura cuando no responde a un proyecto ascético que lo mantenga en forma. La misión como zapping es así mismo un constante reinventar la misión para desconfigurar el cuerpo eclesial y no conseguir entrar seriamente en el cuerpo de la sociedad.

Queremos y debemos re-enraizar en nosotros

- el arte de los buenos hábitos, del método de vida, de la disciplina. El esfuerzo por mantener el cuerpo y el espíritu -inteligencia- en forma. A ello corresponde una cierta disciplina, la adecuada utilización del tiempo, los hábitos que nos permiten ahorrar energías.
- La pasión por la obra-misión bien planeada, bien y pacientemente elaborada, excelentemente realizada.

2. El sentido del misterio, de lo sagrado.

La convicción de la cercanía de nuestro Dios, de su amor hacia nosotros, la afirmación repetida de que se encuentra en los últimos, en los pequeños, nos ha llevado a una inconsciente minusvaloración de su grandeza y pérdida de sentido de lo sagrado. Al final hemos empequeñecido a Dios en nuestra conciencia, hasta el punto de ni siquiera hacer teología sobre él, debatir sobre su misterio, darlo por una realidad excesivamente obvia. Una vida “religiosa” basada en estas convicciones es la que estamos viviendo. Le falta sentido del misterio, de la adoración. Lo religioso se confunde con lo vulgar.

Queremos y debemos re-enraizar en nosotros:

- El auténtico “temor de Dios”, estremecimiento ante su nombre, reconocimiento de su Grandeza, espíritu de adoración.
- Rescatar lo divino de su vulgarización y volver a los grandes debates sobre Dios, pero en nuestro tiempo y expresar nuestra adoración con el lenguaje y las experiencias de nuestro tiempo. La recuperación del sentido de lo sagrado, no debe confundirse con la recuperación de los símbolos cortesanos de edades pasadas, sino con el redescubrimiento de cómo inventar a Dios hoy,
- Sentido del misterio, de lo sagrado. Y, en consecuencia, no despreciar el carácter sagrado de nuestra forma de vida y persona. Me refiero a la sacralidad de Jesús, no a otro tipo de sacralidad.

3. El espíritu misionero, aventurero, utópico, escatológico, apocalíptico.

La valoración de la historia, de la secularidad, de las religiones, nos ha llevado a descubrir otras verdades, otras bellezas, y a reeditar nuestra verdad y belleza, nuestra religión. Esto nos ha vuelto un poco relativistas y nos ha hecho perder el celo misionero. Hemos pensado que no era necesario entregarse tanto a la “causa”

de Jesús; más bien, colaborar con la causa de los demás, que son válidas. Hemos tendido a valorar mucho lo de los demás, con perjuicio de infravalorar lo nuestro.

Por otra parte, hemos valorado mucho más la temporalidad. Aunque los problemas que llevamos entre manos sean muchos, sin embargo, apreciamos la vida, la historia que entre todos tejemos, la creatividad que nos caracteriza. El aprecio al tiempo nos frena el deseo de otros tiempos, sean pasados o futuros. El acicate hacia el futuro trascendente, hiere menos. Se prefiere el futuro del progreso, de la novedad, pero no un futuro que acabe apocalípticamente con este presente.

En la medida en que nos vemos situados en la sociedad del bienestar nos resulta más difícil acentuar en nuestra vida la tensión escatológica hacia el futuro que Dios nos va a regalar. Esto se traduce en saborear hasta con exceso esta vida, lo que ella nos ofrece como disfrute, entretenimiento... y un cierto cansancio ante lo religioso, la vida en el Espíritu, el crecimiento interior.

Siempre que en las iglesias de la Reforma, como en la Iglesia católica, se ha hablado de radicalismo o se ha empleado el término “radical” la referencia ha sido a la dimensión escatológica del cristianismo. El radicalismo de Jesús tenía que ver con ello. Recordemos aquella frase radical, que expresaba también su radicalismo vital:

“Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6,33).

La Iglesia pierde el instinto escatológico cuando se ubica cómodamente en esta historia, cuando asume el statu quo, cuando su despreocupación por el futuro y su centramiento en el presente, no tiene nada que ver con la confianza en la venida del Reino, sino en un asentamiento burgués en la comodidad.

Sí, creo que la Iglesia se ha ido acomodando, haciéndose un lugar, un espacio religioso, en el que se encuentra bien y en el que no hay grandes expectativas. La pérdida del aguijón apocalíptico hace que no sea muy luchadora, ni rebelde. Se conforma fácilmente con gobiernos poco innovadores, con políticas conservadoras, con todo aquello que mantiene el statu quo. Como toda esa gente que, aun sabiendo lo que se dice sobre Milosevic y los crímenes que bajo su gobierno se cometieron, han pasado devotamente ante su cuerpo muerto, como si de un héroe se tratara.

Re-arraigar la raíz escatológica y apocalíptica es un gran e importante empeño para nuestro tiempo. En el Sínodo sobre la vida consagrada, hace ya más de 10 años, decía el Cardenal de Malinas en su excelente intervención que estamos perdiendo en la vida religiosa el sentido de la “vida eterna” y todo lo que esa conciencia y sentido conllevan.

Re-arraigar la escatología significa introducir en la formación un elemento de inquietud

4. El espíritu de fidelidad: el cuidado por la llama, la vida como cuidado.

Estamos en tiempos en los cuales no es fácil la fidelidad. El movimiento, el deseo de novedad, la conciencia de que el ser humano ha de tener siempre la puerta abierta, hace difíciles las viejas fidelidades. Por eso, ya no queremos hablar de “fidelidad a la oración”, “fidelidad al trabajo”. En una época posmoderna, como lo nuestra, la fidelidad está sometida a la experiencia y no la experiencia a la fidelidad. Esto nos hace vivir en una situación de “divorcio potencial”. En cualquier momento, difícil o no, nos puede alguien amenazar con un divorcio.

Es el joven que ante las dificultades “se piensa seriamente si seguir en esta Congregación o Comunidad”, es el religioso que ante un destino, o una circunstancia más favorable, abandona su grupo, su misión, su fe.

Necesitamos raíces de fidelidad. Y la fidelidad no hace de la obediencia a una ley de perennidad, sino del descubrimiento de la energía ínsita en nuestras grandes intuiciones vitales. La vocación es una gran intuición y lleva dentro de sí misma la semilla de la fidelidad. Una vocación auténtica, si es bien cultivada, tiene dinamismo de fidelidad.

Sólo en momentos de obcecación, de fantasmas, de demonios interiores, cuando las malas acciones nos incitan a la desconfianza, sólo entonces, la fidelidad se vuelve dura, obstinada y se traduce -sobre todo- en confianza, paciencia, o esperar contra toda esperanza.

La llama de la vocación ha de ser resguardada, cuidada, alimentada. Ese es el dinamismo de la fidelidad que hay que mantener en nosotros.

5. “No deseo grandezas que superan mi capacidad”: el rostro de la Humildad

La soberbia es la matriz de muchos males. La humildad nos abre a la gracia. Hemos crecido en autoestima. Hemos aprendido lo importante que es sentirnos personas, tener criterios propios, autoafirmarse. Esto ha sido un gran paso.

Sin embargo, también debemos recordar que no somos todo, que no somos el ombligo del mundo, ni de la iglesia, ni de la congregación, ni de la comunidad. El egocentrismo juega muy malas jugadas, porque nos impide disfrutar de los demás y nos vuelve envidiosos; nos hace tan autónomos que no nos permite descubrir la precariedad que nos envuelve, la menesterosidad e incompletud de lo que somos.

La humildad abre a la gracia. Ser un joven humilde es estar abierto a muchas posibilidades. Ser un joven soberbio es creerse que todas las posibilidades se tienen dentro de uno mismo. Lo que hace el soberbio poco a poco es esparcir su propia basura interior.

Sólo quien es humilde valora a los humildes, se siente entre ellos, los ama, se entrega a ellos. Sólo el humilde se vuelve partícipe de la causa de los pobres y de los humildes sin deseos de liderazgo, de éxito personal. Sólo el humilde descubre la humildad y discreción de Dios y se vuelve cómplice de su forma kenótica de salvar el mundo.

Conclusión

La nueva radicalidad -¡no me gusta la palabra radicalismo!- es la forma de seguir a Jesús, nuestro contemporáneo, hoy. Es una radicalidad amable y simpática: porque no es egocéntrica ni egolátrica; porque quien llega a las raíces se descubre enraizado en la naturaleza humana, en aquello que todos compartimos y por eso, se descubre y redescubre en el Otro.

Comunicación

La escuela hoy en la encrucijada:

-Hacia otra educación desde la ética de Levinas²²-

1. Algunas señales de interrupción la tarea educadora la escuela

Durante mucho tiempo la escuela ha cumplido con su tarea socializadora de educar a las nuevas generaciones en un orden normativo-simbólico, establecido o institucional. Pero una gran mayoría de analistas está de acuerdo en afirmar que esta institución está inmersa en una frágil situación de fractura de las transmisiones (Peña y Fernández, 2009). No se trata de una coyuntura pasajera, como si fuera una dificultad puntual de los cambios tan rápidos y vertiginosos sucedidos en nuestra sociedad. La situación actual por la que atraviesa la escuela es de clara incertidumbre y de incapacidad para determinar qué podemos hacer al estar viviendo en este tiempo postmoderno en que se le presta más atención al presente, líquido y fugaz, que al pasado y al futuro (Bauman, 2007).

Hoy es fácil admitir la expresión de «crisis pedagógica» como evidencia incontestable de la precariedad de lo que transmite la escuela. Si algo hay de común en el debate actual sobre esta institución es el hecho de que nadie está satisfecho con la educación actual (Ministerio de Educación, 2009). De ahí que la misión de facilitar la identidad e instalación a cada ser humano en este mundo ya no es posible cumplirla en la escuela por la carencia de respuestas significativas, edificantes, en relación con el proceso de construcción

²² Publicado en el año 2010 en la revista *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*. 22 (2), pp. 43-61.

personal. En este marco de crisis, ella misma ya no es la única referencia válida de la formación de los individuos ni tampoco se encuentra en condiciones de llevar a término su propia tarea. Ayudar a las nuevas generaciones a cultivar el componente de humanidad para vivir aquí y ahora con proyección de futuro se ha convertido en un deseo prácticamente imposible de realizar.

Pero la precaria situación transmisora de la escuela no es un hecho aislado, algo específico e inmanente a esta institución, sino una manifestación más del profundo colapso de los procesos de transmisión en el interior de nuestra sociedad. Familia, escuela, sociedad, religión son estructuras privilegiadas de la transmisión que han permitido sentar las bases de la construcción humana, de encontrar criterios para orientarse a lo largo del trayecto vital. Mientras que antes se tenía la sensación, en feliz expresión de Duch, de estar pisando «tierra firme», de que esas estructuras aportaban los fundamentos de la vida de las personas, ahora tan sólo se han convertido en simples opciones que ejercen una pequeña influencia en la vida individual y comunitaria. Ello ha traído consigo una «descolocación» del individuo, una constante desestructuración, desorientación y abandono de criterios fiables que puedan incidir en el proceso formativo de niños y adolescentes. En la práctica, la configuración de procesos educativos realmente humanos y creadores de la personalidad de los individuos es la consecuencia más inmediata de estar inmersos en esa situación de interrupción de las transmisiones. Ello desemboca en un peligroso desarraigo de los individuos de su cultura y en la ausencia de relaciones interpersonales que les lleva a no estar vinculados a una identidad social.

El aumento sin precedentes de las más variadas e inéditas formas de violencia social y escolar (maltrato, conflicto en las aulas, etc.) son manifestaciones evidentes de desconfianza de los unos respecto de los otros. Además, está bastante extendida la creencia de que lo transmitido tiene poca relevancia para la vida, porque es un hecho bastante contrastado la escasa capacidad de las personas para aportar soluciones a problemas actuales. Con estas evidencias, no resulta desmesurado afirmar que existe un amplio sentimiento de incredulidad hacia los modelos y reformas escolares llevadas a cabo en los últimos decenios.

Su aplicación no ha aportado de modo satisfactorio los resultados esperados. Buscar ahora causas y factores que han intervenido en esa incómoda situación dentro de nuestro sistema educativo no deja de ser una tarea ciertamente compleja, cuya magnitud sobrepasaría lo razonable y alcanzaría un nivel de responsabilidad personal e institucional bastante insospechado.

A nuestro juicio, una de las cuestiones centrales dentro de esta problemática es la convicción de que la formación de los individuos, a lo largo de los dos últimos siglos, se ha ido impregnando cada vez más de contenidos científico-tecnológicos en detrimento de otros contenidos de rostro humano (Ortega y Mínguez, 2001; Duch, 2007; Mèlich y Boixader, 2010). De este modo, la mentalidad tecnológica se ha impuesto de modo abrumador en los currículos escolares, en la formación docente y en la actividad diaria del aula. Sin que esta afirmación se convierta en un alegato en contra de la enseñanza de la ciencia y de la tecnología, lo que se ha considerado válido de transmitirse es aquello prioritariamente útil, verificable y objetivo a nivel empírico. Este conocimiento, de tipo lógico o racional, ha conseguido analizar el mundo a través de la sola razón natural y sus logros hoy son indiscutibles porque ha mejorado el bienestar del conjunto de la humanidad. Lo cual ha promovido un tipo de formación basado en el cultivo de las capacidades, actitudes y destrezas necesarias para entender y descubrir leyes sobre el comportamiento de las cosas, como también un adiestramiento en la capacidad técnica de intervenir sobre ellas. Pero ese tipo de saber (científico-tecnológico), aun siendo necesario para la formación cultural de los individuos, ha perdido su carácter de totalidad a causa de la incesante proliferación de disciplinas científicas y, con ello, la fragmentación del conocimiento con el fin de saber algo preciso y exacto sobre el mundo y sus aspectos,

aportando una ingente cantidad de información como si sólo eso fuera suficiente para estar educado hoy. Por ello, el ideal formativo que exige el «comportamiento científico» ha llegado a contraponerse al «comportamiento sapiencial» (Duch, 1997), entendiéndose éste como el arte de vivir, comportamiento que hace referencia a una formación ético-moral adecuada. La cultura occidental moderna no ha aprovechado la necesaria complementariedad entre ciencia y sabiduría, hasta el punto de que ésta ha caído hoy en el descrédito, «cosa que constituye probablemente una excepción en la historia de la humanidad» (Panikkar, 1998, 18). El estilo de vida actual, lo que llamamos vida moderna, está inundado por la cosmovisión de las ciencias naturales, por un pensamiento atento a la exactitud, a la cuantificación y a lo empíricamente verificable (Watson, 2010; especialmente el cap. 17). Y este interés ha provocado que el hombre de hoy se encuentre inmerso en un mar de informaciones sobre el mundo, la vida y sobre sí mismo, pero también «se encuentra desarraigado porque la imagen científica del mundo ha perdido la dimensión humana y porque su morada no fue construida por la sabiduría, sino por un cálculo extrapolador» (Panikkar, 1998, 28).

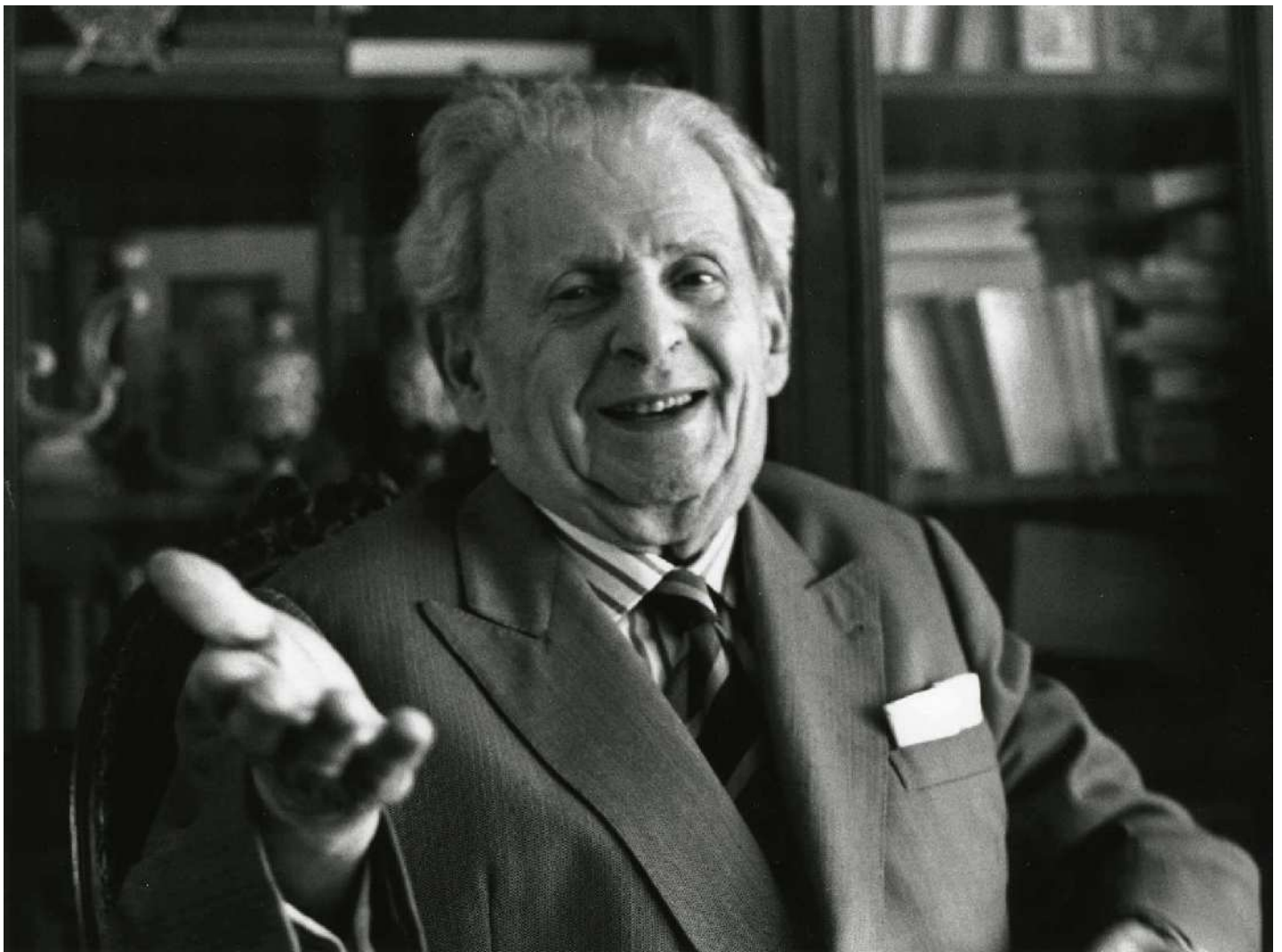
Las consecuencias de esta mentalidad en la vida escolar no han tardado en mostrar lo evidente de esta situación. La primacía otorgada a la ciencia y a la tecnología en la formación de los individuos ha hecho creer que, en lo sucesivo, las nuevas generaciones estarían en condiciones de responder a todos los problemas con los que se encontrarían, cuando de lo que también estarían necesitados es de una reorientación ético-moral sobre los criterios que deberían regular la vida humana y las relaciones personales. Si admitimos que la educación de hoy está necesitada de llevarla a cabo de otro modo, al menos en lo que afecta a la dimensión ético-moral de las personas, ello nos obliga a considerar que la ética no es algo complementario o un elemento más, entre otros posibles, en la educación. A nuestro juicio, la ética es un aspecto constitutivo de cualquier acción educativa. Compartimos con el prof. Mèlich (en Mèlich y Boixader, 2010, 37) la siguiente afirmación: «La ética es estructural a la relación educativa o, lo que es lo mismo, sin ética la educación queda reducida a puro adoctrinamiento». En coherencia con ello, la formación de los individuos es educativa si sólo se configura como la respuesta (responsable) a la interpelación del otro. Por tanto, educar es responder al otro y del otro, al otro que me interpela, que me demanda; por lo que, desde una perspectiva ética, educar es hacerse responsable del otro.

La acomodación de la teoría y de la práctica educativa a la proliferación de una mentalidad científica ha producido resultados muy alejados de lo que hubiera sido deseable y ha trastocado la vida cotidiana de las personas. Además, es harto evidente que los avances científicos y tecnológicos han configurado las condiciones actuales de vida humana hasta el punto de que se ha producido un cambio profundo en el modo de pensar y de vivir en comunidad. En el ámbito escolar, lo verificable científicamente sigue siendo el criterio mayoritario para la comprobación de los resultados educativos; importan los «efectos» a conseguir en los procesos de enseñanza-aprendizaje, mientras que se ha desvalorizado el mundo de los «afectos», el distanciamiento o el olvido de los unos respecto de los otros (Duch, 2007). Ello está provocando, a nivel social, un fuerte enclaustramiento de la identidad y una significativa incertidumbre en la convivencia que se manifiesta con nuevos fenómenos de anomia, aislamiento, rechazo social y exclusión del otro diferente (Tezanos, 2008). Por ello, creemos necesario pensar y hacer la educación de un modo distinto, partiendo de la idea de que la formación del sujeto primariamente se constituye en relaciones de dependencia. Esta afirmación que establece la relacionalidad como categoría propia de la educación, «tiene una implicación específica para una orientación ética hacia el otro» (Butler, 2009, 34).

Ante el predominio de la mentalidad científico-tecnológica en nuestra sociedad, la escuela se muestra incapaz de articular un proyecto educativo realmente humanizador y esta incapacidad abarca también a las familias, a la religión y a la política. Pero ello no debería ser pretexto para justificar actitudes de conformismo e inmovilismo pedagógico. Por su

mismo dinamismo, la educación reclama para sí un «ir más allá» de lo que hay, una re-interpretación teórica y práctica de la educación a la luz de los acontecimientos vigentes. No hay educación sin proyección de futuro, ni tampoco educación que sea válida para siempre. En el fondo, hay sujetos singulares que viven aquí y ahora en busca de criterios que les orienten en su trayecto vital. Por eso, cualquier chico o chica en proceso de formación necesita vincularse a un proyecto humano en y desde este mundo, descubrir un «sentido de vida» que señale un horizonte de sentido hacia el cual dirigirse y desde el cual encuentre el contexto donde sitúe su vida o su existencia (Carr, 2005).

Si se pretende realmente hacer viable este proyecto, resulta inevitable que la formación científica llegue a conjugarse en un deseado equilibrio con la formación ética de la persona. Ciencia y ética son dos dimensiones inseparables de la educación de niños y adolescentes. Pero aún se sigue concediendo mayor atención pedagógica a la ciencia y a la tecnología en los procesos de enseñanza-aprendizaje. Nosotros no abogamos por la abolición de la ciencia en la formación del ser humano. Al reconocer su enorme contribución al bienestar del hombre queremos insistir en que sería insensato dejar aparte esta formación. Pero se podría caer en un peligroso adoctrinamiento si la formación de las nuevas generaciones sólo fuera científica y no estuviera acompañada de una justa atención a su dimensión ética. Si educar hoy se resuelve en aprender ciencia para la búsqueda del mejor conocimiento y su aplicación en la solución de problemas concretos, también educar es aprender a ser-con-los-demás para mostrarse capaz de dar respuesta (responsable) de lo que hace.



2. Educar es una demanda que viene del otro

Existe una amplia preocupación en el profesorado por obtener una respuesta sensata sobre cómo enseñar los contenidos escolares. No se percibe un interés evidente por el qué y para qué de su actividad docente. Es algo dado por supuesto: circula la opinión bastante común entre el profesorado de que la escuela se distingue de otras agencias educadoras porque es el espacio en donde se diseñan, realizan y evalúan actividades de aprendizaje para la consecución de unos objetivos que sirvan para una formación académica y ciudadana. Parece evidente que, desde esta perspectiva, el rol principal del profesor sea la transmisión de unos contenidos instructivos, o en terminología más reciente, la enseñanza de conceptos, hechos, procedimientos y habilidades derivada de áreas de conocimiento o disciplinas académicas.

En los últimos tiempos, se ha dado más prioridad a los conocimientos científicos y técnicos en detrimento de otros que configuran el modo de ser con los demás, con el mundo y con nosotros mismos. La difusión de una mentalidad científica y tecnológica se ha admitido casi sin discusión entre los planes de estudio de las distintas reformas llevadas a cabo durante los últimos decenios en nuestro país. Ello ha provocado una tendencia a valorar más lo útil, a transmitir lo que se puede verificar de modo experimental y a equiparar lo verdadero con lo numérico, lo positivo o lo empíricamente contrastable. Otros contenidos educativos relacionados con los valores morales propios de una ciudadanía plural y democrática, a pesar de tener carácter obligatorio en el currículum escolar, han sido tratados como una cuestión marginal en la actividad cotidiana del aula.

El profesor, vinculado más a lo «políticamente correcto» que a un compromiso ético por la enseñanza de unos valores, ha concedido mayor importancia a aquellos valores vinculados a las disciplinas o a la vida escolar. Tal es el caso de los valores relacionados con una forma de pensamiento científico (verosimilitud, precisión, objetividad, etc.) o con algunos valores cívicos de convivencia en el centro (respeto a normas, participación democrática en la gestión del centro, resolución de conflictos a través del diálogo y la mediación, etc.) que, a fin de cuentas, son coherentes y facilitadores del normal desarrollo de la actividad escolar. Estos valores presentan ciertamente un carácter instrumental al servicio de unos procesos de enseñanza-aprendizaje que siempre llevan al dominio, comprensión y recuerdo de unos conocimientos, competencias o capacidades personales necesarios, pero no suficientes, para la incorporación de los individuos a una profesión y un futuro democrático.

Esta insuficiencia obliga a los centros escolares a acometer de otro modo la tarea de educar valores socio-morales en el aula, pero ello no puede ser tarea de un solo profesor ni tampoco cometido exclusivo de la escuela, sino compartido con otras agencias educadoras, particularmente la familia y las instituciones socio-comunitarias más próximas a la vida del niño y adolescente. Así, pues, se hace necesaria la acción concertada del conjunto del profesorado y de las familias implicadas en el proceso educativo de niños y adolescentes que haga permeables y visibles los contenidos morales a transmitir. Orientarse hacia otra forma de educar en el aula, hacia un cambio en la enseñanza, no consiste sólo en incorporar ordenadores a los centros escolares (Weston y Bain, 2010), sino que también pasa necesariamente por una actuación conjunta de todos los agentes implicados en la formación de estos alumnos. Si bien es cierto que profesores y padres son protagonistas decisivos de la educación de las nuevas generaciones, aquí sólo nos referiremos a la escuela como institución escolar también encargada de la educación en valores morales. La labor educativa de la familia no puede separarse de la escuela (Ortega, Mínguez y Hernández, 2009), sin embargo, creemos oportuno centrar la atención aquí y ahora en la institución escolar para una mayor precisión conceptual y rigor intelectual de este texto.

Uno de los problemas recurrentes en la teoría e investigación pedagógica es que la educación, a pesar de lo mucho que se ha dicho e investigado, es un ámbito de pensamiento en el que se dispone de un abanico de conocimientos que aporta pocas certezas y no alcanza por completo a resolver bastantes interrogantes. Aún no se ha terminado de encontrar respuestas satisfactorias a preguntas como éstas: ¿Qué y cómo hacer para que la actividad escuela sea un espacio moralmente responsable y personalmente acogedor? ¿Qué habría que hacer para que la educación sea mejor en relación a valores y principios de justicia social?

Ante preguntas de este calado, Escudero (2009) aporta la propuesta pedagógica de «comunidades de aprendizaje» como un modo de acción concertada dentro de los centros escolares. Señala que el conocimiento elaborado sobre esta propuesta es considerable porque proviene de ideas y experiencias de otras anteriores (movimientos de renovación pedagógica, investigación-acción, etc.). Quizá lo más relevante, afirma este autor, sea que con esta propuesta se puedan alcanzar logros importantes y mejores en la formación de los alumnos por aquellos profesionales empeñados en fortalecer vínculos sociales e intelectuales, en la asunción de compromisos y propósitos justificados y compartiendo reflexiones, conocimientos y capacidades. Busher (2005, 461) señala que «donde haya un grupo de personas que aprenden juntos, que comparten sus capacidades para aprender algo nuevo y de modo conjunto» ahí se da una comunidad de aprendizaje.

Siendo necesaria la puesta en marcha de propuestas «prácticas» que lleven a la mejora de la educación (Escudero, 2005), también sigue siendo necesaria y, a nuestro juicio preeminente, la cuestión inevitable de apostar por una comunidad de aprendizaje ético y democrático. En efecto, para Escudero se trata de la primera cuestión a resolver antes de llevar a término esta propuesta, porque «cualquier comunidad de aprendizaje comparte cultura y creencias, pero ésta ha de generar y compartir una determinada cultura y un conjunto de creencias cuyos valores, principios, metas o intereses y proyectos de acción sean éticos, estén inspirados en una idea de la justicia educativa como equidad y en valores y principios democráticos para realizarla y vivirla» (Escudero, 2009, 23). Compartimos con este autor que la primera cuestión a resolver sea despejar el horizonte ético en el que se justificaría el conjunto de la acción educativa.

Pero ¿qué ética? Hoy, más que en otro momento, la reflexión teórica de la educación está necesitada de un discurso pedagógico novedoso, lejos de abstracciones conceptuales y con la pretensión de aportar otro lenguaje pedagógico y otra práctica educativa. Por eso creemos que la pregunta acerca del sentido ético de la escuela desemboca en un desafío que interpela a nuestra forma de pensar la educación más arraigada en las aulas e invita a pensarla de otro modo.

El creciente interés entre teóricos y filósofos de la educación por la cuestión del carácter ético y otras relacionadas con la justicia social en la práctica educativa ha llevado a prestar cada vez más atención intelectual al pensamiento de Emmanuel Lévinas, el filósofo de la ética (Bouganin, 1998; Chalier, 1998; Bárcena y Mèlich, 2000; Ortega y Mínguez, 2001; Ortega, 2004; Standish, 2001, 2004; Egéa-Kuehne, 2008). Quizá porque ansiamos vivir en un tiempo más ético que político, más espiritual que metafísico, haya un mayor entusiasmo hacia el reconocimiento de la humanidad del hombre, lo cual ha contribuido a leer y pensar a Lévinas en clave educativa.

El pensamiento levinasiano se sitúa allí donde el hombre está en busca de lo humano. Y en este punto precisamente converge con lo más íntimo de la educación porque ésta consiste en ponerse a buscar lo humano de cada individuo. Entiéndase que es una búsqueda de lo singular, biográfico y situacional de cada uno del que no se sabe a priori qué es lo humano, sino que se parte de la experiencia de lo in-humano para que no vuelva a repetirse en lo sucesivo. Es una afirmación bastante admitida que «la educación se asienta... en una genuina preocupación por acoger y proteger lo más humano que hay en el hombre» (Bárcena y Mèlich, 2000, 125). Por ello, desde el interior de la conciencia de todo

educador reclama la acogida, el cuidado, la protección y la promoción de lo que hay de humano en cada uno. Pero esta reclamación coincide con la ética de Lévinas en la que cada hombre, por su misma humanidad, está dedicado con especial atención y esmero a ser responsable por el otro, sea el que fuere (Poiré, 2009).

Para este filósofo, la cuestión ética surge con la epifanía del rostro. En rigor, no se puede hablar de rostro como fenómeno inmediato que aparece a la conciencia, ni tampoco como una manifestación sensible o física. El rostro, según nuestro autor, es intangible, inaccesible, pero es presencia. Presencia que, desde la ética, me obliga, me exige una responsabilidad y un respeto para con el rostro del otro. Si soy sujeto (moral) es porque estoy unido a la responsabilidad de estar preocupado por el otro. Lévinas caracteriza esta responsabilidad en contraposición a nuestro modo de comprender las cosas a través del conocimiento sensible. Con frecuencia accedo al otro de modo fenomenológico, cuando describo su presencia y su vida, sus problemas personales. «Cuando usted ve una nariz, unos ojos..., usted se vuelve hacia el otro como hacia un objeto. ¡La mejor manera de encontrar al otro es la de ni siquiera darse cuenta del color de sus ojos!» (Lévinas, 2000, 71). Pero el rostro no es lo visto, no es un objeto, es lo que conserva una exterioridad que siempre está expuesto sin defensa y, como tal, amenazado. Aparece a la vez débil e inofensivo, vulnerable, pero también fuerte. El rostro expresa originalmente un deber a modo de imperativo categórico: ¡No matarás! «Ante todo, hay la derechura misma del rostro..., la más desnuda..., la más desprotegida también: hay en el rostro una pobreza esencial» (Lévinas, 2000, 71). El rostro, como tal rostro, es pura vulnerabilidad que, de golpe, me lleva a entender una demanda y una orden: el rostro me pone en una posición de obligación, me pide antes que otra cosa una respuesta, obligado a responder a su demanda.

Pero ¿cómo ir hacia el otro? ¿Cómo ser responsable del otro aun a mi pesar? El otro es inquietud en la vida cotidiana, algo que ya viene dado por la ineludible relación interpersonal de vivir los unos con los otros. En el comienzo de cada relación surge la búsqueda de la alteridad. Es como si nunca pudiera abandonarlo o dejarle a su suerte. No soy yo, ni sólo yo que vivo en mí y para mí, sino soy sujeto para el otro, ser para el otro, relación inter-humana en la gratuidad de ser para-el-otro. El yo, en la ética levinasiana, pierde su soberanía y se convierte en sujeto responsable por el otro. Soy de ti, responsabilidad para con el otro y yo no lo elijo. El otro se me impone sin que yo decida elegir. La responsabilidad para-con-el-otro es antes que la libertad individual. Sartre (1989, 108) lo expresa de este modo: «Soy responsable de todo, en efecto, excepto de mi propia responsabilidad dado que no soy el fundamento de mi ser. Todo ocurre como si estuviera obligado a ser responsable».

En Lévinas la responsabilidad es pasividad fundamental, «un padecer» que me concierne, que me mantiene anudado a cualquier otro; esta relación con el otro Lévinas la llama rehén: soy rehén del otro aun a mi pesar. Este padecer no le queda otra salida que la responsabilidad para con el otro, escucha y respuesta atenta, disponibilidad y cuidado del otro que rompe la esencia del sujeto que se constituye en un sí mismo para convertirse en sujeto-para-otro, o mejor, en sujeto moral. Por eso, Lévinas sostiene que la ética no tiene fundamento, es el fundamento, no tiene principio ni comienzo, por lo que no es una relación de conocimiento, sino un acontecimiento de lo que está por llegar (nacimiento y esperanza). «La ética es una herida que tiene lugar en el centro mismo de la identidad y que, por más que intente curarse, siempre queda su cicatriz» (Bárcena y Mèlich, 2000, 140).

Las aportaciones de la ética de Lévinas a la teoría y práctica educativa abren un horizonte prometedor hacia otra educación que está necesitada de una mayor concreción pedagógica. Si bien los esfuerzos intelectuales en nuestro país son notables (Bárcena y Mèlich et al., 2001; Ortega y Mínguez, 2001; Ortega, 2004; Mèlich, 2004; Mínguez, 2009; Mèlich, 2010) aún queda bastante recorrido por hacer. Las implicaciones teóricas

están necesitadas de una mayor investigación pedagógica. Y uno de los elementos básicos que aún queda por profundar es el componente ético de la escuela y del profesor.

La mejora en el funcionamiento, participación y gobierno de la institución escolar, la superación de barreras de exclusión social o la atención a sujetos desfavorecidos, entre otros logros visibles, responden al cumplimiento de un marco normativo, un conjunto de valores vigentes en un momento histórico y en un tipo de sociedad concreta. Siendo esto una opción legítima, ello nada tiene que ver con el carácter ético que aquí se propugna para la acción educativa en la escuela. Desde los presupuestos levinasianos, la ética no es un sistema de pensamiento moral que implica unas normas o exigencias que deben cumplirse; en cambio, hay ética en educación allí donde las relaciones entre unos y otros no sean adoctrinadoras. En Lévinas, la ética es una relación con el otro, una respuesta (responsividad) a la demanda del rostro del otro. Respuesta que no puede convertirse en la misma e igual para una pluralidad de personas, sino singular, situacional y concreta. Y es respuesta que no termina en el cumplimiento de un deber abstracto, sino que queda la preocupación de saber si se ha dado la respuesta adecuada, lo que lleva a mantener una disponibilidad permanente del sujeto a ser hospitalidad y acogida del otro, solicitud constante por un cuidado responsable (Mínguez, 2009).

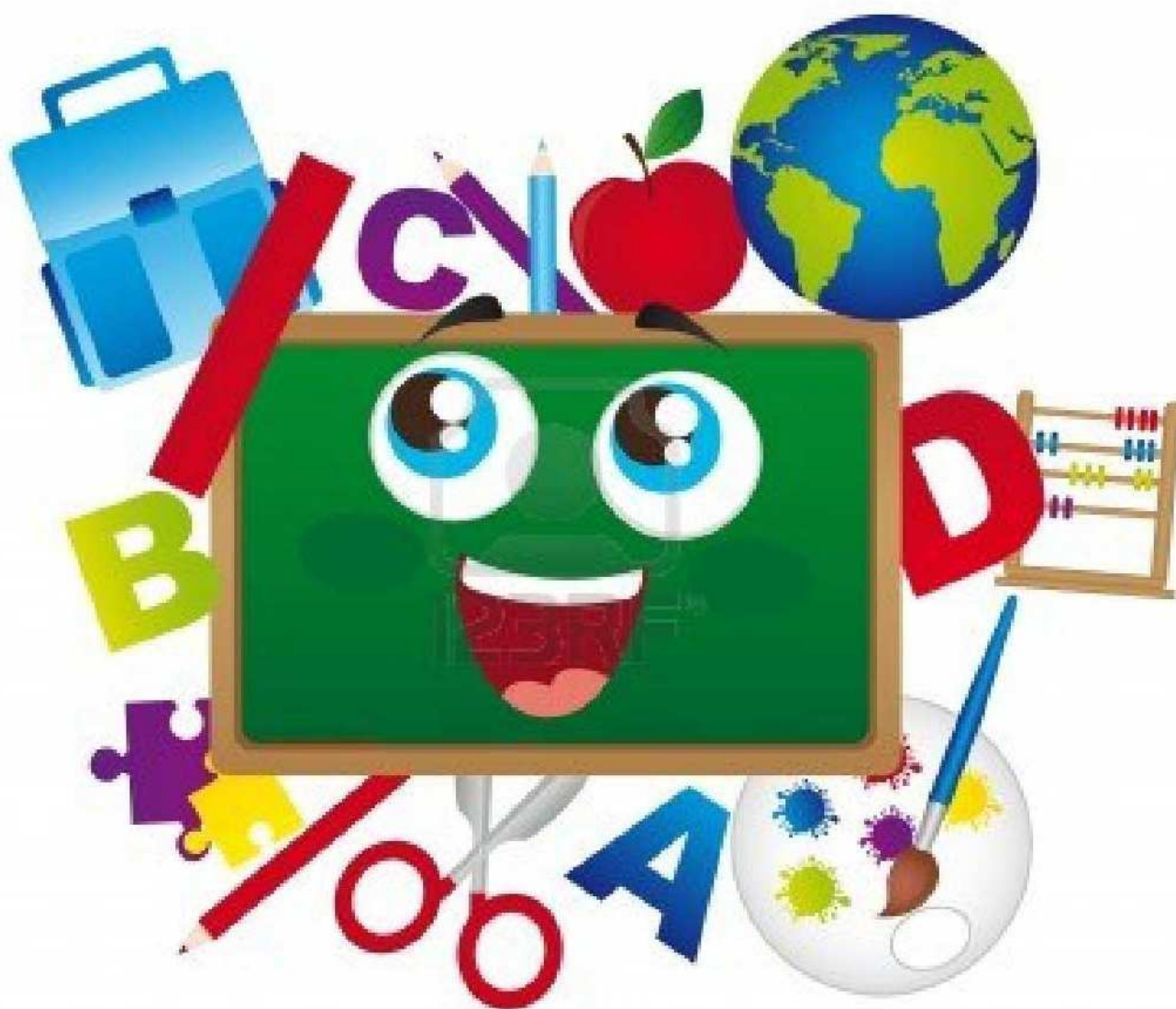
Siendo evidente la tendencia actual de la escuela a educar más en el adiestramiento y la instrucción, en el aprendizaje de conocimientos y competencias que preparen a las futuras generaciones para su incorporación al mundo laboral, se percibe una carencia ética hacia el otro. Es bastante habitual partir del supuesto de que los alumnos son iguales y con los mismos derechos a recibir una educación de calidad, pero, a su vez, hay un olvido clamoroso de la singularidad del alumno. Se admite que todos los alumnos tienen características similares y tienen las mismas aspiraciones, pero distintas dificultades. Se parte del supuesto de que la educación debe ser igual para todos en un mismo escenario. Pero esto no es cierto, no existen dos sujetos educativos iguales, ni tampoco son las mismas condiciones para educar a cada alumno. Por ello, considero que cualquier acción educativa se resuelve en el modo de establecer relaciones concretas dentro de una situación espacio-temporal que sitúa al profesor y al alumno en una perspectiva histórica y cultural concreta. Educar, pues, se convierte en una acción significativa e interpretada, no universal. A nuestro juicio, lo que constituye la razón de educar en la escuela son las relaciones que se establecen entre unos y otros, profesores y alumnos.

Inmersos como estamos en la fugacidad del tiempo y del espacio, la relacionalidad humana (Duch, 2004) se convierte en factor constituyente y constitutivo de la vida escolar cotidiana de cada individuo. La relación con el otro educando no depende de una elección personal, ni profesional, sino que se establece de otro modo porque el profesor ya ha contraído una «deuda» antes de reconocerlo como tal. Es lo que Lévinas denomina responsabilidad para con el otro aun antes de reconocer su existencia concreta, porque la obligación hacia el otro que viene (educando) está enraizada en la misma razón de ser y actuar como educador a través de una existencia concreta. Ello supera la lógica de cualquier derecho a educar en justa reciprocidad y antepone los supuestos derechos del otro educando a los míos propios (Mínguez, 2008).

Y al referirnos a la relacionalidad como sustrato básico de la vida en la escuela implica, por parte del profesor, hacerse esta pregunta: ¿Quién es el alumno para mí? ¿Qué espera de mí? ¿Cómo es mi relación con él? Pueden darse multitud de respuestas, pero también hay una desde la ética. El alumno es visto como alguien, no algo, con quien se quiere establecer una relación de acogida-reconocimiento y de responsabilidad. Caben otras respuestas, como también olvidarse del otro que se educa; en tal caso educar sería una tarea domesticadora o totalitaria (Mèlich, 2004), donde la relación educativa se convierte en pretexto para la enseñanza de unos conocimientos cosificados y competencias instrumentales. Si hablamos de educar en la escuela, por tanto, la acción educativa escolar es respuesta a la pregunta que viene del otro, a la demanda del otro educando en

una situación concreta. La respuesta educativa, en cuanto responsabilidad, se manifiesta como acogida, acompañamiento y cuidado. Educar es hacerse cargo del educando en su realidad concreta (Ortega, 2004). Solamente el educador se hace responsable del otro cuando responde a éste en su situación, cuando se ocupa y preocupa de él desde la responsabilidad. El siguiente fragmento sugiere uno de los modos de ir más allá de lo que el profesor habitualmente sabe y hace con el alumno:

“El profesor de verdad sabe cómo ver a los niños: se percató de la timidez, de un determinado estado de ánimo, de un sentimiento o de una expectativa. Para ver realmente de este modo se necesita algo más que ojos. Cuando veo a un niño con el que tengo alguna responsabilidad, le veo con mi cuerpo. En la cualidad sensorial de mis gestos, la forma en que ladeo la cabeza, en determinado movimiento de los pies, mi cuerpo ve la forma en que el niño inicia el día y éste tiene la experiencia de ser visto. De modo que ver de verdad a un niño al principio y al final de cada día es dar a ese niño su lugar en un momento y un espacio específico (Van Manen, 2004, 39).



3. ¿Qué hacer en la escuela?

Es bastante probable que una de las cosas más importantes en la mejora de la escuela sea tomarse en serio la acción educativa. En buena medida depende del educador en el modo de establecer una relación ética con el educando. Y para ello la tarea del educador debe transcurrir no sólo por el discurso y la comprensión intelectual, sino también por la experiencia de vida que, como educador, se manifiesta en un contexto. Por eso, otra educación orientada a la plasmación de los valores en la escuela pasa necesariamente por «hacer pensar» a los profesores sobre el componente ético de la práctica educativa. Dicho de otro modo: ¿Qué hay en juego entre un maestro y un alumno cuando éste intenta aprender?: el comienzo de una aventura educativa.

Intentar otra educación exige pensar la tarea educativa de la escuela desde otros parámetros que, en conjunto, faciliten el aprendizaje valioso del alumno. Y ello comienza, a nuestro juicio, con la aceptación y el reconocimiento del alumno como «alguien» en su singularidad concreta. Mientras que no se produzca este reconocimiento y compromiso para con el otro (alumno) no es posible una educación distinta. Hablamos aquí de una pedagogía en la que el profesor asume al otro en su radical alteridad (Ortega, 2004). Y ello implica admitir que el otro escapa de todo poder, especialmente de «mi poder» como docente. El alumno es alguien a quien «no puedo dominar», con el que establezco una relación desinteresada y con el que no hay ningún contrato, tan sólo una llamada, una demanda, que se deriva de su condición de radical alteridad. De ahí que educar evoca la experiencia de un acontecimiento singular (Bárcena y Mèlich, 2000), en el que se da la oportunidad de asistir al encuentro con el otro, al nacimiento de alguien que no soy yo. Esta experiencia de la novedad le exige al docente una opción incondicional por el otro, a que el otro sea distinto de mí. Porque la actitud ética del educador es su disponibilidad incondicionada a que el otro sea «otro». Y esto no se comprende bien si no se admite que educar es un acto desinteresado de amor. Educar, desde la pedagogía de la alteridad, consiste en un acto de amar al otro para que sea otro, no parecido a mí, o que me devuelva lo que yo le doy.

No resulta fácil para el educador, acostumbrado a enseñar, renunciar a pensar lo que uno piensa, a saber lo que uno sabe, a convencer al otro de lo que creemos que da sentido a nuestra vida o profesión que también puede ser «bueno» para él, sin caer fácilmente en la dominación o en la sumisión del alumno. Si «lo humano sólo se ofrece a una relación que no es un poder» (Lévinas, 2001, 23), el encuentro con el otro escapa a cualquier intento de dominación. Por ello, tenemos que renunciar a una relación educativa en la que el «yo» docente se afirma y se impone, se cierra sobre sí mismo. Frente a esta posición totalizadora y negadora del otro, es conveniente practicar otro tipo de acción que no niega al otro, ni le es indiferente, sino que deja lugar a que «el otro sea» desde la moderación. «La moderación es la expresión del yo sin la violencia hacia el otro; es esta especie de “pudor” que conoce la verdadera competencia, cuando se expresa sin imponerse y, sin renunciar a lo que cree, toma la precaución esencial de darle un espacio donde existir» (Meirieu, 2001, 121). La acción del educador como moderador es aquella tarea que crea vínculos con el alumno que le atrae hacia el saber, hacia el aprendizaje. ¿Cómo se establecen estos vínculos?

El proceso educativo se inicia con la actitud de respuesta del profesor hacia el alumno. Consciente de lo que está en juego, el docente inspira el deseo de aprender a través de energías morales e intelectuales. No son pocos los docentes que, desde el inicio, han matado el ansia de aprender o que han convertido la enseñanza de disciplinas en algo muerto o mediocre. «Los buenos profesores, los que prenden fuego en las almas nacientes de los alumnos, son tal vez más escasos que los artistas virtuosos o los sabios. Los maestros de escuela que forman el alma y el cuerpo, que saben lo que está en juego, que son conscientes de la interrelación de confianza y vulnerabilidad, de la fusión orgánica de

responsabilidad y respuesta son alarmantemente pocos» (Steiner, 2004, 26). Ello implica un cambio radical en la actitud del docente hacia el alumno que exige apertura y disposición, confianza y responsabilidad. El docente tiene que estar abierto al alumno, no como la «persona eficaz» que sabe y se presenta ante sus alumnos en posesión de la verdad, de la sabiduría, sino como aquel que despierta el interés del alumno por aprender, que se hace cómplice del proceso de aprendizaje de cada alumno (Kouzes y Posner, 2003).

Éstas son, pues, situaciones óptimas para la apropiación de valores, en las que la acogida del alumno se convierte en seña de identidad de la acción del docente. No es posible adquirir valores si no es en y desde la experiencia del valor, porque no es suficiente con «conocer» o tener noticia de él para aprenderlo. Sólo cuando el valor es experiencia puede ser aprendido. Por ello, el aprendizaje del diálogo, de la tolerancia, del respeto a las ideas de los demás, entre otros, será posible si va asociado a la experiencia de ser acogido, aceptado y querido en lo que es. La acogida se convierte así en acompañamiento. El profesor acoge en la medida en que genera confianza hacia el alumno. Y esto es posible cuando el alumno comienza a tener la experiencia de la comprensión del afecto y del respeto hacia lo que él es. De ahí que acoger en educación no es una concesión ni una ley que se impone, es pasión, donación y entrega que se manifiesta como responsabilidad hacia el alumno. Educar es «hacerse cargo del otro», asumir y responder del otro y al otro. Por lo que la acogida, en la pedagogía de la alteridad, no es pregunta sino respuesta incondicionada.

Aquí no hablamos de obligaciones o deberes impuestos desde fuera, ni tampoco de la deontología que obliga al profesor a una determinada conducta ética ante sus alumnos. Hay algo previo al cumplimiento del deber como profesor y que se sitúa en la misma raíz de la acción educativa. La mejor entrega o respuesta del profesor a su alumno es dar la confianza que necesita para llegar a ser él mismo. «Ésta es la donación suprema de un Maestro» (Steiner, 2004, 132). Pero rara vez este planteamiento está presente entre los profesores, más afanados en «lo que hay que enseñar», en el aprendizaje de conocimientos científicos y técnicos. Y enseñar con mayor rigor es adentrarse en lo más vital del ser humano. Es acceder al interior de la persona que aprende, porque el docente-maestro irrumpe como un extraño en el pensamiento y conducta del alumno, le cuestiona con la intención de limpiar y reconstruir. Una enseñanza mediocre que, consciente o no, tan sólo busca objetivos utilitarios es posiblemente destructiva.

Uno de los procedimientos que puede contribuir a una percepción distinta de la educación, particularmente como acción ético-pedagógica, es aquel en donde el docente debería mostrar una implicación más personal en lo que enseña. Nos estamos refiriendo al uso de la narración y del testimonio como instrumentos privilegiados de comunicación educativa. La presencia casi omnimoda del discurso científico en el aula, la tarea del docente se ha reducido casi exclusivamente a la transmisión de información (datos, teorías, conocimientos de fenómenos, etc.), de explicaciones en las que el docente mantiene una distancia entre él mismo y lo que explica, cuya función más común no sobrepasa los límites de dar respuesta a las incomprensiones, dudas y objeciones que surgen en el proceso de aprendizaje de los alumnos. Como es bien conocido, la transmisión de los contenidos científicos en la escuela es consecuencia de haber reconocido y admitido los enormes beneficios que la ciencia y la tecnología han aportado al bienestar de la humanidad. Si bien la ciencia y todo el conjunto de conocimientos elaborados por el hombre a lo largo de la historia surgen del esfuerzo e inteligencia humana, no menos importante en la formación de los alumnos es el cultivo de la sabiduría que abre las puertas a la capacidad de comprender lo que hay de valor en la vida de uno mismo y de los demás, para abordar de otro modo los problemas y preguntas fundamentales que hoy tiene planteada la humanidad (Maxwel, 2000).

Quizá sea urgente prestar más atención pedagógica a la narración en los procesos de enseñanza-aprendizaje escolares. Sería muy alentador llegar a un equilibrio razonable

entre ciencia y sabiduría, entre información y comunicación. Estar informado no significa estar comunicado. Y la comunicación lleva a la creación de comunidad, a romper los muros de incomunicación, aislamiento, anonimato y alejamiento de los unos con los otros. Tal vez siga siendo necesario el cultivo del diálogo como condición indispensable para una adecuada praxis transmisora en la que las palabras no suenen a hueco, no se queden en buenas intenciones y puedan convertirse en algo real. Para ello es necesario un cambio en el clima intelectual y moral de «lo que da que hablar» (Jordán, 2008). No es necesario tomar como única referencia a las penosas experiencias de lo inhumano para mostrarnos partidarios de una rectificación profunda de los modos de vida instaurados en nuestra vida cotidiana. Una praxis pedagógica debe también desenvolverse en una situación en la que se haga defensa de lo humano como modo efectivo de un cambio en el horizonte formativo de nuestros alumnos hacia una sociedad más inductora de la simpatía, a la superación del monólogo, a fin de cuentas, al descentramiento del yo e instauración de unas relaciones humanas que hagan posible la salida del yo hacia el otro y el consiguiente reconocimiento del otro en su radical alteridad y diferencia (Duch, 1997).

Para que esto pueda ocurrir en el proceso de enseñanza-aprendizaje escolar es necesario evitar una praxis a-pática, una acción educativa fuertemente cargada de discurso, de ideas y conceptos. Deben tener lugar unas transmisiones que permitan a los alumnos el «padecer-con», interpretar y re-interpretar la experiencia de lo que otros han vivido o le han transmitido (Van Manen y Shuying, 2002). La narración irrumpe como una forma apropiada de comunicación entre el narrador y el oyente que, para su mejor comprensión, cabe caracterizarla con algunos de los siguientes rasgos básicos: es una «comunicación comunitaria», un intercambio de experiencias entre el narrador y los oyentes, expresión y participación de lo que en acto vive o ha vivido el narrador; la narración es «recreación» de un acontecimiento que afecta a la existencia concreta de los oyentes, porque otorga sentido al individuo y a la comunidad, cumpliendo así una función terapéutica de encontrar soluciones a los problemas en los que el propio individuo está implicado; la narración es un espacio de libertad en tanto que comunica experiencias, ofrece una visión del hombre y del mundo abierta a las posibilidades y singularidades de cada uno. A fin de cuentas, la narración en sí misma es transmisión de experiencias (Van Manen, 2002; Mèlich, 2008) y expresión del deseo de atender a lo que hay de significado en la vida cotidiana, no como un rechazo de la ciencia y la tecnología, sino como un modo de tratar asuntos que son habitualmente excluidos del pensamiento científico.

Pero si aquí apostamos por la narración en la práctica escolar no es por el mismo motivo que concurren algunas prácticas de innovación escolar, otorgando voz a sus protagonistas bajo el pretexto de hacer crítica al racionalismo y positivismo ampliamente extendido entre las materias escolares. Aquí reclamamos un sentido ético de la narración en la práctica educativa como modo privilegiado de salir de sí para escuchar al otro, de prestar atención a lo Otro, aquello que viene de fuera, de lejos o de más allá. La escucha narrativa no consiste sólo en oír, sentir curiosidad y hacer una interpretación petrificada de la vida que otros me cuentan, sino un ejercicio de reinterpretación de lo ocurrido a la luz del tiempo presente.

Lo narrativo afecta a las circunstancias concretas de quien lo escucha, como una invitación a realizar un viaje de ida en el que se está en actitud de llegar a ser de otro modo. Por ello, la narración habla en el lenguaje de la experiencia, de lo que me ha pasado y me pasa, de lo que he sido y sigo siendo en el tiempo, de todo aquello en lo que me reconozco como soy (Ortega y Hernández, 2008). La experiencia actúa directamente en un uno mismo, atravesado o ensimismado por lo contado, como si fuera una salida de sí mismo hacia el otro o hacia sí mismo como otro. «Y en este salir de uno mismo hay transformación» (Mèlich, 2002, 80), de modo que la educación discurre en un mundo narrado ya sea por lo que otros cuentan, por lo que uno mismo relata (autobiografía) o a través de las situaciones negativas que rompen la existencia humana, esto es, manifestación expresiva de lo in-humano (narraciones de lo-que-no-debe-ser).

El testimonio constituye una forma de narración privilegiada en la acción educativa del profesor. Dar testimonio en la práctica escolar es ofrecerse como testigo de «razón» y de «corazón», dar y dar-se en lo que es. Aquí no hablamos del profesor como «ejemplo» porque es un modo de ponerse como modelo a imitar. El testimonio no tiene carácter normativo ni tampoco es consecuencia de exigencias abstractas.

Ser testigo en educación es un intento de ser coherente entre lo que se dice y se hace, ser veraz o ser sincero. Quizá nuestros alumnos estén más necesitados de testimonios que de ejemplos a seguir, porque la vida de cada uno es provisional y se resuelve en la contingencia, que es así pero que podría ser de otro modo.

Para llevar a cabo su labor transmisora, el docente testimonia lo que es con su palabra y su acción ante el alumno. Pero no trata de que el alumno repita o imite, sino pretende que la palabra del alumno sea verdaderamente palabra de otro: «Si educar es querer hacer surgir una palabra en el otro que sea verdaderamente suya, yo no tengo por qué imponérsela de antemano» (Mate, 2007, 3). Es, además, su propia vida como docente lo que se pone ante la mirada de sus alumnos. Y es él quien establece la calidad de las relaciones interpersonales, su capacidad para generar la empatía, para juzgar los acontecimientos desde otro punto de vista, para impulsar preguntas y promover actitudes de atención, cuidado y tacto. Es un evocador de conocimientos y de sabiduría, como también un convocador que atrae a sus alumnos hacia el aprendizaje conjunto. En definitiva, quien propone actividades educativas que le llevan a tratar cuestiones que están relacionadas con lo que hay de valor en la vida humana.

Por último, el docente es testimonio de que ha vivido una experiencia, algo que ha acontecido o acontece, que transforma, que forma o deforma. No intenta que su vivencia o experiencia sea «ejemplo» a seguir por sus alumnos, sino convertirse en compañero de camino que busca generar más preguntas que respuestas, actitudes de credibilidad y de coherencia, de sensatez y de honestidad, por lo que su acción educadora está más cargada de pasión que de cálculo. El docente, más que hablar, acoge al otro educando, escuchándole y siendo sensible a lo que viene de él; se deja interpelar por él y por lo que le pasa. Así pues, su labor educativa no es programable, sino que surge del encuentro con el alumno que busca recorrer una trayectoria edificante: alcanzar su propia identidad en relación con los demás y medio de este mundo.

Llegados a este punto, no nos cabe la menor duda de que, en el momento presente, la escuela está necesitada de algo más que la transmisión de unos conocimientos fríos y neutrales. Para que la escuela siga cumpliendo su función y no se convierta en algo insignificante con el paso del tiempo, nunca debe o debería abandonar la búsqueda de respuestas a preguntas fundacionales que abran el horizonte de niños y adolescentes hacia un futuro más esperanzador. Al situarnos en esta perspectiva, la escuela tiene una irrenunciable dimensión ética en lo que transmite, porque cualquier proceso educativo contribuye a concebir e interpretar el mundo, a articular una habilidad gramatical y axiológica para desenvolverse en el aquí y en el ahora, a ser transmisión de lo humanizador; de lo contrario, la escuela podría caer en palabras perversas o deshumanizadoras.

Desde el momento en que se comienza el proceso educativo en la escuela, niños y adolescentes reciben un conjunto de normas y referencias que les servirán para hacer frente a los incesantes interrogantes que surgen de la misma realidad. Más allá de respuestas técnicas, de racionalizaciones y explicaciones convincentes, la escuela es también «fuente de sorpresas», de admiración por llegar a preguntas fundamentales; es decir, ahondar en lo que no es trivial, sino fundamental para la vida de las personas. Y esas preguntas no se resuelven con respuestas conclusas y cerradas, por muy satisfactorias que puedan parecer, sino que producen una huella de insobornable apertura hacia lo inédito. Una educación favorecedora de personas críticas, que buscan orientaciones más firmes, es aquella que ayuda a formular preguntas y a resolverlas a lo largo de la propia vida.

Se ha perdido la capacidad de formular preguntas adecuadas en el ámbito escolar, porque el profesorado se ha ocupado más de la «gestión» del conocimiento (lo ya conocido). Es cierto que las nuevas generaciones están necesitadas de claves de interpretación de este mundo ya existente, pero al mismo tiempo están convocadas a inventar nuevas formas de vida humana para este mundo aún inacabado.

La escuela debe recuperar la capacidad de crear referencias, convergencias y divergencias con la mirada puesta en facilitar un mundo habitable conforme a la incansable búsqueda de la condición humana (Atkinson, 2010). Como todo lo humano, se trata de una búsqueda frágil, siempre sujeta a revisión y abierta a la novedad en un horizonte de sentido siempre imprevisible.

A fin de cuentas, la tarea educativa de la escuela es ética o no es nada. Su futuro debe satisfacer una doble faceta: de un lado, la escuela es permanencia, un lugar en el que se aportan cimientos sólidos para la edificación de nuevas personalidades. Por eso, decir escuela es referirse a estabilidad, acogida y comunicación en un espacio de fidelidad y confianza mutua; de otro, la escuela es éxodo, lugar que se deja, camino abierto a la recepción de nuevas generaciones en búsqueda de balizas fundamentales para una renovada transmisión de lo humano..

Pastoral Juvenil

10 palabras para la Nueva Evangelización

Koldo Gutiérrez, *sdb*

Desde hace unos años se habla de una nueva evangelización. Con este objetivo se están proponiendo diversas iniciativas que están generando una gran expectación.

Algunas de estas iniciativas son la creación del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización, el anuncio de próximo Sínodo de Obispos sobre la nueva evangelización, las actividades de diálogo cultural que, en distintos lugares, se están realizando enmarcadas en lo que se ha dado en llamar el atrio de los gentiles, los congresos que sobre nueva evangelización se van desarrollando en algunas diócesis.

Otras iniciativas, sin abordar de manera directa el objetivo de la nueva evangelización, subrayan esta prioridad. En este grupo de iniciativas podemos destacar el próximo año de la fe y el recuerdo de los 50 años del inicio del Concilio Vaticano II.

En estas páginas queremos presentar, en forma de materiales, algunas palabras para entender qué queremos decir cuando hablamos de nueva evangelización. Cada palabra está acompañada de una breve explicación y de preguntas que puedan servir para el diálogo en grupo.

Nueva Evangelización

“Id por todo el mundo proclamado la buena noticia a toda la humanidad” (Mc 16,15). San Marcos describe de esta manera el comienzo de la misión evangelizadora, asegurando la

presencia del Espíritu Santo. Este mismo Espíritu sigue hoy presente impulsando la evangelización.

Una sencilla constatación estadística deja ver la importancia que la evangelización adquiere en estos momentos. En el Concilio Vaticano I el término evangelio aparece una sola vez y no aparecen los términos evangelizar ni evangelización. En cambio, en el Concilio Vaticano II el término evangelio aparece 157 veces, evangelizar 18 veces y evangelización 31 veces.

¿Qué es evangelizar? Se han escrito muchas, y bonitas, definiciones pero en esta ocasión me quedo con la siguiente: evangelizar es sencillamente llevar el evangelio, cuyo núcleo central es Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

¿Cuándo se empieza a hablar de nueva evangelización? Se habla de nueva evangelización por primera vez en el documento conclusivo de la Asamblea del episcopado latinoamericano reunido en Puebla. Pero es con el pontificado de Juan Pablo II cuando este término adquiere mayor protagonismo. El Papa Benedicto, con su magisterio, está subrayando especialmente la relación fe y razón, la apuesta por una educación integral, el anuncio integro de Jesucristo.

Los últimos años han hecho evidentes, desde el punto de vista de la evangelización, tres situaciones:

“En primer lugar, aquella a la cual se dirige la actividad misionera de la Iglesia: pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. Esta es propiamente la misión ad gentes.

Hay también comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas; tienen un gran fervor de fe y de vida; irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal. En ellas se desarrolla la actividad o atención pastoral de la Iglesia.

Se da, por último, una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una nueva evangelización o reevangelización” (RM 33).

Ya Evangelii Nuntiandi había señalado que “lo que importa es evangelizar -no de manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces- la cultura y las culturas del hombre... tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios” (EN 20).

Hoy todos los proyectos pastorales se proponen una evangelización más decidida. ¿Qué acciones pastorales han experimentado un cambio? ¿En qué sentido, en estas acciones pastorales, se ha potenciado la evangelización?

Contexto

He intentado acercarme a la palabra evangelización. Pero si el evangelio no cambia y Jesucristo es el mismo por qué podemos hablar de nueva evangelización. No es una mala pregunta.

Lo que ha cambiado, y justifica que podamos hablar de nueva evangelización, es el contexto que nos toca vivir. En este sentido, hablamos de nueva evangelización porque hoy debemos proclamar el mensaje permanente del evangelio en una situación nueva.

Es cierto que hablar de tiempos nuevos es una constante en la historia de la humanidad, pero, hoy, muchos hablan de un cambio de época. Hay indicadores que muestran la profundidad de ese cambio, pero no tenemos claro en qué va a consistir esa nueva época.

No es arriesgado afirmar que en Europa el cristianismo parece estar debilitándose y vemos con sorpresa que crece la indiferencia religiosa. No son pocas las personas que dicen: “No creo en nada, ni falta que me hace”. Crece el número de quienes se manifiestan como espirituales pero no religiosos. Pongamos algunos ejemplos concretos. Vemos a padres que se preguntan cómo es posible que le fe no le diga nada a sus hijos cuándo es tan importante para ellos. De la misma manera, no es difícil encontrar personas que, después de haber tenido una formación cristiana, se sienten lejanas a la fe.

Todo esto hace que nuestro mundo sea complejo. Cuando hablamos de esta manera queremos decir que este tiempo tiene sus dificultades, pero presenta también oportunidades para la evangelización. Hemos hablado de la dificultad de la indiferencia religiosa; pero, también, deberíamos reconocer que descubrimos, en muchas personas, una gran sed de espiritualidad y sentido, y esto es una oportunidad.

Utilizando un símil del teatro, podemos hablar de escenarios. Hoy nos encontramos con escenarios nuevos donde se desarrolla la vida de las personas, con momentos duros y momentos gozosos. Estos escenarios son sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos. Afinando un poco más la mirada hablamos de secularización, de migraciones, de comunicación social, de economía, de ciencia y de política. Todos estos son escenarios importantes para la vida de los hombres de hoy.

En el contexto donde trabajamos pastoralmente: ¿Podemos ver la influencia de estos nuevos escenarios? ¿Qué preguntas y desafíos nos plantean?

Discernimiento

Evangelizar hoy en este mundo, y en este tiempo, requiere de nosotros sabiduría para identificar los desafíos que nos presentan las nuevas circunstancias y capacidad de discernimiento.

Esta palabra, discernimiento, se usa en distintos ámbitos. Cuando los cristianos hablamos de discernimiento afirmamos en primer lugar la necesidad de conectar con Dios y después concretamos este discernimiento en una actitud de escucha, de comprensión y de interpretación de lo que vivimos a la luz de la fe.

Los *lineamenta* para el próximo Sínodo destacan dos puntos neurálgicos para poder situarnos en una nueva evangelización: el discernimiento y el diálogo. El proceso de evangelización, de esta manera, se transforma en un proceso de discernimiento.

Pero, ¿qué puntos concretos son objeto de discernimiento para esta nueva evangelización? Para responder esta pregunta nos acercamos nuevamente al documento de los *Lineamenta* para el próximo Sínodo donde se especifican estos puntos:

“El nacimiento, la difusión y el progresivo afirmarse de una nueva evangelización en nuestras Iglesias; las modalidades con las cuales la Iglesia hace suya y vive hoy la tarea de transmitir la fe; el rostro y la aplicación concreta que asumen en nuestro presente los instrumentos a disposición de la Iglesia para engendrar en la fe (iniciación cristiana, educación), y los desafíos con los cuales esos instrumentos están llamados a confrontarse” (Lineamenta).

¿Qué problemas estamos teniendo para la transmisión de la fe a las nuevas generaciones? ¿Cómo acompañamos a los jóvenes al encuentro y comunión con Jesucristo?

Diálogo

En el punto anterior he hablado de la importancia de la palabra discernimiento, ahora quiero destacar la palabra diálogo.

Pablo VI, a mitad de las sesiones del Concilio Vaticano II, escribió una hermosa encíclica, *Ecclesiam Suam*, donde presenta a la Iglesia como diálogo. Esta categoría, el diálogo, es una actitud intrínseca del cristianismo. La encíclica de la que hablamos influyó positivamente en el desarrollo del Concilio Vaticano II.

En esta categoría, el diálogo, se asienta una iniciativa que durante los últimos años va haciendo un hueco en la alta cultura: el atrio de los gentiles. ¿Qué es este atrio? Es un espacio de diálogo entre creyentes y no creyentes que se preguntan por Dios y su misterio. El diálogo es el gran instrumento para el encuentro entre creyentes y no creyentes, en un ambiente de apertura, libertad, coherencia y tolerancia. Un diálogo que parta de la vida concreta y que ilumine interrogantes y cuestiones de hombres y mujeres que buscan con ansia sentido, verdad, salvación, aunque sea a tientas. Y en esos encuentros el cristiano puede expresar su experiencia religiosa, como un anuncio humilde y sincero de la salvación de Dios, en Jesucristo, con palabras adecuadas, desde una actitud de credibilidad y comprensión.

En este diálogo, la vía de la belleza, el arte, es un camino propicio para la nueva evangelización. Los cristianos vemos en nuestro patrimonio artístico un lugar de diálogo con la cultura, que en ocasiones puede convertirse en un auténtico catecismo para nuestro tiempo. Pensemos, por ejemplo, en la catedral de la Sagrada familia en Barcelona.

¿Es posible “un atrio de los gentiles” en pastoral juvenil? ¿Qué condiciones se necesitarían para desarrollar puntos de encuentro y diálogo con jóvenes que no creen o que se van alejando de la fe?

Anuncio y testimonio

El Papa Benedicto se expresa de esta manera: “El evangelio es el anuncio siempre nuevo de la salvación obrada por Cristo para hacer a la humanidad partícipe del misterio de Dios y de su vida de amor y abrirla a un futuro de esperanza fiable y fuerte”.

En esta lógica, muchos piensan que para poner luz a nuestra manera de actuar es oportuno mirar los tiempos del primer cristianismo, donde aquellos primeros cristianos vivieron situaciones no muy distintas a las que vivimos nosotros. ¿Cómo se describe la evangelización en algunos textos del Nuevo Testamento? Los Hechos de los Apóstoles presentan el método evangelizador de los primeros discípulos sostenido en el anuncio del evangelio y en el testimonio de vida que confirma la credibilidad de lo predicado. Lo predicado es la buena nueva, Jesucristo. “No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios” (EN 22).

Es doctrina ya asumida la distinción en el proceso evangelizador de estas etapas: momento misionero y primer anuncio; catequesis e iniciación cristiana; pastoral.

Los contornos entre estas etapas no son fáciles de situar. Algunas personas pudieron tener en algún momento de su vida contacto con la Iglesia y el mensaje cristiano pero, por lo que fuera, esta buena nueva no caló en sus personas. ¿Cómo describiríamos un momento de propuesta y un nuevo contacto con el evangelio? ¿Primer anuncio? ¿Segundo anuncio?

Lo que está claro es la importancia que adquiere la propuesta de algunas experiencias por las que alguien, en un momento de su vida, se sienta tocado por el Evangelio y se siente llamado a la conversión. Después de este contacto inicial vendrá la catequesis que trata de acompañar la fe germinal hasta hacernos discípulos de Jesús y nos enseña a participar en la vida de la Iglesia.

Lo he dicho más arriba. Este tiempo de nueva evangelización es un tiempo que destaca el testimonio personal y comunitario.

Hay comunidades que priorizan el método del anuncio, del esfuerzo por hacer discípulos del Señor. “Id y haced discípulos entre todos los pueblos” (Mateo 28,19), Otras comunidades ponen el acento misionero en el contagio, en la vida de las comunidades y de los cristianos. “Lo que vimos y oímos os lo anunciamos también a vosotros para que compartáis nuestra vida, como nosotros compartimos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que se colme vuestra alegría” (1Juan 1,3-4).

Concluyendo estas reflexiones podemos afirmar que, en estos momentos como siempre ha sido, es primordial que el primer anuncio vaya unido al testimonio personal (creyentes coherentes y creíbles), y el testimonio comunitario (comunidades coherentes y creíbles).

“Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de felicidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad” (Lineamenta)

Habla sobre la huella que ha dejado en ti algún testigo de fe.

Iniciación Cristiana

“El cristiano no nace sino que se hace” (Tertuliano). Pero, ¿cómo se hace un cristiano? La tradición de la Iglesia ha entendido la Iniciación Cristiana como el proceso por el cual nos vamos haciendo cristianos. Este proceso va precedido de la pastoral misionera y del primer anuncio, y se continúa con la acción pastoral de la Iglesia.

Lo que es fácil ver idealmente en la práctica muestra dificultades. Por ejemplo la catequesis es en estos momentos un motivo de preocupación. Por una parte constatamos, a pesar de tantos esfuerzos, la ignorancia que muchas personas tienen de los contenidos fundamentales de la fe. Es inquietante preguntarse cómo es posible que mientras muchos avanzan en los contenidos de una cultura científica no avancen con el mismo paso en los contenidos esenciales de la fe.

Por otra parte podemos ver cómo muchos jóvenes no completan la Iniciación Cristiana, o si la completan teóricamente, todavía no han descubierto en profundidad qué significa ser y vivir como cristiano.

La catequesis, por tanto, es en estos momentos, esencial para la labor de la nueva evangelización. Devenir en cristiano va a ser el resultado de un proceso consciente y libre en el que se involucre la persona y la comunidad cristiana. Por tanto, el joven y el joven adulto, necesitarán hacer experiencia de Dios desde una opción personal y desde la relación e inserción en una comunidad cristiana de referencia, de apoyo y de acompañamiento.

“Bautismo, Confirmación y Eucaristía son vistos no ya como tres sacramentos separados, sino como etapas de un camino de engendramiento a la vida cristiana adulta, dentro de un proceso orgánico de iniciación a la fe. La iniciación cristiana es ya un concepto y un instrumento pastoral reconocido y bien consolidado en las Iglesias locales” (Lineamenta).

¿Qué problemas vivimos en los procesos de Iniciación cristiana? ¿Qué importancia damos al catecumenado de adultos?

Dios

La pregunta por Dios está hoy en el centro de la misión eclesial. Una de las crisis actuales está vinculada al tema de Dios. ¿Por qué Dios es extraño a la cultura?

Posiblemente nuestra época no sea un tiempo de ateísmo, sino de indiferencia o de un vago conocimiento de Dios. Esta época se caracteriza más por el desconocimiento de Dios que por la negación de su existencia. Incluso, con sorpresa, descubrimos un nuevo paganismo en algunos cristianos.

Esta indiferencia a la que nos referimos va haciendo que Dios esté cada día más ausente en la cultura y de la vida de los hombres. Hay un secularismo propenso a alejar al hombre de su relación fundamental con Dios. Esta deriva va dejando a muchas personas en un gran vacío interior.

También es cierto que muchas personas buscan a Dios aunque, en ocasiones, no lo busquen en la Iglesia; buscan experiencias religiosas aunque no muestren interés por la religión.

Por todo lo que estamos diciendo podemos afirmar que este tiempo de nueva evangelización es un tiempo para hablar de Dios, y de su misterio, al hombre de hoy, con un lenguaje apropiado. Lo decisivo es descubrir el misterio de Dios en el mundo y en nuestras vidas. A Dios se le encuentra como exigencia de sentido cumplido y experiencia personalmente vivida.

“(Hay que) buscar las formas y los instrumentos para elaborar reflexiones sobre Dios, que sepan responder a las esperanzas y las ansias de los hombres de hoy, mostrándoles cómo la novedad, que es Cristo, es, al mismo tiempo, el don que todos esperamos, al cual cada ser humano anhela como cumplimiento implícito de su búsqueda de sentido y de su sed de verdad” (Lineramenta).

¿Cómo ponemos en camino hacia Dios y su misterio?

Jesucristo

Crear no es adherirse a una idea brillante sino un compromiso de vida que lleva a la donación de sí mismo porque se ha encontrado a Jesucristo en una comunidad viva que lo anuncia de una manera creíble.

Muchos jóvenes, especialmente adolescentes, por diversas circunstancias tienen muchas dificultades para encontrarse con Jesucristo. Por eso el mejor servicio que podemos hacer a los jóvenes, quienes nos dedicamos a la pastoral juvenil, es acompañarles, como comunidad cristiana, al encuentro salvador con Jesucristo.

La fe de la Iglesia nos recuerda y celebra que Jesucristo tiene un valor singular y único. Él es el Verbo de Dios, hecho hombre para la salvación de todos. En Cristo, Dios se revela como amor misericordioso, que se hace donación de sí mismo por la efusión del Espíritu Santo. No está de más recordar esto porque en algunos puede ir calando un sutil mensaje

posmoderno que invita a desdivinizar al Hijo de Dios. La fe cristiana depende de la confesión de fe en el Hijo de Dios. *“Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre”* (Hebreo 13,8).

“En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación... El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él, Dios nos reconcilió consigo y con nosotros, y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el apóstol: el Hijo de Dios me amó y se entregó por mí (Gal 2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido” (GS 22).

¿Qué dificultades encontramos para ayudar al encuentro con Jesucristo? ¿Cómo podemos abordar estas dificultades?

Iglesia

El tema de la Iglesia, por las dificultades que estamos teniendo para hacer visible la eclesialidad de la fe, es otro de los grandes temas en la nueva evangelización. Es sabido por todos que en algunos lugares de Europa la asistencia a la celebración dominical presenta datos preocupantes y que el sentido de pertenencia a la comunidad es cada vez más inestable.

El momento de la historia que vivimos deja ver la necesidad de implantar y arraigar la Iglesia en el corazón de los creyentes, en el corazón de tantos jóvenes. No podemos olvidar que la Iglesia vive de, con y desde aquel amor mismo con el que Cristo nos ama.

Todo esto hace que toda pastoral en este tiempo de nueva evangelización debe destacar los aspectos de comunión y de sentir con la Iglesia.

El documento de los Lineamenta al que en ocasiones hacemos referencia tiene una expresión muy clarificadora para situar la importancia del tiempo que nos toca vivir: *“La pregunta acerca de la transmisión de la fe, que no es una empresa individualista y solitaria, sino más bien un evento comunitario, eclesial, no debe orientar las respuestas en el sentido de la búsqueda de estrategias comunicativas eficaces y ni siquiera debe centrar la atención analíticamente en los destinatarios, por ejemplo los jóvenes, sino que debe ser formulada como una pregunta que se refiere al sujeto encargado de esta operación espiritual. Debe transformarse en una pregunta de la Iglesia sobre sí misma”* (Lineamenta).

¿Nuestro proyecto pastoral deja ver este esfuerzo por hacer visible la comunión eclesial?

Emergencia educativa

El magisterio de Benedicto XVI, tejido con la fe y la razón, da una gran importancia a una educación integral. La educación es una preocupación para las familias, para la sociedad y

para la Iglesia. El momento que estamos viviendo en la educación, con sus dificultades y posibilidades, permite que se pueda hablar de emergencia educativa.

Para que podamos hablar de una educación integral es necesario, en el pensamiento de Benedicto XVI, un modelo de persona integrado (antropología) y la apertura a la trascendencia (sin Dios el hombre no es más humano, ni más feliz).

La educación es parte integrante de la misión de la Iglesia; representa, por tanto uno de los objetivos que las comunidades cristianas tienen que mantener siempre vivos. La Iglesia sigue teniendo, en este tiempo de emergencia educativa, una ineludible misión en la educación por muchos motivos como son su tradición, su patrimonio histórico de proyectos educativos, su capacidad de reflexión, sus instituciones educativas, sus educadores vocacionados.

“En vista de una “nueva evangelización” será seguramente posible: imaginar todos estos espacios culturales como otros tantos “patios de los gentiles”, ayudándoles a vivir la propia vocación originaria dentro de los nuevos escenarios que avanzan, es decir, aquella vocación de llevar positivamente la cuestión de Dios y de la experiencia de la fe cristiana dentro de las realidades del tiempo; ayudar a estos espacios a ser lugares en los cuales se puedan formar las personas libres y adultas, capaces a su vez de llevar la cuestión de Dios dentro de sus vidas, en el trabajo, en la familia” (Lineamenta).

¿Qué dificultades y posibilidades vemos hoy en la educación?

Nuevos evangelizadores

Acabo esta entrega de palabras clave para la nueva evangelización afirmando que una nueva evangelización necesita un nuevo evangelizar que profundice y haga visibles los aspectos vocacionales que le son propios.

Recordemos que el envío misionero a la evangelización cada cristiano lo recibe y ejerce desde su vocación concreta. El evangelizador se sabe llamado y enviado a llevar el evangelio de Jesús, la buena nueva, para que quien lo reciba y escuche pueda creer en Jesucristo e invocarlo como Señor.

En este sentido todo miembro del Pueblo Dios está llamado a ser evangelizador de una manera o de otra. El primer evangelizador es el obispo, pero evangelizadores son también los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los laicos.

Especial protagonismo adquieren los laicos desde su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, también ellos están llamados a vivir la vida de cada día inspirados por el evangelio. Recordemos la bonita expresión de Juan Pablo II hablando de la Iglesia como una familia de familias. En este momento se habla mucho del papel de la familia y de la pastoral familiar.

Para hablar de los nuevos evangelizadores, y con esto finalizo esta entrega, se ponen en el centro de la reflexión tres palabras: vocación, formación y santidad.

La nueva evangelización necesita personas movidas por el Espíritu Santo y con un sello de santidad.

¿Cómo favorecer el aflorar de nuevos evangelizadores?

La solana

Recordar sanamente²³

José Carlos Bermejo

Solo el recuerdo permite al hombre entrar en la comprensión de su existencia (MARCEL LÉGAUT)

Reflexión

Ser mayor es tener un gran tesoro: un cofre lleno de recuerdos. Mientras no falla la memoria, los recuerdos constituyen, efectivamente, una gran oportunidad... y un riesgo. La fuerza del recuerdo, en efecto, se manifiesta en salud y en enfermedad, en energía constructiva y destructiva. ¿Cómo vivir sanamente el recuerdo?

Vivir sanamente los recuerdos de separaciones: separaciones de los padres, de los hijos, de amigos, de la salud, de la imagen de la imagen de la eficiencia personal-que puede acompañar al envejecimiento-es una tarea, un verdadero reto. La vida de cada uno se ve acompañada por una secuencia ininterrumpida de separaciones: queridas o impuestas, fisiológicas o relacionales, trágicas o beneficiosas.

En nuestra memoria hemos almacenado experiencias agradables cuya evocación nos deleita. Unas veces nos compensa nostálgicamente de la realidad presente, y otras nos encandila y nos sube a una nube de irrealismo.

²³ Tomado de JOSÉ CARLOS BERMEJO (2013). *Soy Mayor. Pensamientos para regalar*. PPC, Madrid.

Las experiencias positivas del pasado, cuando son evocadas sanamente, permiten descubrir en ellas el valor que no logramos encontrar en el presente. Parece como si volver al pasado fuera ir a beber para calmar la sed de autoestima y reconstruir una identidad rota o imposible de dibujar en el presente.

Pero hemos grabado experiencias desagradables, pérdidas vividas como ofensas a nuestro presunto derecho a la integridad invulnerable. Las experiencias negativas, por su parte, pueden ser evocadas para bien y para mal. Lo cierto, es que contra el recuerdo parece mejor no luchar, sino conducirlo y ser dueño de él. Olvidar el pasado sería algo así como olvidar a un gran maestro, muy íntimo, la propia historia esculpida en nuestro corazón.

Hacer memoria de experiencias negativas vividas a lo largo de toda la historia personal cuando se es mayor puede servir para constatar el camino de crecimiento y maduración recorrido, para delimitar claramente el confín entre el antes y el después. Quien recuerda una separación dolorosa puede estar definiendo con realismo el presente y constatando las energías propias, y puede estar dando vueltas inútilmente a una situación sin salida.

En el pasado residen muchas claves de comprensión de sí mismo y de felicidad. El arte de ser infelices mirando hacia él, en cambio, consiste en pararse indefinidamente en el “más de lo mismo”, en darle vueltas inútilmente a la cabeza, como decimos vulgarmente, en ser obstinadamente fieles a razones o sentimientos que en el pasado se revelaron importantes.

Pensemos en quienes no consiguen separarse del recuerdo de una ofensa recibida, es decir, en quien no consigue separarse del rencor perdonando; o en quien no consigue separarse y no acepta que hay un tiempo para encontrarse y otro para dejarse y estar solo. Pensemos en quien no cambia los propios comportamientos que han dado suficiente muestra de ser nocivos para sí y para los demás acarreado abundante sufrimiento.

El arte de ser infelices funciona también con los recuerdos positivos cuando todo se paraliza en el “cualquier tiempo pasado fue mejor”, cuando se idealiza aquella experiencia de relación exaltándola o mirándola a través de un filtro que solo deja traslucir lo bueno y lo hermoso en una luz engañosa. Es la experiencia que hace, por ejemplo, quien cree que nunca podrá construir una amistad tan hermosa como aquella que recuerda, y no sale de sí, no se lanza.

Vivir sanamente cuando se es mayor pasa también por ser dueño de la memoria. Esto consiste en dejar el justo espacio a los recuerdos, sin caer en el consuelo barato de quien pretende quitar automáticamente el aguijón al dolor producido por las separaciones del pasado sin conservar vivas, como en un cofre bien custodiado, todas las experiencias de sufrimientos, de manera que tengan el poder de hacerse presentes con la misma o mayor capacidad de herir.

El dolor vivido en el espacio concedido al recuerdo puede tener una función pedagógica. El deseo de olvidar es una falacia. No olvidamos. Podemos negar -reprimir- y podemos integrar sanamente el pasado dejando espacio a nuestras zonas oscuras para que, con nuestras luces, dibujen un paisaje realista, el de la propia historia, una historia sanada mediante la aceptación de sí mismo, del propio pasado, de los propios límites, de las propias experiencias negativas.

Si Tagore escribió la hermosa sentencia: ¡ No llores, porque las lágrimas te impedirán ver las estrellas”, digamos también que hay lágrimas que limpian los ojos para ver con más claridad las estrellas. Una llave para la comprensión de sí mismo, sin duda, está en el propio pasado aceptado serenamente.

Hay un sano equilibrio que seguro que está en la dialéctica entre la soledad y la comunión, entra la elaboración personal del recuerdo y el compartirlo con quien -también sanamente- esté dispuesto a escucharlo con paciencia y libre de toda tendencia al juicio.

Frases célebres para pensar

- ✓ Cuando uno se hace viejo, gusta más releer que leer (PÍO BAROJA)
- ✓ Cuando se envejece, las costumbres devienen tiranas (GUSTAVE FLAUBERT)
- ✓ Una persona no es vieja hasta que los remordimientos ocupan el lugar de sus sueños (JOHN BARRYMORE)
- ✓ La juventud es un disparate; la madurez, una lucha; la vejez, un remordimiento (BENJAMIN DISRAEL)
- ✓ Acuérdate de los días de antaño, considera los años de edad en edad. Interroga a tu padre, que te lo contará, a tus ancianos, que te lo dirán (DEUTERONOMIO 32, 7)

Poema

Canto V: “De recuerdos”, de “Soledad vivida”

La muerte es la luna que cuelga
en la desolación de un ocaso,
la sombra del beso que a un paso
desciende hasta el cuello como un alga.

El olvido de un día como un abrazo,
a bordo de un ave sonido,
al borde del tacto derribado,
cuando mi negro no encuentra tu regazo.

Así calor y humo desolado
más filo y triste, y menos suelo,
donde alma es un rubor del vuelo
que derriba al abismo enconado.

Es fácil recordad las manos enredadas,
las caricias sin una gota de sangre,
la voz de cristal que desde un siempre
lanzaba a la cabeza carne a dentelladas.

Todavía encendido mi labio se consume
y arde como el sol cuando evita
el aliento de la noche que crepita,
devorando la luz del corazón que la teme.

Mi beso huye de ese encuentro
cuando la nada y el amor,
nocturnos... se reúnen en el sopor
que da a mi lengua su secuestro.

Y yo, que no soy crepúsculos
sembrados con la fugacidad
que da su aliento a la humedad,
con el sabor del uso de unos músculos.

Alterno aquello que soy tan solo:
polvo y nada, hambre, lamento.
Recito tu nombre al firmamento...
Me consumo sin aspirar tu pelo.

Pedro Fernández

Oración

Señor, te doy gracias
por haberme dado una larga vida.
Porque la vida es el primer don
que recibimos de ti
y encierra todos los demás.

Cuando uno llega al final de esa vida,
la posee entera entre las manos.

Esta vida es la que ofrezco, Señor,
con todas sus alegrías y penas,
sus buenas acciones y las que no lo fueron tanto;
con sus entusiasmos y sus decepciones.

Al ofrecértela,
te doy también a aquellos
que han acompañado mi vida.
A los que y han desaparecido
y a los que aún llevan el peso del día
que yo también llevé.

Yo ya he acabado y ya voy hacia ti.
Gracias, Señor, porque me concedes estos años
de paz para que tenga tiempo de orar ante ti,
mientras espero que vengas a llevarme.

Dame, Señor, la transparencia del anciano,
que no busca ya nada para él
y solo aspira a dejar un recuerdo de paz.
Te miro a ti, Señor.
Tu venida es para mí una luz.

Jean Leclercq

Para la reflexión personal o en grupo

- El recuerdo del pasado es un tesoro para mí. A veces me hace bien y a veces me hace sufrir. Pienso en ello.
- Algunas heridas del pasado aún puedo cicatrizarlas o evocarlas como parte integrante de la belleza del conjunto de mi vida.
- Puedo trabajar con algún recuerdo para que no me hiera. ¿Cómo?, ¿con quién?, ¿qué gano?, ¿qué pierdo si no lo hago?

El anaquel

Evangelio de Jesucristo según san Mateo (IV)²⁴

-La Pascua del Hijo del hombre en Jerusalén (Mt 26,1-28,20)-

Claude Tassin

El Hijo del hombre acaba de ser revelado como el soberano juez de la historia. Antes de este esperado desenlace sufrirá la pasión: «Ya sabéis que dentro de dos días se celebra la fiesta de pascua, y el Hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen» (26,2). Pero vendrá el tercer día, el de la resurrección (20,19), en que Dios anulará el juicio perverso de los hombres²⁵.

En efecto, según la lógica del evangelista, la sumisión total del Hijo es la del maestro manso y humilde de corazón (11,28-30), que encarna la única autoridad creíble, la que pone freno al interminable ciclo mortífero de la violencia de los poderosos.

La última sección del evangelio se divide, pues, en dos partes: el asesinato del Hijo del hombre (26,1-27,56) y su resurrección (27,57-28,20). La liturgia asigna el relato de la

²⁴ Cf. C. Tassin (2006). *Evangelio de Jesucristo según san Mateo*. Verbo Divino, Estella

²⁵ **Para leer:**

- Roland MEYNET, *Passion de Notre Seigneur Jésus Christ selon les évangiles synoptiques*. Lire la Bible, 99. París, Cerf, 1993.
- Simon LÉGASSE, *Los relatos de la pasión*. Cuadernos Bíblicos, 112. Estella, Verbo, Divino, 2002. Presentación simplificada de dos voluminosos tomos del mismo autor: *El proceso de Jesús*, 1. *La histOria*. 11. *La pasión en los cuatro evangelios*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1995-1996.
- Paul BONY, *La résurrection de Jésus*. Tour Simplement. París, Éd. de l'Atelier, 2000.
- Xavier LÉON-DUFOUR, *Résurrection de Jésus et message pascal*. Parole de Dieu. París, Seuil, 1972, pp. 187-198 (ed. española: *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*. Salamanca, Sígueme, 1973).

pasión al Domingo de Ramos. De los acontecimientos que rodean la resurrección de Jesús, no se queda más que con dos pasajes: el descubrimiento del sepulcro vacío (Vigilia pascual) y el mandato final del Resucitado (Ascensión). Por eso descuida rasgos significativos de la teología de Mateo.

Respetando la tradición litúrgica, el comentarista debería presentar el relato de una sola vez. Pero, dado que su función es la de «ex-plicar», la de «des-plegar», necesita seccionar el texto en sus diferentes fases. Por otra parte, contra el leccionario, que extiende los hechos hasta la guardia del sepulcro (Mt 27,57-66), sin ofrecer su desenlace (28,11-15), más vale considerar estos episodios como los que abren los testimonios de la resurrección.

I - Los acontecimientos de la pasión

(Mt 26,1-27,56)

El relato de la pasión se abre con un prólogo (26,1-16) y se lee después como una peregrinación a través de los *lugares*: la sala de la última cena (26,17-30), la vigilia en Getsemaní (26,31-50), el «proceso» judío (26,31-56), la comparecencia ante Pilato (27,1-31) Y los acontecimientos del Gólgota (27,32-56), El comentarista incidirá menos en la historicidad de los hechos narrados, que siguen de cerca el relato de Marcos, que sobre las particularidades de Mateo y de su teología.

El prólogo (26,1-16)

Un anuncio de Jesús pone su cercano martirio en relación con la Pascua Judía (26,1-2) El prólogo se despliega a continuación en tres tiempos.

1) Aparece en primer lugar, sobriamente *evocado* (26,35), el complot de las autoridades, «sumos sacerdotes y ancianos». Observemos la ausencia de los fariseos, ajenos a la eliminación de Jesús, Su hostilidad se sitúa en un plano doctrinal. Reaparecerán después de la muerte de Jesús (27,62) reanudando su lucha, esta vez contra los primeros cristianos.

2) El episodio de la unción de Jesús en Betania (26,6-13) tiene un valor profético. A pesar de la indignación de los discípulos, esta mujer anónima honra a un pobre. Practica las buenas obras preconizadas en la escena del JUICIO final. En consecuencia, el recuerdo de su acto atravesará los Siglos «en cualquier parte del mundo en que sea proclamado el Evangelio» (v, 13). Al mismo tiempo, ella honra a no importa qué pobre, su mirra anuncia la muerte de Jesús,

3) Al final -allí donde la liturgia del día de Ramos recupera el relato- está la traición de Judas, La noticia (vv, 14-16) conlleva dos observaciones,

a) Jesús anunciaba que iba a «ser entregado» (v 2), según el designio del Padre, ahora se precisa el Instrumento humano de este plan: «Yo os lo entregaré» (v, 15), El evangelio precisa que la traición viene de «uno de los Doce» (v. 14), del círculo íntimo de los creyentes, ¿Por qué lo traicionó Judas? ¿Porque percibió que Jesús iba a acabar mal? Los testigos no se detienen en el traidor; insisten en el proyecto de DIOS,

b) Sólo Mateo precisa la suma de la transacción: «Treinta monedas de plata», cifra más simbólica que histórica. El Hijo del hombre no *vale* más que un *esclavo* o una esclava (cf. Ex 21,32), El libro de Zacarías (11,12) ya había ironizado: con este irrisorio precio había despedido Israel al pastor (¿los pastores?) enviado por Dios a su pueblo.

1. La cena pascual de Jesús (26,17-30)

La «sangre de la alianza» (Mt 26,27) está en el centro del relato de la última cena de Jesús. Recuerda la sangre del cordero pascual que *salvó* a Israel (Ex 12,7-14) y la de la circuncisión, considerada en el judaísmo antiguo como redentora (así en los viejos comentarios judíos a Ez 16,6 y Zac 9,11), anuncia al mismo tiempo la sangre derramada por Cristo, un motivo que, como veremos, ilumina la perspectiva propia de Mateo en el relato de la pasión.

Lectura de conjunto.

Mateo sigue a Marcos y sitúa la cena el jueves por la tarde, víspera de esta Pascua en que va a morir Jesús. Éste no es el calendario de Juan. Sea como fuere, los evangelistas juegan con esta proximidad cronológica de la Cena, la cual, en Mateo, se dispone en tres etapas.

1) En los *preparativos de la cena* (26,17-19), la palabra «pascua» aparece tres veces. Jesús profetizó el guión de su entrada en Jerusalén (21,1-3). Además, sabe dónde celebrará la Pascua. Se dirige lúcida y libremente hacia la pasión.

2) El *comienzo de la cena* (vv. 20-25) tiene siempre ese tono profético. a) Jesús sabe (v. 21) quién le va a entregar. b) Los discípulos, poco seguros de sí mismos, porque representan a los futuros Cristianos, se preguntan por su relación con aquel a quien aún llaman «Señor» (v. 22). c) Por el contrario, el Hijo del hombre denuncia (vv. 23-25) al instrumento humano de su trágico destino y deplora la triste suerte de aquel que, en una estrecha intimidad, moja en el mismo plato.

3) *Durante esta cena* (vv. 26-29), Jesús sigue el ritual judío de las comidas festivas. Pronuncia extrañas palabras sobre el pan y el Vino, y añade unas palabras de despedida (v. 29).

El episodio termina con un retorno a los ritos de la cena pascual (v. 30). Se canta el *Halel*, los salmos previstos para la fiesta: Sal 113 (112)-118 (117).

Al hilo del texto.

1. «Se acerca el momento» (v. 18), dice Jesús, el momento decisivo del sacrificio, que renovará el sentido de la Pascua, fundamentado en la salida de Egipto, pero que apunta a la liberación final, como lo ilustrará el pequeño apocalipsis del Calvario (Mt 27,52-54).

2. El diálogo que hace salir al traidor (vv. 20-25) presenta una extraña puesta en escena: ¿por qué los Once no reaccionan en el momento del desenlace (v. 25)? A decir verdad, el pasaje proyecta la perspectiva eclesial posterior, el escándalo permanente de la cruz. Los creyentes, a pesar de su fragilidad, aún dicen «Señor» (v. 22), mientras que Judas ya se ha excluido del círculo de la fe al llamar a Jesús con el trivial título de *rabbí* (v. 25).

3. Jesús transforma el rito judío de la *fracción del pan* (v.26). El padre toma el pan y, habiendo pronunciado la bendición, lo reparte a los invitados. Esencialmente, esta bendición proclama que el pan repartido representa el don de Dios, que hace vivir, vivir juntos. Pero este don, dice Jesús, será a partir de ahora «mi cuerpo», es decir, a la vez el hombre como ser de relación y como perecedero, destinado a la muerte. Por eso Jesús considera su partida no como un fin, sino como un don que hace vivir a aquellos que creen en él.

4. Así interpreta la copa del banquete: «Ésta es mi sangre de la alianza» (v. 28). La frase evoca la aspersion con la cual Moisés concluyó la alianza del Sinaí (Ex 24,8) y en la que los Judíos del siglo I veían un sacrificio para el perdón de los pecados. Por otra parte, esta antigua cultura conocía la expresión «gustar la copa de la muerte» (compárese con Mt 20,22-23). Por último, la sangre «derramada» evocaba el martirio de los profetas.

La copa representa a partir de ese momento la sangre que Jesús va a derramar. Él inaugura una nueva alianza; sufre el destino de los profetas y aporta, en un sentido sacrificial, el perdón divino que el judaísmo encontraba en los sacrificios del Templo y, para los bautistas, en el bautismo de Juan. Aquí, el perdón se extiende a la muchedumbre, a toda la humanidad. Para Mateo, Jesús cumple el destino del Siervo sufriente, que da su Vida «como sacrificio de expiación» (Is 53,10) cargando con los pecados de muchos (Is 53,12).

5. Así, la muerte de Jesús constituye un punto de partida, lugar de cita (v. 29) ofrecido a los creyentes por la copa del *vino* nuevo que celebrará el cumplimiento final del Reino anunciado a lo largo del evangelio,

2. Getsemaní (26,31-56)

La cena pascual de Jesús presentaba las más altas perspectivas de la esperanza cristiana, sin ocultar el dramático paso que es la pasión, un acontecimiento al cual Judas ha vuelto la espalda y que los otros discípulos no sabrán afrontar, porque el episodio de Getsemaní concluirá con su huida (Mt 26,56).

Lectura de conjunto.

Lucas no menciona la vergonzosa huida de los discípulos, En efecto, éstos representan a los lectores, cuya vida ordinaria debe seguir la pasión del Señor mediante la constancia en la prueba, la oración y el arrepentimiento. Ésta no es la postura de Mateo, Muy consciente de este deber, insiste en otro punto: nadie sigue hasta el final a Cristo en su pasión. Ella representa el precio de una sangre inestimable que *salva*. De ahí, en Getsemaní, un proceso de disociación en tres etapas.

- De *camino* hacia Getsemaní (vv. 31-53), Jesús previene a sus discípulos de que esa noche *va* a escandalizarlos, a llevarlos a la caída, y esto según una profecía (Zac 13,17). Anuncia la defección personal de Pedro.

- La *permanencia* en Getsemaní (vv. 36-46) está jalonada por las idas y venidas de Jesús. En primer lugar, se aísla del grupo en compañía de sus tres discípulos más próximos, y el relato subraya su angustia (vv. 36-37), A la primera oración de Jesús le sucede una exhortación dirigida a los discípulos dormidos (vv. 39-41). La segunda oración sigue el mismo guión, *salvo* que esos compañeros dormidos son dejados en su sueño (vv. 42-44a). El tercer movimiento (vv. 44b-46) conduce a una última exhortación, que se encadena con el arresto.

- El *arresto* pone en primer lugar a Judas por delante (vv. 47-50), en su función a la vez efímera y chocante: es «uno de los Doce». Al beso del traidor responde una frase poco clara, pero que funciona como si Jesús ordenara el momento en que se apoderan de él.

La secuencia siguiente (vv. 51-56a) parte de un incidente: un discípulo corta la oreja de uno de los policías del Templo. El gesto supone dos reacciones de Jesús, La primera se dirige al discípulo: cualquier violencia queda excluida, Jesús podría beneficiarse de una ayuda sobrenatural, pero esto iría contra el plan inscrito en las

Escrituras. La segunda interpela a la tropa enviada por las autoridades del Santuario, Cuando él enseñaba en el Templo, la autoridad de Jesús inspiraba la prudencia (cf. 26,3-5). Ahora se le trata como un bandido. Pero incluso en eso hay un eco de las profecías, del canto del Siervo: «Fue contado entre los malhechores» (Is 53,12). Después, la mitad de un último versículo (56b) señala, de forma lacónica, la deserción de los discípulos.

Al hilo del texto.

1. Jesús anuncia (26,31 -35) la dispersión de los discípulos, pero también la resurrección, que los reunirá de nuevo. Asimismo tiene lugar la profecía de la negación de un Pedro presuntuoso que no es más que un ejemplo: «Todos los discípulos dirán lo mismo». En este sentido, los tres discípulos destacados (v. 37) habían visto la gloria del Hijo de Dios en la montaña, y los hijos de Zebedeo se habían declarado dispuestos a beber con Jesús la copa de la muerte (20,22).

2. Ante la inminencia del drama, Jesús, plenamente hombre, experimenta una profunda angustia (26,37). Y Mateo subraya la insistencia de una triple oración que resume los más bellos comentarios posteriores del Padrenuestro (cf. 6,10). Toda oración de petición consiste en *una* lucha, un discernimiento que llega hasta que la voluntad del orante concuerda con la del Padre: «Que se haga tu voluntad».

3. En su oración, Jesús encuentra el remedio a su *tentación* de escapar de la muerte, tentación de solicitar las maravillas de Dios (v. 53; cf. Mt 4,5-7). Por eso, la trágica oración de Jesús se convierte en modelo para sus discípulos. También ellos deberán estar vigilantes y orar «para no caer en tentación» (v. 41) cuando surjan pruebas peligrosas para la fe. Humildemente dirán (cf. 6,13): Padre, no nos dejes entrar Irremediablemente en el engranaje de estas pruebas. En efecto, el «espíritu», el ser humano en su relación auténtica con Dios, es «ardiente», como Pedro en sus generosas pretensiones (26,33.35). Pero el hombre también es «carne», «débil» y llevado a un terrible repliegue sobre sí mismo (cf. 26,56).

3. Con el sumo sacerdote (26,57-75)

La escena del arresto ha identificado a los mandatarios de la caída de Jesús (Mt 26,47). Los *sumos* sacerdotes, en su gestión del Templo, disponían de una policía, detestada en Jerusalén por su legendaria brutalidad. Los *ancianos del pueblo*, notables y propietarios terratenientes son, junto con los sumos sacerdotes, los pilares del *sanedrín*, corte suprema de justicia y garante político autóctono frente al prefecto romano (Pilato). El traslado nocturno de Jesús añade una autoridad más: los *escribas*, garantes de la Ley.

Lectura de conjunto.

La *introducción* (vv. 57-58) presenta al sumo sacerdote, Caifás, presidente del sanedrín. La mención de Pedro prepara la escena de las negaciones. El relato se desarrolla después en cuatro fases.

- Primero aparece la *deposición* de *los falsos testigos* (vv.59-61). El sanedrín ya ha decidido con antelación la condena de Jesús (v. 59; cf. 26,4). Éste es acusado de querer destruir el Templo sobre la deposición concordante, exigida por la Ley, de dos testigos.

- Entonces tiene lugar la *confrontación decisiva* (vv. 62-66). El sumo sacerdote se levanta para hacer valer, en un debate que se estanca, el peso de su autoridad («te conjuro»). A partir de este momento, en tres etapas, todo se precipita:

a) Dado que la acusación no remata en razón del silencio del detenido, el presidente cambia de rumbo (vv. 62-63): ¿pretende Jesús ser «el Cristo»?

b) Jesús asiente y añade una solemne declaración sobre su futura manifestación gloriosa en cuanto «Hijo del hombre» (v. 64).

c) Considerando la respuesta como una «blasfemia», un insulto hecho a DIOS, el sumo sacerdote se rasga las vestiduras, rito de duelo presente para el Juez cuando escucha tales horrores. Los miembros del sanedrín concluyen, lacónicos: «Es reo de muerte» (vv. 65-66)

- El episodio acaba con una *escena de ultrajes* (vv. 67-68). Puesto que el Individuo es «el Cristo», al menos debe poseer cualidades de «profeta»: que adivine quién le ha golpeado. Observemos, en paralelo, la escena (27,27-31) que seguirá al juicio de Pilato.

- Las *negaciones de Pedro* (vv. 69-75), construidas en tres etapas, sirven de dramático epílogo.

a) Ya fuera, el discípulo lo traiciona *ante todos* (vv. 69-70).

b) Empezando un movimiento de huida, se siente interpelado de nuevo. Judas aún saludaba a Jesús como *rabbí*. Pedro es más insultante: «No conozco a ese hombre» (vv. 71-72).

c) Ampliándose el grupo, Pedro nutre su negación con vehementes juramentos (vv. 73-74).

Sale definitivamente del drama, pero salvado por un acto de memoria creyente y por el saludable llanto del arrepentimiento (v. 75).

Al hilo del texto.

1. Dado que la Ley Judía prohíbe los procesos nocturnos, parece que Mateo hace poco caso del marco concreto de los acontecimientos. Por otra parte, las sesiones oficiales del sanedrín no tenían lugar en casa del sumo sacerdote (contra los vv 57-58) El núcleo histórico se encuentra probablemente en 27,1-2: tras la noche de custodia, la apresurada asamblea de algunos miembros del sanedrín, al alba, decide quitarse de encima el «asunto Jesús» remitiéndoselo a Pilato.

2. Si los hechos resultan nebulosos, por contra el evangelista confiere al episodio rasgos teológicos determinantes. En primer lugar -sutil composición-, la declaración de los que, en el v 61, ya no son *falsos* testigos, es un mensaje dirigido a los lectores cristianos: sí, Jesús tiene *poder* para destruir el Templo, y el velo del Santuario se rasgará a la muerte del Mesías. Sí, en tres *días* se reconstruirá otro lugar de la presencia de DIOS entre los hombres, a saber, la presencia del Resucitado.

3. Caifás insta a Jesús, por el «Dios Vivo», a que diga si es «el Cristo, el Hijo de Dios». La pregunta retoma al pie de la letra la declaración de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo» (Mt 16,16). Este proceso es para siempre no sólo el de Jesús, sino el de la fe cristiana.

4. La respuesta de Jesús representa la misma intención cristiana del evangelista y de sus lectores. El pivote se encuentra en la expresión «además» (v. 64). Es un lugar de Cita: los enemigos de la fe ya no verán a Jesús más que como su propio Juez: es el Señor, «sentado a la derecha» de Dios (Sal 110 [109],1; cf. Mt 22,41-46), el «Hijo del hombre» a quien Dios da un poder universal (Dn 7,13-14; cf. Mt 24,30).

5 Los ultrajes (vv 67-68) encuentran un lugar más plausible en Lucas (22,63-65), a saber, las brutalidades policiales durante la custodia preliminar. Siguiendo a Marcos, Mateo proporciona a la escena el marco del sanedrín. Por eso solemniza su interpretación teológica. Jesús es un verdadero profeta no adivinando quién le ha golpeado, sino asumiendo el destino del Siervo de Dios: «A los que me golpeaban mis mejillas [] no volví mi cara» (Is 50,6).

6. Los que interpelan a Pedro (vv. 69ss) acumulan las expresiones que desvelan su íntima pertenencia a Jesús «el Galileo», a Jesús «de Nazaret». Públicamente, éste asume ante Caifás su identidad de Cristo, Hijo de Dios Vivo. Públicamente Pedro reniega de lo que él mismo había proclamado (cf 16,16) Así anuncia, para el futuro, la caída del creyente cuando la fe suscita oposiciones. Queda siempre como posibilidad el valor del arrepentimiento.

4. Con Pilato (27,1-31)

Desde el punto de vista histórico, la reunión matutina del sanedrín y el traslado de Jesús ante Pilato (27,1-2) manifiestan el fondo del asunto: los sumos sacerdotes y los ancianos hacen recaer la acusación en el plano político, como lo atestigua la abrupta entrada en materia de Pilato: «¿Eres tú el rey de los judíos?» (v. 11). En este momento, el evangelista ofrece las claves teológicas del acontecimiento. Por eso Insistirá en el motivo de la *sangre*.

Lectura de conjunto.

Mateo decide interrumpir el hilo de los acontecimientos con un episodio sobre el final de Judas. Después *vuelve* a la tradición añadiendo algunos rasgos de su cosecha.

1. El preludio (27,3-10), sobre Judas, comprende dos partes y una interpretación del evangelista. *a)* Judas regresa al Templo llevando el precio de su traición (cf. 26,15), con esta confesión: «He pecado entregando sangre inocente». Los sumos sacerdotes y los ancianos, que acaban de entregar a Jesús a Pilato, dejan a Judas a su propia responsabilidad. «Tú verás» (v. 4). ¡Va está visto! Arrojando las monedas en el Templo, parte para suicidarse. *b)* Los vv. 6-8 insisten en este dinero. Primeramente, en labios de los sacerdotes, la ironía de una verdad teológica inconsciente: «[Las monedas] son precio de sangre» (v. 6). Sigue la compra del Campo del Alfarero como cementerio para los extranjeros, un lugar denominado a partir de ese momento «Campo de sangre». El evangelista confecciona por último una cita (vv.9-10) que atribuye a Jeremías y que pretende hacer reflexionar sobre el significado de la sangre vertida por Jesús.

2. La *comparecencia* de Jesús ante Pilato (vv. 11-26) despliega un desarrollo más compleja que en Marcos, fuente de Mateo. *a)* El reproche surge de forma brusca, y choca con el silencio del acusado, que extraña al gobernador (vv. 11-14). *b)* A partir de una costumbre de amnistía, el prefecto propone una transacción entre Jesús y Barrabás (vv. 15-18). *c)* Un Intermedio propio de Mateo (v. 19) hace de la esposa de Pilato la primera pagana que tiene en sueños una revelación de que Jesús es un «Justo». *d)* Los sumos sacerdotes y los ancianos reactivan el proceso y empujan a la muchedumbre a reclamar la muerte de Jesús (vv. 20-23). *e)* En el desenlace (vv. 24-26), Pilato se *lava* las manos. Este detalle, propio de Mateo, no era significativo más que para un judío (cf. Sal 26 [25],6; Dt 21,1-9). El gobernador cede a la presión, y el evangelio observa lacónicamente la cruel flagelación que, en público, precedía a la pena capital.

3. El proceso judío acaba con los ultrajes sufridos por Cristo profeta (26,67-68). En paralelo, en una parodia de coronación, la soldadesca pagana se burla del «rey de los judíos» (vv. 27-31).

Al hilo del texto.

1. El complejo simbolismo incorporado en el relato del final de Judas se muestra capital, en la perspectiva del Antiguo Testamento, para la interpretación mateana de la pasión.

Judas ha entregado «sangre inocente» (v. 4). Se hace eco (el v. 9a va en este sentido) de Jeremías, quien, repitiendo muchas veces esta expresión, estigmatizaba la injusticia asesina de los responsables de Jerusalén. En su pasión, Jesús es solidario con las víctimas de esta persistente injusticia. Haciendo decir Mateo a Pilato: «Soy Inocente de esta sangre» (v. 24), en este contexto, el poder romano se ve en parte excusado. Y el gobernador de dirigir a la muchedumbre el verbo que Judas ha escuchado: «Vosotros veréis» (cf. v. 4).

En el mismo sentido, el evangelista ve a Jesús cargar con la trágica suerte de los «hijos de Sión, más preciosos que el oro, pero contados como vasos de arcilla, obra de las manos del alfarero» (Lam 4,2). A partir de este momento, estos términos suponen en Mateo, sutil escriba, una cascada de reminiscencias: primero aparece Jeremías dirigiéndose a la «casa del alfarero» (Jr 18,1-12), para escuchar allí el juicio inexorable de Dios sobre Israel; pero también está la *compra de un campo* por Jeremías, símbolo de un futuro dichoso tras el juicio Ur 32,7). Todo queda enlazado, mediante juegos de palabras difícilmente traducibles, en el recuerdo del oráculo de Zacarías (11, 12-13) sobre el pastor despreciado; de ahí procede el precio pagado a Judas y el gesto de éste arrojando las monedas en el Templo.

La compra del Campo del Alfarero, convertido en «Campo de sangre», permite la sepultura honrosa de los extranjeros, primer signo de los beneficios universales del precio que vale la sangre de Cristo. Observemos de paso que los primeros cristianos, volcados en su fe pascual, se desinteresaron de la suerte de Judas. ¿Se ahorcó (Mt)? ¿Fue abatido por un mal misterioso y horrible (Hch 1,1819)? El único recuerdo común a las dos tradiciones es el nombre de un lugar ligado a la muerte del personaje: el Campo (o Terreno) *de sangre*.

2. Con cierta gravedad, Mateo se permite insistir, porque él mismo es judío, en la implicación decisiva del judaísmo de Jerusalén en la muerte de Jesús: «Todo el pueblo» asume la responsabilidad de la «sangre» que va a ser derramada (v. 25). Por supuesto, el evangelista se sitúa como teólogo estableciendo el balance sobre el rechazo del Mesías por aquellos de su sangre. Desde el punto de vista de los hechos, los romanos ejecutaron a Jesús, envilecido por los paganos en el episodio de la coronación de espinas.

3. Pero la Ironía de la escena (vv. 2.7-31) traduce una verdad. Un día, los paganos rendirán homenaje al recién nacido que los magos extranjeros habían venerado proféticamente como el Rey de los judíos.

5. En el Gólgota (27,32-56)

La tragedia del Calvario está enmarcada por dos noticias luminosas que contrapesan la aparente soledad del condenado. Primeramente está Simón (27,32), un judío originario de la diáspora cirenaica. Aunque «obligado», anuncia a los futuros creyentes que tomarán su cruz para seguir a Cristo (cf. Mt 16,24). Tras la muerte de Jesús, también se menciona la presencia de mujeres que «habían seguido a Jesús desde Galilea y le servían» (27,55).

Ellas, primeras mensajeras de la resurrección, asegurarán después del drama la continuidad de la fe.

Lectura de conjunto.

Los acontecimientos del Calvario se reparten en tres secuencias, la última de las cuales, más desarrollada, se concentra en la muerte de Jesús.

- La noticia sobre la *crucifixión* enumera los siguientes detalles: el lugar de ejecución (v. 33), el incidente de la bebida rechazada (v. 3), el reparto de las vestiduras (v. 35), el pelotón de guardia (v. 36) y la inscripción con el motivo de la pena (v. 37). Evitando todo dolorismo, el acto de la crucifixión será recogido con suma sencillez: «Los que lo crucificaron...».

- Sigue una *escena de burlas* (vv. 38-44), enmarcada por la mención de dos bandidos y dividida en tres series de burlas: las de los que pasan, las de las autoridades judías y, con laconismo, las de los dos crucificados con él. El episodio tiene como pivote el verbo «salvar» (tres veces) y se dirige a la identidad del «Hijo de Dios».

- Por último, la evocación de la muerte de Jesús (vv. 45-56) se despliega en siete cuadros sucesivos.

a) Las *tinieblas* (v. 45) evocan en la Biblia el cuadro del «día del Señor», del juicio de Dios (cf. Am 5,18; 8,9). Así pues, el lector debe estar prevenido de que el relato va a introducir en los acontecimientos rasgos apocalípticos que son decisivos para la fe y caen fuera de la historia.

b) La *oración de Jesús* (v. 46), citada en hebreo y después traducida al griego, es el comienzo de Sal 22 (21).

c) La *mención de Elías* (vv. 47-49), cuyo nombre se repite al comienzo y al final del incidente, supone una última burla, con la mención del «vinagre», y una lección sobre el Crucificado.

d) La *muerte* de Jesús es narrada en un breve versículo (v. 50). Su gran grito asume y resume la oración de los salmistas. Entonces, literalmente, Jesús «dejó partir el espíritu».

e) Desbordando el marco de los hechos, un breve y majestuoso *cuadro apocalíptico* (vv. 51-53) revela los frutos de la vida futura que la cruz ha sembrado.

f) En el mismo sentido se sitúa la *confesión* de fe de los *paganos* (v. 54). Vanguardia de la conversión de las naciones, y allí donde Marcos (15,39) no menciona más que al único centurión, aquí el oficial romano y todos sus hombres proclaman: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios».

g) Para terminar, Mateo menciona a las mujeres (vv. 55-56), que no han huido, una de las cuales es la *madre* de los hijos de *Zebedeo*. Ella había pedido que sus hijos se sentaran a derecha e izquierda de Jesús, en su reino (20,21). En lugar de esto, ha visto a los dos bandidos a la derecha y la izquierda del Crucificado.

Al hilo del texto.

1. Mateo abandona el juego de las citas bíblicas («así se cumplió la palabra...»), pero teje su narración con detalles tomados de salmos que describen la situación del justo perseguido. Es este destino el que se cumple en la pasión, según el presagio de la mujer de Pilato (27,19).

Así, algunos grupos caritativos ofrecían a los condenados narcóticos suaves para aliviar sus sufrimientos. Pero el evangelista transforma este gesto en ultraje al añadirle la «hiel», detalle tomado del lamento del justo (Sal 69 [68J,22; cf. también Mt 27,48) Del Sal 38 (37),12 procede el hecho de que las mujeres miraban «desde lejos» (Mt 27,55). En estas relaciones, el Sal 22 desempeña una función determinante.

2 La única cosa que sabemos sin duda escrita sobre Jesús en vida es la inscripción, según la versión de Mc 15,26: «El rey de los judíos». Las autoridades judías *habían llevado ante el gobernador pretendidas ambiciones* reales. Consiguientemente, la inscripción refleja el conocido antijudaísmo de Pilato, y su cinismo: el rey que merecen los judíos es este pobre individuo. Mateo corrige el tiro mediante una formulación más solemne, propia para suscitar la veneración: «Este es el Rey de los Judíos» (Mt 27,37).

3. La escena de las burlas (vv. 38-44) discute nuevamente, en forma de paradojas, las perspectivas fundamentales de la fe cristiana. Aquel cuyo nombre significa «Dios salva» (Mt 1,21) no puede salvarse a sí mismo. Si es el «Hijo de Dios», es decir, el Mesías, «Rey de Israel», que baje de la cruz. Pero Jesús es también «Hijo de Dios» en cuanto Justo perseguido que pone su confianza sólo en Dios (cf. Sal 22 [21],8-9; Sab 2,12-20).

Persiste el mito de un Mesías triunfal: «Si eres Hijo de Dios, tírate», decía el Tentador (4,6). Jesús no tiene como misión salvarse, sino *salvar* a la multitud mediante la última debilidad de su sangre derramada (cf. 26,28).

4. En este sentido, la alusión a Elías (vv. 47-49) es significativa. En el hebreo *Elí*, los que se burlan fingen escuchar el nombre de Elías. Este profeta, precursor del Mesías, pasaba también por asistir a los moribundos. No intervendrá. Es a Dios únicamente a quien Jesús llama, cuya oración («¿Por qué me has abandonado?») se entiende en dos niveles indisociables:

a) Estamos como en el filo de la navaja, en el límite trágico de la fe, la que aún dice «Dios mío» y, al mismo tiempo y con una humildad inevitable, confiesa el miedo al abandono.

b) En la tradición judía, pronunciar el comienzo de un salmo implica el contenido del salmo completo. Recordemos entonces el final del poema (Sal 22,22-23) «Me has respondido [...] y yo vivo por él». En este sentido, el grito de Jesús anuncia su resurrección.

5. El «pequeño apocalipsis» (vv. 51-53), añadido por Mateo y que proporciona a la cruz un alcance cósmico, se injerta en el desgarrar del velo del templo, un *motivo* tomado de Marcos. El símbolo se interpreta en dos sentidos opuestos, pero que hay que considerar juntos. Esta cortina aislaba al Santo de los Santos, donde sólo entraba el sumo sacerdote, del mundo profano. El desgarrón del velo es, pues, una violación que pone fin a una cierta forma de culto al mismo tiempo es un desvelamiento: gracias a la cruz, todos los seres humanos tienen ahora acceso directo a Dios.

Sobre este signo, el evangelista sobrepuja. El «seísmo» es un rasgo de los apocalipsis judíos. Introduce el juicio final de Dios, quien, al término de la historia, abre los sepulcros (Ez 37,1-14). ¿Quiénes son aquí los «santos» que vuelven a la Vida? Sin duda, los justos y los profetas cuya sangre, antes que Jesús, había sido vertida (cf. Mt 23,30.35.37). Una lectura humorística dirá que estos santos *tuvieron* el buen gusto de esperar la resurrección de Jesús para manifestarse. Es un modo de subrayar, con hondura, que su resurrección depende de la de él. Podríamos pensar además que la «Ciudad santa» representa una realidad celestial, trascendente. En

efecto, desde el veredicto de Jesús (Mt 23,27), Mateo ya no vuelve a escribir la palabra «Jerusalén».

II - Del sepulcro al fin del mundo

(Mt 27,57-28,20)

La liturgia une al relato de la pasión (Domingo A de Ramos) dos episodios que, en realidad, pertenecen a la fase siguiente, a saber, la sepultura de Jesús (Mt 27,57-61), y un pasaje propio de Mateo, la custodia del sepulcro (27,62-66), una escena cuyo desenlace ignora la propia liturgia (28,11-15). En realidad, el final de este evangelio parece organizarse de la siguiente manera, en dos etapas. Primero, para el creyente que jamás disfrutará de apariciones del Resucitado, el evangelista reúne episodios que giran en torno a la noche del sepulcro (27,57-28,8). Pero después, para confortar la fe de su lector, Mateo reúne escenas de apariciones (28,9-20) de las que gozaron los primeros testigos.

El sepulcro (27,57-28,8)

La insistencia en la sepultura quiere subrayar la realidad de la muerte de Jesús, un rasgo que Mateo acentúa incluso al evocar la vigilancia de la tumba. Así, los evangelios vierten en relatos el contenido del antiguo *credo* de las Iglesias (1 Cor 15,3b-5).

Lectura de conjunto.

Según la cronología de Marcos, seguida por Mateo, Jesús fue crucificado un viernes, víspera de la Pascua de ese año (¿año 30?), y el descubrimiento se sitúa al alba del domingo (¿o antes?). La relación vital entre la decisiva sepultura y la resurrección está asegurada por la presencia de «María Magdalena y la otra María» (27,61 y 28,1; cf. 27,56).

La sepultura (27,57-61) se lleva a cabo por iniciativa de José, originario de Arimatea, que obtiene de Pilato la necesaria autorización (vv. 57-58). La propia sepultura es a la vez sobria y señal de veneración, y la colocación de la gran piedra sella el poder definitivo de la muerte (vv. 59-60). Por último, las dos mujeres velan al difunto.

El episodio de la *custodia del sepulcro* (27,62-66), propio de Mateo, pone en primer plano a los sumos sacerdotes y los fariseos. Su petición dirigida a Pilato menciona dos veces la resurrección. Recuerdan la predicación de Jesús y temen un robo del cuerpo por parte de los discípulos, que dirían: «Ha resucitado de entre los muertos» (v. 64). Todo acaba con una doble precaución: sellos puestos en la piedra y un pelotón de guardia.

La visita de las *dos mujeres* (28,1-8) es narrada, a grandes líneas, bajo la forma literaria de una «anunciación»:

a) El acontecimiento se inicia (vv. 2-3) con un «seísmo», que introduce al ángel del Señor. Éste corre la piedra, signo del poder de la muerte, y se sienta encima, signo de la victoria sobre la muerte. Su aspecto luminoso confirma su origen celestial.

b) En las anunciaciones, la aparición celestial suscita temor. Aquí, esta reacción se transfiere a los guardias, que, sacudidos, se quedan «como muertos» (v. 4).

c) Fiel a las anunciaciones, el discurso (vv. 5-7) se inicia con la invitación a no temer. Después viene la revelación (el Crucificado ha resucitado), combinada con un signo («venid a ver el sitio donde yacía») y una misión: anunciar la nueva a los discípulos y citarlos en Galilea.

d) Con un temor religioso y con gran alegría, las mujeres corren a cumplir su misión (v. 8).

Al hilo del texto

1. José (27,57), originario del norte de Judea, es lo suficientemente rico e influyente como para persuadir al gobernador. Los cuatro evangelios relatan el nombre y el gesto de este personaje, que aparentemente poco conocido por ellos, recibe de la tradición rasgos variados. En Marcos (15,43) se trata de un miembro del sanedrín, simpatizante del Reino de Dios, Lucas (23,50-51) da consistencia a este retrato. Juan (19,38) ve en él a un criptodiscípulo (cf. Jn 9,22), que por fin se descubre, mientras que Mateo descubre en él a un verdadero discípulo.

2. En el asunto de la custodia del sepulcro (Mt 27,62ss), los *fariseos* vuelven a aparecer, en una alianza poco natural con los *sumos sacerdotes*. El lector adivina que el proceso de Jesús va a proseguir a través de sus discípulos, en el plano político con las autoridades del Templo, en el plano doctrinal con los fariseos. Para todos ellos, Jesús es un impostor, y su resurrección, una impostura. A su pesar, profetizan. Sí (v. 64), pronto «sus discípulos dirán al pueblo: "Ha resucitado de entre los muertos"».

3. En Mc 16,2, la visita al sepulcro se sitúa al amanecer del domingo. Pero Mt 28,1 puede traducirse así: «La noche del sábado, mientras que comenzaba a brillar el primer día de la semana...». En el judaísmo antiguo, el día comienza con la primera estrella de la noche. Como prueba, basta remitirse al cómputo de Gn 1,5: «Pasó una tarde, pasó una mañana el día primero». En este caso, en Mateo, la visita al sepulcro tiene lugar de noche, una noche que ilumina el Ángel no sólo porque tiene un aspecto luminoso, sino a causa de su mensaje.

4. El ángel del Señor no había intervenido desde los relatos de la infancia (Mt 1-2). Significa la presencia de Dios mismo, con dos aspectos determinantes aquí.

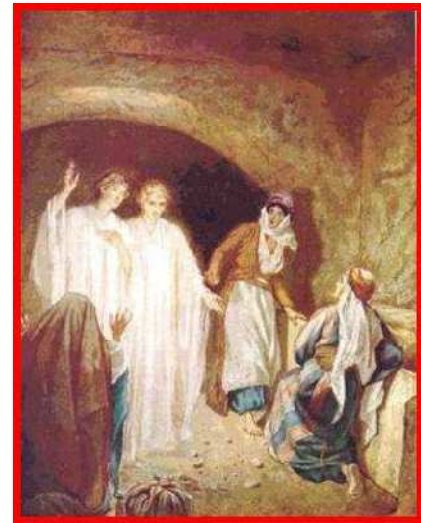
a) Primero está el aspecto *visual* (vv. 2-3), que reúne los símbolos que revelan a Dios como vencedor de la muerte. Mc 16,4 se contentaba con indicar el descubrimiento de la piedra ya corrida. A pesar de la descripción más detallada de Mateo, la perspectiva sigue siendo la misma: aunque los primeros testigos vieron a Jesús *resucitado*, no lo vieron *resucitar*, el acontecimiento trasciende en sí la historia humana. Los evangelios apócrifos, como el de Pedro no poseen la misma sobriedad. Con sus paralelos canónicos, la lógica de Mateo no es la de: «No está aquí, *pues* ha resucitado», sino la de: «Ha resucitado, *pues* no está aquí, entre los muertos». El sepulcro vacío no es una prueba (cf. la tesis del robo del cadáver, Mt 28,13), sino un indicio propuesto a la fe.

b) El otro aspecto que hay que considerar es la *palabra*, el mensaje del ángel, resumido en un fórmula: «[Dios lo] ha resucitado de entre los muertos» (v. 7). La frase constituye lo esencial de la fe cristiana y el pivote del anuncio misionero. Poner este «kerigma» en labios del ángel significa que esta fe tiene como origen una revelación de Dios en persona en el corazón de los creyentes.

La aparición a las mujeres (28,9-10)

La última fase del evangelio narra sobriamente dos manifestaciones del Resucitado. Los pasajes precedentes han mostrado cómo la fe en él ha nacido en el corazón de las mujeres que han permanecido fieles, mientras que, con antelación, los sumos sacerdotes y los fariseos se cierran a esta misma fe. Jesús se presenta ahora en persona a los que creen.

El conjunto comprende tres etapas. Primeramente está la aparición a las mujeres que acaban de abandonar el sepulcro (28,9-10), y este texto concluye el evangelio de la Vigilia pascual. En el medio, no conservado por la liturgia, la historia de la guardia en el sepulcro se resuelve y confirma la falta de fe de las autoridades judías (vv. 11-15). Por último, Jesús se encuentra con los Once y los envía (vv. 16-20).



En el final de la visita al sepulcro (28,8), nada indica que las dos mujeres hayan cumplido su misión, tanto más cuanto el v. 9 no dice que Jesús las encuentre mientras ellas están en camino. Así, en este nuevo episodio, el evangelista recupera verosíblemente una tradición distinta, que Juan (20,11-18) trata a su manera. Yuxtaponiendo los dos episodios, Mateo quizá trate de ofrecer a sus lectores un *doble testimonio* (las mujeres y después los Once), según el espíritu de la Ley judía.

Lectura de conjunto.

La escena, en su brevedad, tiene un esquema muy sencillo: al principio, Jesús se dirige al encuentro de las mujeres. Después ellas tienen una triple reacción: aproximarse, agarrarlo y postrarse. Por último, ellas reciben una misión renovada.

Al hilo del texto.

1. Los evangelios abundan en expresiones que tratan de restituir la misteriosa experiencia de un contacto con el Resucitado, que siempre tiene la iniciativa. Por ejemplo: «Se acercó» (Lc 24,15); «se dejó ver» (Lc 24,34); «se presentó en medio de ellos» (Lc 24,36). Aquí, simplemente, «Jesús vino a su encuentro» (v. 9).
2. El gesto de agarrarle los pies busca Sin duda menos retenerlo que verificar la realidad de su presencia. Sobre este punto, que las mujeres «no teman» (v. 10a).
3. La misión que ellas reciben (v. 10b) confirma la dada por el ángel del Señor (v. 7).

a) Deben *anunciar* que se encontrarán en Galilea (vv. 7 y 10), Galilea representa los comienzos, a los que hay que volver, del camino de Jesús con los suyos. Pero esta región será pronto punto de partida hacia el ancho mundo, puesto que, en el Simbolismo de Mateo, es la «Galilea de los gentiles» (Mt 4,15).

b) Salta a la vista una diferencia. El Ángel invitaba a las mujeres a contactar con los *discípulos* (v. 7), Ahora ellas son enviadas a «mis hermanos» (v. 10). Más allá de la huida y de las negaciones ligadas al escándalo de la pasión, el Resucitado va a restaurar con los suyos una relación fraterna. Desde la sepultura, Mateo ha abandonado los títulos que eran objeto de disputa (Cristo, Rey, Hijo de Dios). Ya no queda más que el nombre de *Jesús*, el más

íntimo para los creyentes, lo cual no quita nada a su majestad, como lo recordará la última escena del evangelio.

El informe de los guardias (28,11-15)

Como contrapunto al encuentro de los creyentes («Mientras las mujeres iban de camino», v. 11 a), reaparece el frente del rechazo (vv. 11-15). Ver prodigios, como han visto los guardias (vv. 4.11), puede no llevar a nada. Aquí están de nuevo, en consejo, los sumos sacerdotes y los ancianos que condenaron a Jesús (vv. 11-12). Habían pagado a Judas; compraron el silencio de los soldados, que, pervertidos por semejantes guías, «hicieron lo que les habían dicho» (v. 15). Todo vuelve a empezar: el proceso de la fe no tiene fin. Aparentemente -y casi lo confiesa (v. 15)-, Mateo construye su temible dialéctica a partir de un rumor judío que corre en su época, la de un robo del cadáver de Jesús.

La aparición a los Once (28,16-20)

Podríamos decir que el encuentro de Jesús con María Magdalena y la otra María tiene rasgos calurosos (vv. 910), a saber, el alegre saludo del Resucitado, el echarse las dos mujeres, que se «acercan» a él, a sus pies (lo que no siempre se ha hecho durante su vida) y el mandato de ir a avisar a sus «hermanos». Ya no hay nada de esto en el último episodio del evangelio, empezando por el hecho de que es Jesús quien se «acerca» a los discípulos, indicio de una novedad, en una escena situada como entre el cielo y la tierra. De ahí la legítima presencia de este texto en la liturgia de la Ascensión.

Lectura de conjunto.

El episodio final recapitula los grandes motivos que atraviesan el evangelio. De ello resulta una sobrecarga de sentido que enturbia el desciframiento de la forma literaria del relato, como vemos en la mención de la «duda» (v, 17b), que podría parecer fuera de contexto. No obstante, la estructura se lee bastante bien.

La *puesta en escena* (vv, 16-17) comprende dos etapas, a) Los discípulos han obedecido el mensaje de las mujeres (cf. 28,7.10), al cual se añade ahora la mención de la «montaña», b) Conforme a este mensaje, ellos «ven» a Jesús, que provoca entre ellos una doble reacción de veneración y de duda. La continuación (vv. 18-20) presenta la última declaración de Jesús.

1) Mateo (vv. 18-20a) se inspira en *decretos reales*, como el de Ciro (2 Cr 36,23), al que el judaísmo consideraba como un mesías (Is 45,1), Estos decretos tienen la siguiente forma: he recibido tal poder (a); *por tanto*, doy tal orden (b). El esquema se aplica aquí.

a) Jesús ha recibido de Dios todo poder (v. 18).

b) A partir de la Sintaxis de los verbos, la orden de Jesús (vv, 19-20a) se articula de la siguiente manera: hay que *hacer discípulos* a todas las naciones, misión que se explicita en dos cuestiones: bautizar y enseñar todo lo que Jesús ha prescrito.

2) La promesa final (v. 20b) suena como una *confirmación*, «Emprended la misión que os confío -diría Jesús- y descubriréis que *Yo estoy con vosotros*». La frase se inspira en una fórmula frecuente en el Antiguo Testamento: «Así sabréis que yo soy el Señor».

Al hilo del texto.

1. La *montaña* (v. 16) es rica en simbolismo. Recuerda aquella en la que el diablo había mostrado a Jesús todos los reinos (4,8); ahora, como se presentía en la montaña de la transfiguración (17,1), Jesús ha recibido de Dios un poder universal (28,18). También viene el recuerdo de la montaña en la que -como un nuevo Sinaí- Jesús había promulgado la ley de las bienaventuranzas (5,1). Pero asimismo es, por esa situación de despedida y de final literario, el monte Nebo (Dt 34), donde Moisés se despidió de su pueblo al final del primer Éxodo.

2. La *mención de la duda* (v. 17b) presenta una imprecisión que explica la diversidad de las traducciones: «Pero algunos dudaron...», «pero ellos dudaron.», «ellos, que habían dudado.». Apenas es posible zanjar el asunto, pero se imponen algunas pistas de interpretación. En los clásicos relatos de apariciones, la duda de los testigos es un expediente que conduce a Jesús a hacerse reconocer (cf. Lc 24,36-43; Jn 20,24-29). Ahora bien, aquí Jesús no solventa esta duda. Lo había hecho anticipadamente, cuando el contratiempo de Pedro (Mt 14,31). Sobre todo, la duda no desaparecerá más que con la experiencia futura de la misión, cuando los enviados descubran el efectivo poder del Resucitado por medio de la conversión de las naciones.

3. El poder *real* universal (v. 18) que Dios concede a Jesús supera con creces al de Ciro (2 Cr 36,23). Se une al del Hijo del hombre, según la visión de Daniel: «Se le concedieron todo poder y todas las naciones, según sus razas, y toda gloria a su servicio» (Dn 7,14). El cuadro del juicio final evocaba esta dignidad universal (Mt 25,31) que ahora Dios ha conferido al Resucitado, tal como lo presintieron, durante su ministerio terreno, los pequeños y los humildes (cf. 11,25-27).

4. En el Nuevo Testamento se bautiza «en el nombre» de Jesucristo, con vistas a recibir el Espíritu (Hch 2,38; 10,48) o «para» el Señor Jesús (Hch 8,16; 19,5) o «en la muerte» de Cristo Jesús (Rom 6,3) Las primeras Iglesias heredaron el rito de Juan Bautista, pero aún no uniformizaron su sentido teológico en régimen cristiano.

Únicamente Mateo (28,18) propone una *formulación bautismal trinitaria*. Sin duda está tomada del uso litúrgico de su comunidad, que terminó imponiéndose a las Iglesias posteriores. Quizá invite al lector a Interpretar su propio bautismo mediante la teofanía que acompaña al bautismo de Jesús (3,16-17). En todo caso, la sintaxis griega de Mateo hace del bautismo cristiano una completa pertenencia al Padre, al Hijo y al Espíritu.

5. Los hombres que están en escena en este final no son ni los «Once» ni los «apóstoles», sino los «once discípulos» (v. 16), dicho de otra manera: alumnos. Este término dirige la orientación decisiva que Mateo quiere promover: la misión es un hecho de *discípulos* que hacen otros *discípulos*. Por el bautismo, los enviados Integrarán a las naciones en sus comunidades relaciones privilegiadas con el Padre, el Hijo y el Espíritu. En su enseñanza, compartirán lo que transforma su propia vida, es decir, todo lo que *ha mandado Jesús* (v. 19), y que se resume en una ley de amor (cf. Mt 22,37-40; 25,40).

El glosador de Marcos otorga a la misión un alcance geográfico: «Id al mundo entero» (Mc 16,15), Mateo no tiene esta visión, En él, la expresión «id» (v. 19) no es más que un auxiliar gramatical. El acento recae en «todas las naciones», todas las categorías étnicas, sociales, políticas (y las cananeas, por ejemplo, no serán excluidas [15,21-28]).

6. Gracias a su testimonio, los discípulos vencerán su duda. Por medio de los nuevos creyentes que llegarán a Jesús, harán un descubrimiento decisivo. Aquel que dice: «Yo estoy con *vosotros*» (28,20) es «Emmanuel» (1,23), presencia de Dios,

dominando toda la historia, desde el «libro de los orígenes» (Mt 1,1) «hasta el fin del mundo» (28,20).

El mensaje pascual de Mateo

«Jesús no se despide de sus discípulos. No "sube" al cielo, no les envía el Espíritu. Sino que se queda con ellos, y ésta es la aportación original de Mateo. Mateo sigue siendo "cristológico" hasta el final, señalando la presencia del Emmanuel. [...]

Mateo incluso ha querido manifestar, en este mensaje pascual, cómo el Señor ha emergido por encima de la tormenta de las maldades humanas mediante el divino poder de Dios, que lo ha arrancado de las tinieblas del *seol*. El Señor majestuoso que baja a la montaña es aquel que ha salido de las profundidades de los infiernos, a pesar de la piedra que los hombres habían corrido a la entrada del sepulcro. El Señor al que se le ha dado toda autoridad es aquel al que Dios ha liberado de las ataduras de la muerte».²⁶

²⁶ Xavier LÉON-DUFOUR, *Résurrection de Jésus et message pascal*. París, Seuil, 1971, p. 198 (ed. española: *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*. Salamanca, Sígueme, 1973).

«El rostro de Cristo, El rostro del hombre»

-Meditaciones para el Via Crucis 2014²⁷-

S.E. Mons. Giancarlo Maria BREGANTINI,
Arzobispo de Campobasso-Boiano

INTRODUCCIÓN

«El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”; y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que atravesaron”» (Jn 19,35-37).

Dulce Jesús,
subiste al Gólgota sin hesitar, como gesto de amor,
y te dejaste crucificar sin lamento.
Humilde hijo de María,
cargaste con nuestra noche
para mostrarnos con cuánta luz
querías henchir nuestro corazón.
En tu dolor, reside nuestra redención,
en tus lágrimas, se bosqueja la «hora»
en la que se desvela el amor gratuito de Dios.
Siete veces perdonados
en tus últimos suspiros de hombre entre los hombres,
nos devuelves a todos al corazón del Padre,
para indicarnos en tus últimas palabras
la vía redentora para todo nuestro dolor.
Tú, el plenamente encarnado, te anonadas en la cruz,
solamente comprendido por Ella, la Madre,
que permanecía fielmente al pie de aquel patíbulo.
Tu sed es fuente de esperanza siempre encendida,
mano tendida incluso para el malhechor arrepentido,
que hoy, gracias a ti, dulce Jesús, entra en el paraíso.
Concédenos a todos nosotros, Señor Jesús crucificado,
tu infinita misericordia,
perfume de Betania en el mundo,
gemido de vida para la humanidad.
Y, confiados finalmente en las manos de tu Padre,
ábrenos la puerta de la vida que nunca muere. Amén.

²⁷ Presidido por el Santo Padre Francisco, el Viernes Santo en Roma, el 18 de abril de 2014

PRIMERA ESTACIÓN

Jesús condenado a muerte El dedo acusador

«Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”. Por tercera vez les dijo: “Pues, ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré”. Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad» (Lc 23,20-25).

Un Pilato atemorizado que no busca la verdad, el dedo acusador y el creciente clamor de la multitud, son los primeros pasos de la muerte de Jesús. Inocente como un cordero cuya sangre salva a su pueblo. Ese Jesús, que ha pasado entre nosotros curando y bendiciendo, es condenado ahora a la pena capital. Ninguna palabra de gratitud por parte del gentío que, en cambio, elige a Barrabás. Para Pilato, se convierte en un caso embarazoso. Lo entrega a la muchedumbre y se lava las manos, enteramente apegado a su poder. Lo entrega para que sea crucificado. No quiere saber nada de él. Para él, el caso está cerrado.

La condena apresurada de Jesús acoge así las acusaciones fáciles, los juicios superficiales entre la gente, las insinuaciones y prejuicios, que cierran el corazón y se convierten en cultura racista, de exclusión y descarte, con cartas anónimas y horribles calumnias. Si acusados, se salta inmediatamente en primera página; si absueltos, se termina en la última.

¿Y nosotros? ¿Sabremos tener una conciencia recta y responsable, transparente, que nunca dé la espalda al inocente, sino que luche con valor en favor de los débiles, resistiéndose a la injusticia y defendiendo por doquier la verdad ultrajada?

ORACIÓN

Señor Jesús,
hay manos que amparan y hay manos que firman sentencias injustas.
Haz que, ayudados por tu gracia, no descartemos a nadie.
Defiéndenos de la calumnia y la mentira.
Ayúdanos a buscar siempre la verdad,
y a estar siempre de parte de los débiles.
Y concede tu luz a quien, por misión, debe juzgar en el tribunal,
para que emita siempre sentencias justas y verdaderas. Amén.

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús con la cruz a cuestas El pesado madero de la crisis

«Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Con sus heridas fuisteis curados. Pues andabais errantes como ovejas, pero ahora os habéis convertido al pastor y guardián de vuestras almas» (1 P 2,24-25).

Pesa el madero de la cruz, porque, en él, Jesús lleva consigo todos nuestros pecados. Se tambalea bajo este peso, demasiado grande para un solo hombre (cf. Jn 19,17).

Es también el peso de todas las injusticias que ha causado la crisis económica, con sus graves consecuencias sociales: precariedad, desempleo, despidos; un dinero que gobierna en lugar de servir, la especulación financiera, el suicidio de empresarios, la corrupción y la usura, las empresas que abandonan el propio país.

Esta es la pesada cruz del mundo del trabajo, la injusticia en la espalda de los trabajadores. Jesús la carga sobre sus hombros y nos enseña a no vivir más en la injusticia, sino a ser capaces, con su ayuda, de crear puentes de solidaridad y esperanza, para no ser ovejas errantes ni extraviadas en esta crisis.

Volvamos, pues, a Cristo, pastor y guardián de nuestras almas. Luchemos juntos por el trabajo en reciprocidad, superando el miedo y el aislamiento, recuperando la estima por la política y tratando de solventar juntos los problemas.

La cruz, entonces, se hará más ligera, si la llevamos con Jesús y la levantamos todos juntos, porque con sus heridas - resquicios de luz - hemos sido curados.

ORACIÓN

Señor Jesús,
cada vez se hace más densa nuestra noche.
La pobreza se torna miseria.
No tenemos pan para los hijos y nuestras redes están vacías.
Nuestro futuro es incierto. Vela por el trabajo que falta.
Despierta en nosotros el celo por la justicia,
para que no arrastremos la vida,
sino que la llevemos con dignidad. Amén.

TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez

La fragilidad que se abre a la acogida

«Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él» (Is 53,4-5).

Es un Jesús frágil, muy humano, el que contemplamos con asombro en esta estación de gran dolor. Pero es precisamente esta caída en tierra lo que revela aún más su inmenso amor. Está acorralado por el gentío, aturdido por los gritos de los soldados, cubierto por las llagas de la flagelación, lleno de amargura interior por la inmensa ingratitud humana. Y cae. Cae por tierra.

Pero en esta caída, en este ceder al peso y la fatiga, Jesús vuelve a ser una vez más maestro de vida. Nos enseña a aceptar nuestras fragilidades, a no desanimarnos por nuestros fallos, a reconocer con lealtad nuestras limitaciones: «El deseo del bien está a mi alcance - dice san Pablo - pero no el realizarlo» (Rm 7,18).

Con esta fuerza interior que viene del Padre, Jesús también nos ayuda a aceptar las debilidades de los demás; a no indignarnos con quien ha caído, a no ser indiferentes con quien cae. Y nos da la fuerza para no cerrar la puerta a quien llama a nuestra casa pidiendo asilo, dignidad y patria. Conscientes de nuestra fragilidad, acogeremos entre nosotros la fragilidad de los emigrantes, para que encuentren seguridad y esperanza.

En efecto, en el agua sucia del cántaro del Cenáculo, es decir, en nuestra fragilidad, es donde se refleja el verdadero rostro de nuestro Dios. Por eso, «todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios» (1 Jn 4,2).

ORACIÓN

Señor Jesús,
que te has humillado para rescatar nuestra debilidad,
haznos capaces de entrar en una verdadera comunión
con nuestros hermanos más pobres.
Arranca de nuestro corazón toda raíz de miedo y cómoda indiferencia,
que nos impide reconocerte en los emigrantes,
para dar testimonio de que tu Iglesia no tiene fronteras,
sino que es verdadera madre de todos. Amén.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús se encuentra con la Madre

Lágrimas solidarias

«Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: “Mira, este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma» (Lc 2,34-35). «Llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros» (Rm 12,15-16).

Este encuentro de Jesús con María, su madre, está cargado de emoción, de lágrimas amargas. En él se expresa la fuerza invencible del amor materno, que supera todo obstáculo y sabe abrir caminos. Pero impresiona aún más la mirada solidaria de María, que comparte e infunde fuerza al Hijo. Nuestro corazón se llena así de asombro al contemplar la grandeza de María, precisamente en su hacerse, ella misma criatura, «prójimo» para con su Dios y su Señor.

Ella recoge las lágrimas de todas las madres por sus hijos lejanos, por los jóvenes condenados a muerte, asesinados o enviados a la guerra, especialmente por los niños soldados. En ellas escuchamos el lamento desgarrador de las madres por sus hijos, moribundos a causa de tumores producidos por la quema de residuos tóxicos.

¡Qué lágrimas tan amargas! ¡Solidaridad en compartir la ruina de los hijos! Madres que velan en la noche, con las luces encendidas, temblando por los jóvenes abrumados por la inseguridad o en las garras de la droga y el alcohol, especialmente las noches del sábado.

Junto a María, nunca seremos un pueblo huérfano. Nunca olvidados. Como a san Juan Diego, María también nos ofrece a nosotros la caricia de su consuelo materno, y nos dice: «No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 286).

ORACIÓN

Salve, Madre,
dame tu santa bendición.
Bendíceme, a mí y a toda mi casa.
Dígnate ofrecer a Dios todo lo que hoy haré y soportaré,
unido a tus méritos y a los de tu santísimo Hijo.

Te ofrezco y dedico todo mi ser y todas mis cosas a tu servicio,
poniéndome por entero bajo tu manto.
Obtén para mí, Señora, la pureza de la mente y del cuerpo,
y haz que, en este día,
no haga nada que desagrade a Dios.
Te lo pido por tu Inmaculada Concepción
y tu intacta virginidad. Amén
(San Gaspar Bertoni).

QUINTA ESTACIÓN

El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz La mano amiga que levanta

«A uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz» (Mc 15,21).

Simón de Cirene pasa casualmente por allí. Pero se convierte en un encuentro decisivo en su vida. Él volvía del campo. Hombre de fatigas y vigor. Por eso se le obligó a llevar la cruz de Jesús, condenado a una muerte infame (cf. Flp 2,8).

Pero este encuentro, el principio casual, se transformará en un seguimiento decisivo y vital de Jesús, llevando cada día su cruz, negándose a sí mismo (cf. Mt 16,24-25). En efecto, Simón es recordado por Marcos como el padre de dos cristianos conocidos en la comunidad de Roma: Alejandro y Rufo. Un padre que ha impreso ciertamente en el corazón de los hijos la fuerza de la cruz de Jesús. Porque la vida, si uno se aferra demasiado a ella, enmohece y se agosta. Pero si la ofrece, florece y se convierte en espiga de grano, para él y para toda la comunidad.

En esto radica la verdadera cura de nuestro egoísmo, siempre al acecho. La relación con el otro nos rehabilita y crea una hermandad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que puede soportar las penas de la vida, apoyándose en el amor de Dios. Sólo con el corazón abierto al amor divino, me veo impulsado a buscar la felicidad de los demás en tantos gestos de voluntariado: una noche en el hospital, un préstamo sin intereses, una lágrima enjugada en familia, la gratuidad sincera, el compromiso con altas miras por el bien común, el compartir el pan y el trabajo, venciendo toda forma de recelo y envidia.

El mismo Jesús nos lo recuerda: «Lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40).

ORACIÓN

Señor Jesús,
en el Cireneo amigo vibra el corazón de tu Iglesia,
que se hace refugio de amor para cuantos tienen sed de ti.
La ayuda fraterna es la clave para atravesar juntos la puerta de la Vida.
No permitas que nuestro egoísmo nos haga pasar de largo,
y ayúdanos a derramar el unguento de consolación
en las heridas de los otros,
para hacernos compañeros leales de camino,
sin evasivas y sin cansarnos nunca de optar por la fraternidad. Amén.

SEXTA ESTACIÓN

Verónica enjuga el rostro de Jesús La ternura femenina

«Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación» (Sal 26,8-9).

Jesús se arrastra con dificultad, jadeando. Pero la luz de su rostro se mantiene intacta. No hay ofensa que pueda oponerse a su belleza. Los salivazos no la han empañado. Los golpes no han conseguido quebrarla. Este rostro se parece a una zarza ardiente que, cuanto más se le ultraja, más consigue emanar una luz de salvación. De los ojos del Maestro manan lágrimas silenciosas. Lleva el peso del abandono. Sin embargo, Jesús avanza, no se detiene, no vuelve atrás. Afronta la opresión. Está turbado por la crueldad, pero él sabe que su muerte no será en vano.

Jesús, entonces, se detiene ante una mujer que viene a su encuentro sin titubeos. Es la Verónica, verdadera imagen femenina de la ternura.

El Señor encarna aquí nuestra necesidad de gratuidad amorosa, de sentirnos amados y protegidos por gestos de solicitud y de cuidados. Las caricias de esta criatura se empapan de la sangre preciosa de Jesús y parecen purificarlo de las profanaciones recibidas en aquellas horas de tortura. La Verónica consigue tocar al dulce Jesús, rozar su candor. No sólo para aliviar, sino para participar en su sufrimiento. Reconoce en Jesús a cada prójimo que ha de consolar, con un toque de ternura, para entrar en el gemido de dolor de los que hoy no reciben asistencia ni calor de compasión. Y mueren de soledad.

ORACIÓN

Señor Jesús,
¡qué amarga la indiferencia de quien creíamos
a nuestro lado en los momentos de desolación!
Pero tú nos cubres con ese paño
que lleva impresa tu sangre preciosa,
que has derramado a lo largo del camino del abandono,
que también tú sufriste injustamente.
Sin ti, no tenemos
ni podemos dar alivio alguno. Amén.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez La angustia de la cárcel y de la tortura

«Me rodeaban cerrando el cerco... Me rodeaban como avispa, ardiendo como el fuego en las zarzas, en el nombre del Señor los rechacé. Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó... Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte» (Sal 117,11.12-13.18).

En Jesús se cumplen verdaderamente las antiguas profecías del Siervo humilde y obediente, que carga sobre sus hombros toda nuestra historia de dolor. Y así, Jesús, llevado a empellones, se desploma por la fatiga y la opresión, rodeado, circundado por la violencia, ya sin fuerzas. Cada vez más solo, cada vez más en la oscuridad. Lacerado en la carne, con los huesos magullados.

En él reconocemos la amarga experiencia de los detenidos en prisión, con todas sus contradicciones inhumanas. Rodeados y cercados, «empujados para derribarlos». A la cárcel se la mantiene aún hoy demasiado lejana, olvidada, rechazada por la sociedad civil. Hay absurdos de la burocracia, lentitud de la justicia. El hacinamiento es una doble pena, un dolor agravado, una opresión injusta, que desgasta la carne y los huesos. Algunos - demasiados - no sobreviven... Y aun cuando un hermano nuestro sale, lo seguimos considerando «ex recluso», cerrándole así las puertas del rescate social y laboral.

Pero más grave es la tortura, por desgracia muy practicada en varias partes de la tierra de muchos modos. Como lo fue para Jesús, también él golpeado, humillado por la soldadesca, torturado con la corona de espinas, azotado con crueldad.

Ante esta caída, cómo nos percatamos de la verdad de aquellas palabras de Jesús: «Estuve en la cárcel y no me visitasteis» (Mt 25,36). En toda cárcel, junto a cada torturado, siempre está él, el Cristo que sufre, encarcelado y torturado. Aunque probados duramente, él es nuestra ayuda, para no ser entregados al miedo. Sólo juntos nos levantamos, acompañados por agentes apropiados, apoyados en la mano fraterna de los voluntarios y rescatados de una sociedad civil que hace suyas las muchas injusticias cometidas dentro de los muros de una prisión.

ORACIÓN

Señor Jesús,
 una conmoción indecible me embarga
 al verte postrado en tierra por mí.
 No hallas mérito alguno, sino una multitud de pecados, incongruencias,
 debilidades.
 Y ¡qué amor de predilección como respuesta!
 Al margen de la sociedad, denigrados por los juicios,
 tú nos has bendecido para siempre.
 Dichosos nosotros si hoy estamos aquí, por tierra, contigo, rescatados de la
 condena.
 Haz que no eludamos nuestras responsabilidades,
 concédenos vivir en tu humillación, a salvo de toda pretensión de
 omnipotencia,
 para renacer a una vida nueva como criaturas hechas para el cielo. Amén.

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén Compartir, no sólo conmiseración

«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos» (Lc 23,28).

Las figuras femeninas en el camino del dolor se presentan como antorchas encendidas. Mujeres de fidelidad y valor que no se dejan intimidar por los guardias ni escandalizar por las llagas del Buen Maestro. Están dispuestas a encontrarlo y consolarlo. Jesús está allí, ante ellas. Hay quien lo pisotea mientras cae por tierra agotado. Pero las mujeres están allí, listas para darle ese cálido latido que el corazón ya no puede contener. Antes lo observan desde lejos, pero luego se acercan, como hace el amigo, el hermano o hermana cuando se da cuenta de las dificultades del ser querido.

Jesús se impresiona por su llanto amargo, pero les exhorta a no desgastar el corazón en verlo tan maltratado, a no ser mujeres que lloran, sino creyentes. Pide un dolor compartido y no una conmiseración sollozante. No más lamentos, sino deseos de renacer,

de mirar hacia adelante, de proceder con fe y esperanza hacia esa aurora de luz que surgirá aún más cegadora sobre la cabeza de quienes caminan con los ojos puestos en Dios. Lloremos por nosotros mismos si aún no creemos en ese Jesús que nos ha anunciado el Reino de la salvación. Lloremos por nuestros pecados no confesados.

Y lloremos también por esos hombres que descargan sobre las mujeres la violencia que llevan dentro. Lloremos por las mujeres esclavizadas por el miedo y la explotación. Pero no basta compungirse y sentir compasión. Jesús es más exigente. Las mujeres deben ser amadas como un don inviolable para toda la humanidad. Para hacer crecer a nuestros hijos, en dignidad y esperanza.

ORACIÓN

Señor Jesús,
frena la mano que ataca a las mujeres.
Libera su corazón del abismo de la desesperación
cuando se convierten en víctimas de la violencia.
Enjuga su llanto cuando se encuentran solas.
Y abre nuestro corazón para compartir todo dolor,
con sinceridad y fidelidad,
más allá de la compasión natural,
para hacernos instrumentos de la verdadera liberación. Amén.

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez Superar la nociva nostalgia

«¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?; ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?... Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado» (Rm 8,35.37).

San Pablo enumera sus pruebas, pero sabe que Jesús ha pasado antes por ellas, que en el camino hacia el Gólgota cayó una, dos, tres veces. Destrozado por la tribulación, la persecución, la espada; oprimido por el madero de la cruz. Exhausto. Parece decir, como nosotros en tantos momentos de oscuridad: «¡Ya no puedo más!».

Es el grito de los perseguidos, los moribundos, los enfermos terminales, los oprimidos por el yugo.

Pero en Jesús se ve también su fuerza: «Si hace sufrir, se compadece» (Lm 3,32). Nos muestra que en la aflicción siempre está su consuelo, un «más allá» que se entrevé en la esperanza. Como la poda de la vid que el Padre celestial, con sabiduría, hace precisamente con los sarmientos que dan fruto (cf. Jn 15,8). Nunca para cercenar, sino siempre para rebrotar. Como una madre cuando llega su hora: se inquieta, gime, sufre en el parto. Pero sabe que son los dolores de la nueva vida, de la primavera en flor, precisamente por esa poda.

Que la contemplación de Jesús caído, pero capaz de ponerse en pie, nos ayude a vencer la congoja que el temor por el mañana imprime en nuestro corazón, especialmente en este tiempo de crisis. Superemos la nociva nostalgia del pasado, la comodidad del inmovilismo, del «siempre se ha hecho así». Ese Jesús que se tambalea y cae, pero que luego se levanta, es la certeza de una esperanza que, alimentada por la oración intensa, nace precisamente durante la prueba, y no después de la prueba ni sin prueba. Por la fuerza de su amor, saldremos más que victoriosos.

ORACIÓN

Señor Jesús,
te rogamos que levantes del polvo al mísero,
levanta a los pobres de la inmundicia, hazlos sentar con los jefes del pueblo
y asígnales un puesto de honor.
Quiebra el arco de los fuertes y reviste a los débiles de vigor,
porque sólo tú nos haces ricos precisamente con tu pobreza (cf. 1 S, 2,4-8; 2
Co 8,9). Amén.

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de las vestiduras La unidad y la dignidad

«Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: “No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca”. Así se cumplió la Escritura: “Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica”. Esto hicieron los soldados»(Jn 19,23-24).

No dejaron ni un trozo de tela que cubriera el cuerpo de Jesús. Lo despojaron. No tenía manto ni túnica, ningún vestido. Lo desnudaron como un acto de humillación extrema. Sólo le cubría la sangre, que borbotaba de sus numerosas heridas.

La túnica queda intacta: es símbolo de la unidad de la Iglesia, una unidad que se ha de recobrar mediante un camino paciente, una paz artesana, construida día a día en un tejido recompuesto con los hilos de oro de la fraternidad, en un clima de reconciliación y perdón mutuo.

En Jesús, inocente, despojado y torturado, reconocemos la dignidad violada de todos los inocentes, especialmente de los pequeños. Dios no impidió que su cuerpo despojado fuera expuesto en la cruz. Lo hizo para rescatar todo abuso injustamente cubierto, y demostrar que él, Dios, está irrevocablemente y sin medias tintas de parte de las víctimas.



ORACIÓN

Señor Jesús,
queremos volver a ser inocentes como niños,
para poder entrar en el reino de los cielos,
purificados de nuestra suciedad y de nuestros ídolos.
Retira de nuestro pecho el corazón de piedra de las divisiones,
que hacen a tu Iglesia poco creíble.
Danos un corazón nuevo y un espíritu nuevo,
para vivir según tus preceptos
y observar y poner en práctica tus leyes. Amén.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús clavado en la cruz En el lecho de los enfermos

«Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: “El rey de los judíos”. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: “Lo consideraron como un malhechor”» (Mc 15,24-28).

Y lo crucificaron. La pena de los infames, de los traidores, de los esclavos rebeldes. Esta es la pena que se aplica a nuestro Señor Jesús: ásperos clavos, dolor lacerante, la congoja de la madre, la vergüenza de verse acomunado a dos bandidos, la ropa repartida entre los soldados como un botín, la burlas crueles de quienes pasaban por allí: «A otros ha salvado y él no se puede salvar..., que baje ahora de la cruz y le creeremos» (Mt 27,42).

Y lo crucificaron. Jesús no desciende, no abandona la cruz. Permanece obediente hasta el fin a la voluntad del Padre. Ama y perdona.

También hoy, como Jesús, muchos hermanos y hermanas nuestros están clavados al lecho de dolor, en hospitales, asilos de ancianos, en nuestras familias. Es el tiempo de la prueba, de días amargos, de soledad e incluso de desesperación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

Que nuestra mano nunca sea para clavar, sino siempre para acercar, consolar y acompañar a los enfermos, levantándolos de su lecho de dolor. La enfermedad no pide permiso. Llega siempre de improviso. A veces trastoca, limita los horizontes, pone a dura prueba la esperanza. Su hiel es amarga. Sólo si tenemos junto a nosotros a alguien que nos escucha, que nos es cercano, que se sienta en nuestro lecho..., entonces la enfermedad puede convertirse en una gran escuela de sabiduría, en encuentro con el Dios paciente. Cuando alguno toma sobre sí nuestra enfermedad por amor, también la noche del dolor se abre a la luz pascual de Cristo crucificado y resucitado. Lo que humanamente es una condena, puede transformarse en un ofrecimiento redentor por el bien de nuestras comunidades y familias. A ejemplo de los Santos.

ORACIÓN

Señor Jesús,
no te alejes de mí,
siéntate en mi lecho de dolor y hazme compañía.
No me dejes solo, tiende tu mano y levántame.
Yo creo que tú eres el Amor,
y creo que tu voluntad es la expresión de tu amor;
por eso me encomiendo a tu voluntad,
porque me confío a tu amor. Amén.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz El suspiro de las siete palabras

«Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura dijo: “Tengo sed”. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó

el vinagre, dijo: “Está cumplido”. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,28-30).

Las siete palabras de Jesús en la cruz son una obra maestra de esperanza. Jesús, lentamente, con pasos que también son los nuestros, atraviesa toda la oscuridad de la noche, para abandonarse confiado en los brazos del Padre. Es el gemido de los moribundos, el grito de los desesperados, la invocación de los perdedores. Es Jesús.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). Es el grito de Job, de todo hombre bajo el peso de la desgracia. Y Dios guarda silencio. Calla porque su respuesta está allí, en la cruz: él mismo, Jesús, es la respuesta de Dios, Palabra eterna encarnada por amor.

«Acuérdate de mí...» (Lc 23,42). La invocación fraterna del malhechor, convertido en compañero de dolor, llega al corazón de Jesús, que siente en ella el eco de su propio dolor. Y Jesús acoge la súplica: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,42-43). El dolor del otro nos redime siempre, porque nos hace salir de nosotros mismos.

«Mujer, ahí tienes a tu hijo...» (Jn 19,26). Pero es su Madre, María, que estaba con Juan al pie de la cruz, rompiendo el acoso del miedo. La llena de ternura y esperanza. Jesús ya no se siente solo. Como nos pasa a nosotros cuando junto al lecho del dolor está quien nos ama. Fielmente. Hasta el final.

«Tengo sed» (Jn 19,28). Como el niño pide de beber a su mamá; como el enfermo abrasado por la fiebre... La sed de Jesús es la todos los sedientos de vida, de libertad, de justicia. Y es la sed del mayor de los sedientos, Dios, que infinitamente más que nosotros tiene sed de nuestra salvación.

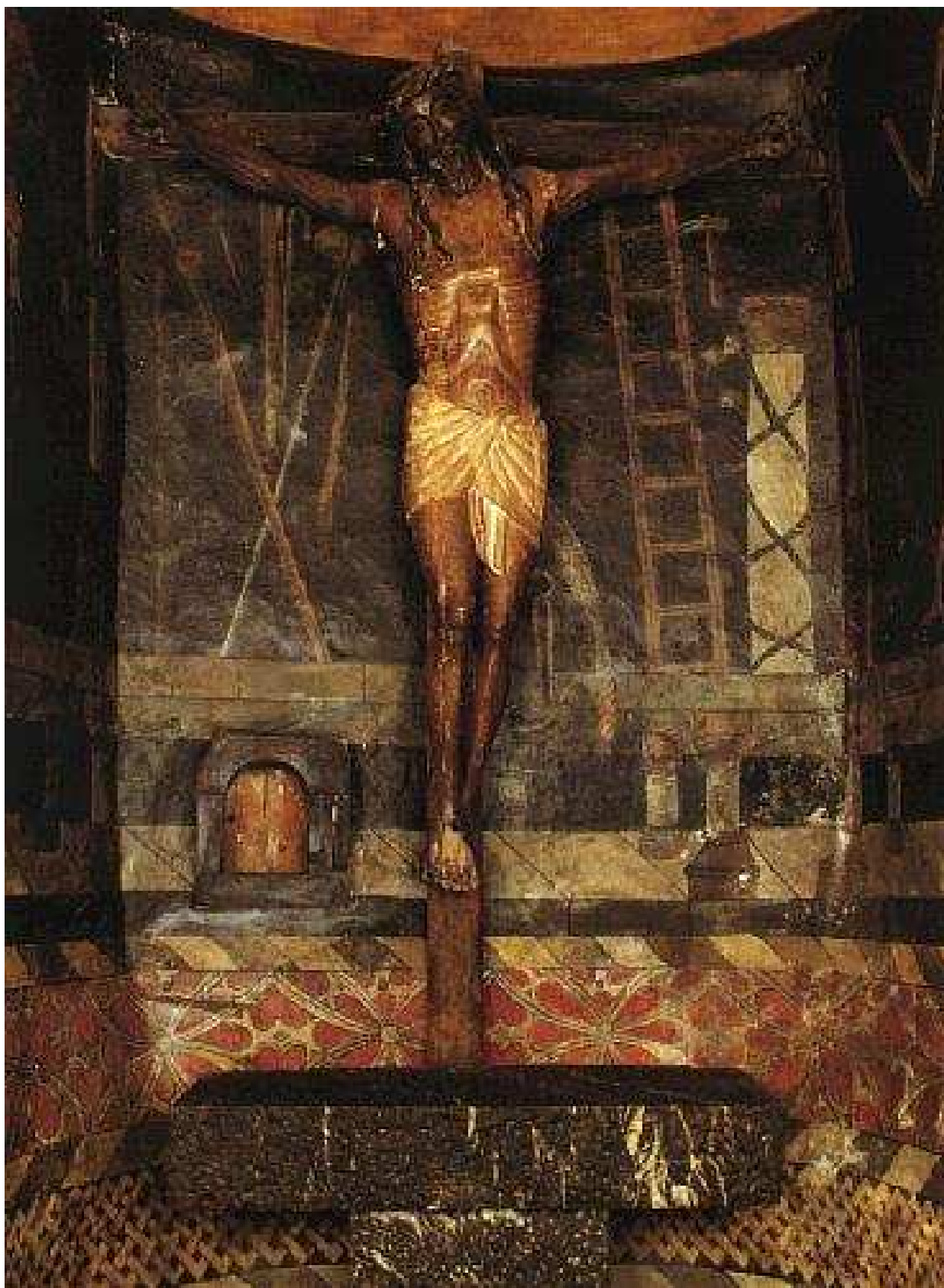
«Está cumplido» (Jn 19,30). Todo cumplido: cada palabra, cada gesto, cada profecía, cada instante de la vida de Jesús. El tapiz está completo. Los mil colores del amor lucen ahora con hermosura. Nada se ha desperdiciado. Nada se ha desechado. Todo se ha convertido en amor. Todo está cumplido, para mí y para ti. Y, así, también el morir tiene un sentido.

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Ahora, heroicamente, Jesús sale del miedo a la muerte. Porque si vivimos en el amor gratuito, todo es vida. El perdón renueva, sana, transforma y consuela. Crea un pueblo nuevo. Frena las guerras.

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Ya no más desesperación ante la nada. Más bien plena confianza en sus manos de Padre, recostado en su corazón. Porque, en Dios, cada fragmento se compone finalmente en unidad.

ORACIÓN

Oh Dios, que en la pasión de Cristo nuestro Señor,
nos has liberado de la muerte, heredad del antiguo pecado,
transmitida a todo el género humano,
renuévanos a imagen de tu Hijo;
y, así como hemos llevado en nosotros por nacimiento
la imagen del hombre terrenal,
haz que, por la acción de tu Espíritu,
llevemos la imagen del hombre celestial.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.



DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre El amor es más fuerte de la muerte

«Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Este acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran» (Mt 27,57-58).

Antes de ser puesto en la tumba, Jesús es entregado finalmente a su Madre. Es el icono de un corazón destrozado, que nos dice cómo la muerte no impide el último beso de la madre a su hijo. Postrada ante el cuerpo de Jesús, María se encadena a él en un abrazo total. Este icono se llama simplemente «Piedad». Es desgarrador, pero demuestra que la muerte no quiebra el amor. Porque el amor es más fuerte que la muerte. El amor puro es perdurable. Ha llegado la tarde. La batalla está vencida. El amor no se ha truncado. Quién está dispuesto a sacrificar su vida por Cristo, la encontrará. Transfigurada más allá de la muerte.

En esta trágica entrega, se mezclan lágrimas y sangre. Como en la vida de nuestras familias, atribuladas a veces por pérdidas imprevistas y dolorosas, creando un vacío insalvable, sobre todo cuando muere un niño.

Piedad, entonces, significa hacerse cercanos de los hermanos en luto y que no se resignan. Es una caridad muy grande cuidar de quien está sufriendo en el cuerpo llagado, en la mente deprimida, en el ánimo desesperado. Amar hasta el final es la suprema enseñanza que nos han dejado Jesús y María. Y la misión fraterna diaria de consuelo, que se nos entrega en este abrazo fiel entre Jesús muerto y su Madre Dolorosa.

ORACIÓN

Oh, Virgen de los Dolores,
que en nuestros santuarios nos muestras tu rostro de luz,
mientras que con los ojos hacia el cielo
y las manos abiertas
ofreces al Padre un signo de ofrenda sacerdotal,
la víctima redentora de tu Hijo Jesús.
Muéstranos la dulzura del último fiel abrazo
y danos tu maternal consuelo,
para que el dolor cotidiano
nunca apague la esperanza de vida más allá de la muerte. Amén.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús es puesto en el sepulcro El jardín nuevo

«Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía... Allí pusieron a Jesús» (Jn 19,41-42).

Aquel jardín, donde se encuentra la tumba en la que Jesús fue sepultado, recuerda otro jardín: el Jardín del Edén. Un jardín que, a causa de la desobediencia, perdió su belleza y se convirtió en desolación, lugar de muerte en vez de vida.

Las ramas silvestres que nos impiden respirar la voluntad de Dios, como el apego al dinero, la soberbia, el derroche de la vida, se han de cortar e injertarlas ahora en el madero de la cruz. Este es el nuevo jardín: la cruz plantada en la tierra.

Desde allí, Jesús puede ahora llevar todo a la vida. Cuando retorne de los abismos infernales, donde Satanás ha encerrado a muchas almas, comenzará la renovación de todas las cosas. Aquel sepulcro representa el fin del hombre viejo. Y, como para Jesús, Dios tampoco ha permitido para nosotros que sus hijos fueran castigados con la muerte definitiva. La muerte de Cristo abate todos los tronos del mal, basados en la codicia y la dureza de corazón.

La muerte nos desarma, nos hace entender que estamos expuestos a una existencia terrenal que termina. Pero, ante ese cuerpo de Jesús puesto en el sepulcro, tomamos conciencia de lo que somos: criaturas que, para no morir, necesitan a su Creador.

El silencio que rodea ese jardín nos permite escuchar el susurro de una suave brisa: «Yo soy el que vive, y yo estoy con vosotros» (cf. Ex 3,14). El velo del templo se rasgó. Finalmente vemos el rostro de nuestro Señor. Y conocemos plenamente su nombre: misericordia y fidelidad, para no quedar nunca confusos, ni siquiera ante la muerte, porque el Hijo de Dios fue libre en medio de los muertos (cf. Sal 87,6 Vulg.).

ORACIÓN

Protégeme, oh Dios, en ti me refugio.
Tú eres mi heredad y mi copa,
en tus manos está mi vida.
Te pongo siempre ante mí, como mi Señor,
contigo a mi derecha, no vacilaré.
Por eso se me alegra el corazón, se regocija mi alma,
y también mi carne descansa segura.
No abandones mi vida en el abismo
ni dejes a tu fiel conocer la corrupción.
Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. Amén.
(cf. Sal 15)

Liturgia y espiritualidad pascual

Antonio García Lozano, o.p.

La pascua ha quedado definida como la fiesta del "paso" o del "tránsito". Es el momento clave, crucial, en que termina la espera ansiosa y atormentada, por la dramática desaparición del Señor -"arrebataado por la muerte" (Mt 9, 15)- y comienza la gran fiesta. Una fiesta que se prolongará por espacio de cincuenta días. A este período de cincuenta días, se le llamó en los primeros siglos "pentecostés" y posteriormente "tiempo pascual". Son los cincuenta días más importantes del año, los cincuenta días que van desde la Vigilia Pascual al domingo de Pentecostés, los cincuenta días del Señor resucitado y de su Espíritu derramado en nuestro interior. Es un acontecimiento central y único que recorre esta cincuentena: Jesús vive y su vida actúa en cualquier persona.

Un tiempo para la alegría

Las alusiones a la fiesta de pentecostés que encontramos en el Nuevo Testamento hacen referencia a la fiesta judía. Hay que esperar hasta la última década del siglo II para encontrar noticias directas y claramente referidas al pentecostés cristiano. Hay un testimonio, atribuido a Ireneo, en el que pentecostés es equiparado al domingo. En otro texto, recogido en las *Acta Pauli*, se menciona el clima de alegría que caracteriza a pentecostés. Aparte de estos dos informes, el testimonio de mayor interés lo encontramos en los escritos de Tertuliano. Es un claro exponente del comportamiento de la Iglesia de África.

En uno de los testimonios de Tertuliano, al hablar del bautismo, señala los distintos acontecimientos a través de los cuales se hace patente la presencia del Señor resucitado y que la Iglesia celebra y experimenta durante la cincuentena. En concreto, se mencionan las apariciones del Señor a los discípulos después de la resurrección, la ascensión a la gloria del Padre, la donación del Espíritu y su vuelta gloriosa al final de los tiempos. Todos estos acontecimientos constituyen en su conjunto el proceso de glorificación de Cristo, su retorno al Padre. Este proceso ha de culminar en la parusía final, cuando queden definitivamente establecidos el cielo nuevo y la tierra nueva y Cristo sea todo en todas las cosas.

Este conjunto de acontecimientos o, más bien, aspectos son celebrados durante la cincuentena. Pero no se celebran aisladamente, fragmentándolos, como ahora, sino de forma unitaria e indisoluble. En realidad, la Iglesia primitiva ha seguido en esto el mismo criterio de interpretación que aparece en Juan, el cual en la narración de su Evangelio no

reparte estos acontecimientos de forma cronológica —como si se tratara de hechos sucedidos históricamente a lo largo de un período de tiempo—, sino que los aúna y los contempla de forma unitaria, como sucedidos fuera del tiempo. Concretando más diría que pentecostés celebra la gloria de Cristo resucitado, sentado a la derecha del Padre como Señor del universo, y presente al mismo tiempo entre los suyos, como salvador y restaurador de la historia, por la fuerza irresistible de su Espíritu. Es precisamente la experiencia de esta gran realidad, vivida con intensidad a lo largo de la cincuentena, la que llena de gozo a la comunidad cristiana. Por eso pentecostés es un tiempo para la alegría. Es como un día de fiesta prolongado y exultante.

Imagen del Reino de los cielos

Pentecostés es "una especie de caja de resonancia de la alegría pascual" y es, al mismo tiempo, una imagen del reino de los cielos. Es éste uno de los componentes más arcaicos que definen la fisonomía espiritual de la cincuentena. En realidad, este aspecto no es sino una derivación de la presencia de Cristo glorioso que la Iglesia experimenta de manera especial en pentecostés. La comunión sacramental con el Cristo de la pascua y la celebración de su retorno al Padre implican, sin duda, una experiencia mística de la vida futura. Pentecostés ofrece precisamente el marco litúrgico y eclesial en el que esa experiencia se hace posible.

Refiriéndose a pentecostés, Orígenes, uno de los autores que más han insistido en esta dimensión espiritual de la cincuentena, piensa que si el concepto de "paso" o "tránsito" corresponde a la esencia de la pascua, a la esencia de la cincuentena corresponde el resucitar con Cristo y el sentarse con él a la derecha del Padre, compartiendo su misma gloria. Pentecostés celebra la etapa final, el arribo a la gloria del Padre. Es, como he indicado antes, la culminación de la pascua. Pero no sólo de la pascua de Cristo; pentecostés celebra la glorificación de todos los creyentes junto con Cristo.

De esta manera, pentecostés, en cuanto forma de comunión con Dios, rebasa el marco de las siete semanas para convertirse en una posibilidad y en una exigencia permanente que abarca todos los instantes de la vida del cristiano. Para el cristiano perfecto cualquier época del año es pentecostés.

El "gran domingo"

Es pentecostés como si se tratara de un gran domingo prolongado por espacio de cincuenta días. Es ésta una tradición muy antigua, que se remonta a la segunda mitad del siglo II y se extiende a todas las Iglesias. Según esta tradición, los cincuenta días que siguen a la pascua se celebran como si se tratara de un gran domingo. Todo lo que se atribuye al día del señor, por el mismo motivo, se aplica también al período de pentecostés.

Disolución de la cincuentena

Hasta finales del siglo IV el período de la cincuentena permanece como un bloque unitario, en el que se prolonga la alegría pascual y en el que se celebra el triunfo definitivo de Cristo sobre la muerte. Sin embargo, ya a finales del siglo IV vemos aparecer los primeros síntomas de una fragmentación que irá creciendo poco a poco hasta romper del todo la unidad original de la cincuentena.

Durante los primeros siglos, aparecía pentecostés como una gran fiesta prolongada por espacio de cincuenta días. Por eso se le llamaba "pentecostés". En ese contexto no cabía imaginar un día más importante que otro. Todos eran igualmente festivos y solemnes. En la segunda mitad del siglo IV comienza a ponerse de relieve el último día de la cincuentena, el día cincuenta, que además caía en domingo. No se trataba de instituir una nueva fiesta,

sino de subrayar la significación del último día, que venía a constituir como la clausura, el colofón o el broche de la cincuentena pascual. En este sentido es fácil entender que el último día del "espacio de la alegría", que no celebra ningún misterio particular, viene a ser como el resumen condensado o como la síntesis final de toda la riqueza de la cincuentena pascual.

Es muy probable que la referencia a la venida del Espíritu Santo, vinculada por muchas Iglesias a la celebración del día cincuenta, haya favorecido un cierto reajuste de fechas en conexión con la cronología que aparece en el libro de los Hechos. Quiero decir que la evocación de la venida del Espíritu Santo realizada el día cincuenta ha podido ser el justificante inmediato para celebrar la ascensión del Señor diez días antes. Es evidente, por otra parte, que en este proceso de fragmentación, que afecta a la totalidad del año litúrgico, es, sobre todo, fruto de una mayor sensibilidad histórica, alejada cada vez más de una concepción misterioso-sacramental de la fiesta.

La estructura de la cincuentena pascual ha permanecido prácticamente invariable desde finales del siglo V. La nueva liturgia, aparentemente, no ha cambiado la estructura del tiempo pascual. La denominación sigue siendo la misma. Sin embargo, hay una variante que considero capital: se ha suprimido la octava de pentecostés. Pentecostés ya no es una réplica de pascua. Ni siquiera la fiesta del Espíritu Santo. El día de pentecostés ha vuelto a ser el día último de la cincuentena, el colofón, el sello. Pentecostés, en cuanto período de cincuenta días -llamado ahora tiempo pascual-, ha recuperado su propia identidad. Así se describe en las "Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario" del 21 de marzo de 1969.

Jesús Resucitado y su Espíritu centros de la liturgia pascual

Jesús resucitado es el objetivo de nuestras miradas, cada uno de los días del tiempo de Pascua. Lo miramos a él, y lo admiramos profundamente, y sentimos la alegría de ser sus seguidores, y renovamos la adhesión de la fe y el convencimiento de que en Él tenemos la vida, y entendemos mejor el sentido de su camino de amor fiel hasta la muerte, y nos sentimos llamados a vivir como Él. Y este gozo de Pascua nos hace mirar la vida con otros ojos. Porque la humanidad, con Jesús, ha sido transformada y ha comenzado una nueva creación: la humanidad ha entrado en la vida nueva de Dios, la muerte y el pecado han sido vencidos, el camino de los hombres y mujeres en este mundo es un camino que, a pesar del dolor y del mal que continúa habiendo en medio de nosotros, lleva a una vida para siempre, a la misma vida que Jesús ya ha conseguido.

Esta vida renovada es obra del Espíritu. Para los apóstoles, la experiencia de Jesús resucitado en medio de ellos es la experiencia de recibir un Espíritu nuevo, un Espíritu que los transforma y los hace vivir lo mismo que Jesús vivía: los hace sentirse continuadores de la obra de Jesús. El mismo día de Pascua, explica el evangelio de Juan (20, 19-23), Jesús se hace presente en medio de los discípulos y les da el Espíritu, y ellos desde aquel momento se sienten enviados a continuar lo que Jesús ha hecho. Es el mismo hecho que el libro de los Hechos de los Apóstoles (2,1-11) presentará como un acontecimiento radicalmente transformador que tiene lugar cincuenta días después: el día de Pentecostés.

Liturgia en comunidad

Todo esto lo vivimos en la comunidad de los creyentes. La Iglesia es el lugar donde nos encontramos con Jesús resucitado, donde experimentamos su Espíritu que nos mueve, donde lo vivimos a través de sus sacramentos (el Bautismo y la Eucaristía sobre todo), donde sentimos la llamada a ser testimonios de esta Buena Noticia a través de nuestra manera de vivir y también a través de nuestra palabra.

Sin embargo, esto no significa que la acción de Jesús resucitado, la fuerza de su Espíritu, quede encerrada en los límites de la Iglesia: más allá de todo límite, más allá de toda frontera, el Espíritu de Jesús está presente en el corazón del mundo y suscita en todas partes semillas de su Reino, tanto entre los creyentes como entre los no creyentes. El domingo de Pentecostés, en el salmo responsorial, proclamamos una frase que puede expresar muy bien el mejor sentimiento que podemos tener en nuestro interior durante estos días: «*Goce el Señor con sus obras*». Realmente el Señor puede estar contento de su obra. El Dios que después de la creación podía decir que todo lo que había hecho era muy bueno, ahora puede volverlo a decir, y con más razón. Celebrar la Pascua es compartir esta alegría de Dios.



Estructura de la liturgia pascual

Los domingos de Pascua son ocho. El primero, que recibe el nombre de "Domingo de Pascua" o "Día de Pascua" incluye la Vigilia Pascual, y es para los cristianos el día más grande del año. Después vienen cinco domingos que continúan la fiesta. El séptimo domingo se celebra la fiesta de la Ascensión: es el día en el que contemplamos a Jesús, hombre como nosotros, glorificado con Dios por siempre. Y, finalmente, el domingo octavo culmina el tiempo de Pascua con el día de Pentecostés, la celebración del fruto de la resurrección de Jesús: su Espíritu que se derrama sobre los creyentes y sobre el mundo entero.

Las lecturas de estos domingos nos ayudan a vivir los diversos aspectos de la Pascua, siguiendo dos líneas básicas: las de los evangelios y las de la primera lectura.

Evangelios de los domingos de Pascua

Domingo 1. Se lee la escena del sepulcro vacío, el primero y desconcertante anuncio de la resurrección.

Domingo 2. Cada año se lee lo mismo: la primera aparición de Jesús a los apóstoles, sin Tomás, y la segunda, el siguiente domingo, con Tomás.

Domingo 3. Se lee una de las apariciones de Jesús resucitado (en cada ciclo una diferente: unos relatos de gran riqueza de mensaje).

Domingo 4. Se lee cada año un fragmento del capítulo 10 del evangelio de Juan. Es el capítulo del Buen Pastor: Jesús que guía, que conoce personalmente, que da la vida.

Domingos 5 y 6. Se leen diversos fragmentos del discurso de la última cena del evangelio de Juan. Es una profunda y cercana presentación de quién es Jesús para nosotros, qué espera de nosotros, cómo nos acompaña.

Domingo 7. La Ascensión. Leemos el final de cada uno de los evangelios sinópticos: la misión que Jesús les encomienda, su despedida.

Domingo 8. Pentecostés. Leemos cómo Jesús se hace presente entre los apóstoles el día de Pascua para darles el Espíritu y enviarlos a continuar su obra.

Primera Lectura

La primera lectura del tiempo de Pascua no está tomada, como en el resto del año, del Antiguo Testamento, sino del libro de los Hechos de los Apóstoles, que narra los inicios de la comunidad cristiana, como fruto de Jesús resucitado. Se distribuyen así:

Domingo 1. El anuncio de la resurrección que Pedro hace ante los paganos.

Domingo 2. Cada año se lee uno de los resúmenes que San Lucas ofrece de lo que era la vida de la primera comunidad: un ideal que debemos tener siempre ante nuestros ojos.

Domingos 3 y 4. Leemos diferentes escenas de la predicación primera de los apóstoles anunciando la resurrección de Jesús.

Domingos 5 y 6. Leemos diferentes escenas de la vida de la primera Iglesia: su crecimiento, la manera de organizarse, y también sus conflictos.

Domingo 7. La Ascensión: el relato que se hace en los Hechos de los Apóstoles.

Domingo 8. Pentecostés: el relato del don del Espíritu según los Hechos de los Apóstoles.

¿Cómo celebrar la cincuentena pascual?

En la antigua tradición cristiana, los cincuenta días de Pascua eran vistos como un solo día, un único día de fiesta, en el que se decía que no estaba bien arrodillarse ni ayunar: nada que pudiera sonar a penitencia tenía sentido en esta larga fiesta. Nosotros no vivimos esta cincuentena tan intensamente. La Cuaresma, por ejemplo, consigue siempre mucha más intensidad. Y si se piensa fríamente, no es demasiado razonable que la preparación para la Pascua (la Cuaresma) tenga más éxito que la celebración en sí de la Pascua. Una causa debe ser que nuestra tradición cristiana, a lo largo de los siglos, se ha ido centrando más en la preocupación por el pecado y la condenación, que en la victoria de Jesús que ha destruido el poder del mal. Y ahora, que ya no hablamos tanto ni del pecado ni de la condenación, esta tradición se traduce más, quizás, en preguntarnos "*qué tenemos que hacer*" nosotros, en lugar de descubrir "*lo que hace Jesús por nosotros*", y de reconocer la vida que nos da.

Pero también existen otras causas. Una puede ser que así como la Cuaresma tiene un objetivo final (la Semana Santa, el Triduo Pascual), la Pascua no tiene ningún objetivo hacia donde caminar. Es un tiempo que parece plano, monótono, que se va acabando sin más, como deshilachándose: cuesta mantener la tensión en un tiempo largo sin objetivo final. Otra puede ser que la Pascua llega en primavera, con un cierto cansancio y relajación, y con el inicio de la dispersión de los fines de semana. A pesar de todos estos inconvenientes, valdrá la pena intentar celebrar tanto como se pueda este tiempo. Y pueden ayudarnos algunos elementos sencillos.

Por ejemplo, la ornamentación de la iglesia. Durante todo el tiempo de Pascua la iglesia debería estar bien adornada con luces y flores, y hay que evitar que esta ornamentación decaiga a medida que pasan las semanas. Y, el último día, el domingo de Pentecostés, aumentar el clima festivo celebrando la culminación del tiempo. Igualmente, resaltar los signos litúrgicos propios de este tiempo: el cirio pascual grande y en un lugar visible (y que el resto del año no esté en el presbiterio, para que la diferencia sea clara); la aspersion del agua en el inicio de la misa; el canto frecuente del aleluya (por ejemplo, que todos los domingos la respuesta del salmo responsorial sea el aleluya, y cantar otro aleluya diferente antes del evangelio); mantener los cantos de Pascua todo el tiempo y repetirlos sin miedo. Y también introducir en este tiempo elementos diversos que resalten la vida comunitaria y que hagan descubrir la fuerza del Espíritu en el mundo.

Finalmente, para la espiritualidad personal, en este tiempo puede ayudar mucho leer cada día, contemplativamente, las lecturas de la Misa. La primera lectura va siguiendo todo el libro de los Hechos de los Apóstoles, un repaso de cómo la Buena Noticia de Jesús se extiende y da fruto. Y el evangelio es, en la primera semana (la de la Octava de Pascua, que son los días más solemnes) una selección de apariciones de Jesús resucitado; y, el resto del tiempo, fragmentos del evangelio de Juan que nos hacen sentir muy cerca de Jesús.

Pascua quiere decir que Dios, nuestro Padre, es bueno

El ama a su hijo, Jesús, y no puede permitir que sea machacado por la maldad, la injusticia y la cobardía. Lo levanta de entre los humillados, lo arranca de entre los muertos. Lo saca de la oscuridad de la derrota. Y le convierte en Señor. Le da una vida nueva, más alta, más libre, más transparente. Ya no morirá jamás. En El, el Padre ha hecho que la muerte tuviera su primer fracaso. En El, el Padre ha colmado de vida al mundo.

Pascua quiere decir que Jesús, el crucificado, tenía razón

Lo que decía, lo que hacía es verdad. El, el Pobre, ahora inaugura el Reino. El, la Humildad, ahora posee la tierra, es el Señor. El, que llora, ahora es consolado y otorga a sus amigos su Espíritu, el Consolador. El, que sufrió hambre y sed de justicia, ahora es saciado y sacia a los suyos. El, el Compasivo, ahora es compadecido. El, el limpio de corazón, ahora ve a Dios y en El vemos a Dios. El, el perseguido por causa de la justicia, ahora es el que va por delante del Reino de la paz y de la libertad.

Pascua quiere decir que Dios está a nuestro favor

Que se ha comprometido para que la liberación de todos los hombres no sea solamente una palabra bonita, para que la lucha por un mundo nuevo no sea sólo un ideal lejano que nunca podremos alcanzar. Cristo lo ha conseguido. Y todos hemos de acercarnos cada día decididamente a ese ideal. La resurrección supone, en Jesús y en nosotros, una insurrección. Insurrección contra todo lo que nos degrada, nos deshumaniza, lo que nos hace inhumanos y nos separa los unos de los otros.

Pascua quiere decir que la mujer no es una persona de segundo orden

Jesús que quiso nacer de una mujer, quiso también que ellas -las mujeres- fueran las primeras en llevar al mundo la luz de su resurrección. En la primera luz del domingo, se apareció a María Magdalena y a la otra María. Ellas fueron las mensajeras de la vida, los apóstoles de los Apóstoles, los primeros testimonios del Resucitado.

Pascua quiere decir que el mundo no camina hacia atrás

Y que la evolución no marcha hacia la nada. Que la creación no gesta la muerte, sino un futuro mejor, el primer fruto del cual es el Cristo que vive para siempre. Por eso Pascua nos invita a conocer y respetar todo lo que nos rodea. A no malgastar las fuerzas ni el encanto de la naturaleza. Nos estimula a hacerla crecer, a hacerla bonita, a hacerla humana. Quiere que nuestro universo sea un hogar acogedor para todos los hombres.

Pascua quiere decir que la vida es más fuerte que la muerte

Que el amor es más poderoso que el odio. Que la paz vencerá sobre la guerra. Que la libertad no será nunca estrujada completamente por la opresión. Que la esperanza no puede ser ahogada por el absurdo. Que la inocencia es más potente que la maldad. Que el pecado no tiene la última palabra, sino la gracia. Que los injustos no siempre ganan y que nunca ganan del todo. Y que el tiempo definitivo no es el invierno, sino la primavera.

Que no se ahogue la esperanza

Servicio Jesuita a Migrantes

Reflexiones y propuestas del Servicio Jesuita a Migrantes España - SJM España ante las elecciones al Parlamento Europeo del 25-M, para garantizar los derechos humanos en las políticas de inmigración e integración.

Quiénes somos y desde dónde hablamos

El Servicio Jesuita a Migrantes España (SJM) forma parte del Apostolado Social Jesuita. Se dedica al estudio de las migraciones; a la acogida y formación de inmigrantes; y a la promoción de una sociedad inclusiva, integrada e intercultural. Trabaja principalmente en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao; pero también en Burgos, Tudela y Valladolid. Se coordina con el Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones (Universidad Pontificia Comillas) en España, el Servicio Jesuita a Refugiados en Europa (JRS-Europe) y otros servicios jesuitas a migrantes en el mundo.

El SJM quiere aportar su reflexión y propuestas sobre políticas de inmigración e integración, en clave europea, de cara a la VIII legislatura del Parlamento Europeo (2014-2019), para la que han sido convocadas elecciones en mayo de 2014.

Ya lo hizo en 2009, pidiendo *Control democrático para la gestión de la Frontera Sur*²⁸: analizando cómo los mecanismos europeos para el control de la Frontera Sur distorsionan la noción de frontera, y cómo impactan en las condiciones de vida de la población migrante en los entornos fronterizos; proponiendo un mayor control democrático que garantice en frontera el espacio de libertad, seguridad y justicia que deseamos para la Unión Europea (UE).

Antes de las elecciones municipales de 2011 invitó a *Superar Fronteras*²⁹. Invitó a convertir la mirada sobre una sociedad española compleja, compuesta por todas las personas que conviven en ella con independencia del lugar donde hayan nacido y de la nacionalidad que

²⁸ Publicación online disponible en castellano, catalán e inglés, en: <http://www.sjme.org/sjme/item/685-control-democratico-para-la-gestion-de-la-frontera-sur>

²⁹ Publicación online disponible en castellano, catalán e inglés, en: <http://www.sjme.org/sjme/item/684-superar-fronteras>

ostenten. Llamó la atención sobre las fronteras invisibles que tratan de separar grupos sociales: arraigadas en el miedo, legitimadas mediante discursos mediáticos y políticos, consagradas mediante normas y cristalizadas en prácticas administrativas.

Antes de las elecciones generales de 2011, el SJM, con todo el Apostolado Social Jesuita, compartió sus reflexiones y propuestas en el documento *Crisis prolongada, solidaridad reforzada*³⁰. Demandaba una política de inmigración que apueste por una sociedad integrada e integradora, que promueva la interculturalidad y el aprecio a lo diferente, y que garantice, real y efectivamente, el respeto a los derechos y a la dignidad de toda persona, más allá de su situación administrativa. Recordaba que no se puede olvidar el factor humano en la migración; que no se puede subordinar la política migratoria a la situación del mercado laboral. Instaba a asegurar el acceso efectivo a la educación, la salud y otros servicios sociales, a facilitar la reagrupación familiar y financiar adecuadamente los programas de atención a las personas inmigrantes en situación de vulnerabilidad.

En 2014, el SJM llama la atención sobre las durísimas condiciones de vida de la población subsahariana migrante y refugiada en tránsito o bloqueada en Marruecos y Argelia como efecto de las políticas europeas de externalización del control migratorio. Las adversidades y los riesgos a los que se enfrentan rara vez se tienen en cuenta a la hora de diseñar políticas que les afectan directamente. El Informe *Vidas en tránsito* completa este documento con testimonios y reflexiones a partir de entrevistas a migrantes y asociaciones de apoyo en Marruecos (Casablanca, Rabat y Tánger) y Argelia (Orán, Argel y Tamanrasset)³¹.

1.- Propuestas para la tarea legislativa sobre inmigración en la VIII legislatura del Parlamento Europeo

1.1.- El escenario

Las Elecciones al Parlamento Europeo (PE) se van a celebrar cuando el Programa de Estocolmo (2009-2014) sobre el Espacio de Libertad, Seguridad y Justicia (ELSJ) está próximo a finalizar y, por tanto, en un momento en que ha de adoptarse un nuevo programa multianual para los próximos años³². Las Elecciones del próximo mes de mayo se seguirán de la correspondiente nueva formación de la Comisión Europea en noviembre de 2014, así como de un nuevo/a Presidente del Consejo Europeo y un nuevo/a Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad en enero de 2015. Ante el escenario de cambios institucionales, una de las preguntas que la ciudadanía ha de plantearse antes de votar es:

¿Qué Programa, qué estrategia debe sustituir al actual Programa de Estocolmo en la política de fronteras, inmigración y asilo?

Es la primera vez que un Programa sobre el ELSJ se preparará sin que se estrene o prepare una modificación de los tratados fundacionales de la UE³³. Esta situación significa que el escenario constitucional en la UE está sosegado, y que es buen momento para que la UE se emplee a fondo a la consolidación del ELSJ y, con ello, de las políticas comunes de fronteras, inmigración y asilo.

³⁰ Publicación online disponible en castellano, en: <http://www.sjme.org/sjme/item/740-crisis-prolongada-solidaridad-reforzada>

³¹ Publicación online disponible en castellano: <http://www.sjme.org/sjme/item/753-vidas-en-transito>

³² El Programa de Estocolmo es el tercer programa multianual tras la creación del denominado ELSJ (Tampere, 1999; La Haya 2004 y Estocolmo, 2009).

³³ El Tratado de Ámsterdam en relación a Tampere '99, la fallida Constitución Europea en relación a La Haya '04 y Tratado de Lisboa en relación al vigente Programa de Estocolmo '09.

Pero: ¿Quién nos representará mejor, quiénes serán capaces de hacer valer nuestros valores y prioridades en la única institución de la UE (el PE) que elegimos directamente y que, desde que el Tratado de Lisboa entrara en vigor (2009), tiene la tarea de co-legislar en prácticamente todas las cuestiones sobre fronteras, inmigración y asilo?

El Artículo 68 del TFUE (Tratado sobre el funcionamiento de la UE) encomienda al Consejo Europeo la definición de las líneas estratégicas sobre las que legislar y poner en práctica el ELSJ; aunque la Comisión Europea continúe siendo el motor legislativo. Esta es la responsable de preparar las propuestas legislativas concretas y el Consejo de la Unión y el Parlamento Europeo aprueben las normas de la UE sobre fronteras, inmigración y asilo en el procedimiento ordinario de codecisión.

Tras la trágica muerte de 359 inmigrantes cerca de las costas de Lampedusa -una tragedia evitable- el Consejo Europeo de octubre de 2013 estableció que el Consejo Europeo de junio de 2014 definiría la estrategia del ELSJ para un nuevo periodo multianual. Sin embargo, con el fin de que el Consejo Europeo tome en consideración las posiciones del resto de las instituciones, de las organizaciones sociales y de la ciudadanía, sería conveniente esperar a diciembre de 2014 o junio de 2015 para diseñar las directrices del nuevo Programa. En junio del 2014 el Parlamento estará recién elegido, la Comisión en funciones y el Consejo Europeo tendrá probablemente como prioridad la elección de nuevos Presidentes y cargos (del Consejo Europeo, la Comisión Europea, y el Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad).

Dentro del ELSJ -y sin desmerecer la importancia de otros asuntos como la cooperación policial y judicial en materia civil o penal- las áreas de control de fronteras, inmigración y asilo son asuntos de especial interés del SJM-España. Por ello, quiere poner de manifiesto qué cuestiones han de constituir la clave de bóveda en la estrategia europea común de control de frontera externa, inmigración y asilo durante los próximos años.

La cuestión transversal en materia de fronteras, inmigración y asilo ha de ser la siguiente: la debida protección de los derechos humanos debe hacerse prevalecer sobre cualquier otro legítimo interés estatal o comunitario que se encuentre aparentemente enfrentado con los DD.HH. (véanse artículos 6 y 21 del TUE y la Carta de Derechos Fundamentales de la UE).

1.2.- Fronteras, Inmigración y Asilo

1.2.1.- Acceso de la Inmigración a la UE

En 2015 comenzarán a sentirse con más potencia la crisis demográfica de la UE y la necesidad de fuerza de trabajo -tanto cualificada como no cualificada- en diversos sectores de actividad. Asimismo, se agudizarán la precarización y el empobrecimiento de las clases medias en Europa a la vez que seguirá emergiendo la urbanización de las sociedades a nivel mundial, la crisis alimentaria y los desastres naturales, con su consiguiente impacto en la movilidad humana. Las migraciones a Europa y en Europa seguirán siendo una realidad estructural, inevitable y necesaria para la región. Objetivamente las migraciones son y serán un hecho permanente en Europa, y han de tratarse de manera independiente de la crisis financiera, de sus orígenes y de sus soluciones. Como realidad transversal, en todo caso, habrían de incluirse en el análisis de las posibilidades ante la crisis y no como limitación ante la misma.

Por otro lado, la política europea de control de las fronteras ha transferido a los países fronterizos (p.ej. Marruecos y Argelia) la responsabilidad de proteger a las personas necesitadas, pero estos países muchas veces carecen de los medios o de la intención de proporcionar dicha protección.

Propuestas

- Reabrir las discusiones acerca de la **propuesta de Directiva de 2001 sobre las condiciones de entrada y residencia de nacionales de terceros países para trabajo por cuenta ajena o por cuenta propia**³⁴, negociaciones congeladas desde 2008;
- **Estudiar nuevos canales para la inmigración legal** (visados para búsqueda de empleo, *inter alia*) y **reabrir el debate sobre la política general de visados**, que debería sustituir el sistema por países por un sistema más individualizado.
- Establecer **mecanismos efectivos** en los países fronterizos con la UE (como Marruecos y Argelia) que **identifiquen personas con necesidad de protección** y garanticen la protección necesaria.

1.2.2.- Integración de la inmigración en la UE

Las Conclusiones de Tampere '99 establecen como objetivo de la UE para la población inmigrada (nacionales de terceros Estados) con carácter estable (titulares de permiso de larga duración), la creación de un estatuto de derechos y obligaciones comparable al que posean los ciudadanos de la UE.

Aunque el artículo 79 del TFUE recoge competencias limitadas de la UE en materia de integración de la inmigración (solo para coordinar las políticas nacionales), varias normas de la UE sobre inmigración legal (especialmente, la Directiva de reagrupación familiar y Directiva de residentes de larga duración) han establecido importantes obligaciones para los Estados miembros sobre acceso a la salud, trabajo, educación y otros derechos laborales y sociales.

Propuestas

- Avanzar decididamente hacia un **estatuto de la población inmigrada nacional de terceros Estados similar al de los ciudadanos de la UE**, incluyendo también un derecho comparable en materia de libre circulación;
- Orientar la integración a la inclusión social hacia la inclusión social cuando esta no quede garantizada, evitando cualquier medida que induzca a la exclusión. Por ello, la **UE debería impedir que los ordenamientos de los EM incluyan como requisitos para adquirir o renovar permisos de residencia el cumplimiento de determinados criterios denominados de "integración social"** que supongan pruebas excesivas, poco razonables y/o que no contribuyan a la inclusión social y a la unión en la diversidad.

1.2.3.- Inmigración irregular

La inmigración irregular se sigue de una deficiente gestión y organización de la legislación sobre inmigración y su aplicación práctica por los EM y la UE. Junto a un control ético y acorde a los derechos humanos de la frontera externa, la mejor fórmula para evitar la inmigración irregular es aplicar una correcta gestión de la inmigración legal.

³⁴ Ténganse especialmente presentes la exposición de motivos y los objetivos de la Propuesta, disponible online (el 20/03/2014) en: <http://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=COM:2001:0386:FIN:ES:PDF>

Aunque la trata de seres humanos es un crimen contra nacionales, extranjeros o apátridas, la legislación anti-trata de la UE se vincula con la lucha contra la explotación de la inmigración irregular, un colectivo generalmente expuesto a condiciones de especial vulnerabilidad. **La Directiva anti-trata (Directiva 2011/36/UE)**, cuyo periodo de transposición terminó el 6 de abril de 2013, está orientada a la **prevención y protección de las víctimas** (también a la persecución de los tratantes).

La detención e internamiento de migrantes en centros cerrados como medida cautelar en los procedimientos de expulsión es ampliamente utilizada por muchos Estados europeos como parte de su estrategia de gestión de la migración. El Servicio Jesuita a Migrantes reprueba que se prive de libertad a alguien por motivos administrativos, constata que el internamiento conlleva la pérdida de otros muchos derechos, y que pone en riesgo la salud y el bienestar de las personas detenidas.

La Directiva 2008/115/CE contempla que el internamiento solo procede **cuando no puedan aplicarse con eficacia otras medidas suficientes de carácter menos coactivo, y únicamente a fin de preparar el retorno o llevar a cabo la expulsión**. La legislación europea y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos establecen que la detención debe ser necesaria y proporcional en cada caso, que la persona inmigrada en cuestión tenga una orden de expulsión no constituye justificación suficiente. Se deben **tener en cuenta siempre las circunstancias individuales** de cada caso concreto. Es importantísimo evitar que se emplee un enfoque único para todo el mundo.

Propuestas

- Desarrollar y aplicar por parte de los Estados miembros **sistemas razonables y flexibles de regularización de personas inmigradas** en situación irregular, toda vez que la denominada Directiva de retorno de la UE no obliga a su expulsión. Obliga: bien a la expulsión, bien a su regularización;
- Priorizar y asistir el **retorno voluntario de personas inmigradas** y asegurar que, en su caso, el **retorno forzoso** se lleva a cabo en **condiciones acordes al respeto a los derechos humanos** y, en concreto, a la Carta de derechos fundamentales de la Unión Europea;
- Asegurar que los **acuerdos de readmisión y de cualquier otro tipo de cooperación** con terceros países, ya los firme la UE o cualquiera de sus Estados miembros, contengan una **cláusula de protección de los derechos humanos fundamentales** de todas las personas migrantes. Hacer un seguimiento de los retornos forzados a los países con los que se firman acuerdos de readmisión u otro tipo de cooperación, para asegurar que se protegen los derechos humanos de quienes regresan.
- **Paralizar** de manera inmediata los **procesos de retorno forzoso a un Estado que no sea miembro de la UE, si este no garantiza la protección** de los derechos humanos de las personas migrantes.
- **Desarrollar y aplicar alternativas a la detención de personas inmigradas en situación irregular tal y como establece el derecho vigente de la UE** (Directiva de retorno, Directiva sobre condiciones de acogida, nuevo Reglamento Dublín III). Cuando estas obligaciones no se cumplan, ha de exigirse que la Comisión Europea ejerza un correcto "monitoreo" y, en su caso, que se presenten cuantos recursos por infracción -ante el Tribunal de Justicia de la UE- fueran necesarios;
- **Lograr la plena y correcta aplicación de la Directiva contra la trata de seres humanos** por los Estados miembros.
- Impedir el uso arbitrario del **internamiento** y garantizar que las limitaciones a la libertad sean una **medida excepcional**;
- Desarrollar y buscar **alternativas al internamiento** basadas en buenas prácticas cuya eficacia ha sido constatada.

- Implantar una **política de retorno voluntario** basada en el **diálogo** y el **apoyo** a las personas inmigradas en su **reintegración en el país de origen**, y no en represión y la coacción.
- **Garantizar** el ejercicio de los **derechos** de las **personas internadas**, cuya única limitación debe ser la falta de libertad ambulatoria

1.2.4.- Asilo

En materia de asilo, es tiempo de aplicar y garantizar el buen cumplimiento de la legislación de la UE ya adoptada. La fase legislativa está finalizada, pero el Sistema Europeo Común de Asilo (SECA) aún no es una realidad.

La dimensión externa del asilo no puede externalizar la responsabilidad de protección: una cosa es colaborar en la mejora de la capacidad de gestión de las migraciones de países terceros y otra traspasar las responsabilidades de protección a países con sistemas de protección débiles.

Propuestas

- **Garantizar la identificación y el acceso a protección** de posibles solicitantes de asilo en las **fronteras de la UE**, especialmente en **Ceuta y Melilla**.
- Recurrir tanto como sea preciso al **sistema de alerta temprana** creado por el Reglamento de **Dublín III** para **detectar y subsanar las debilidades** de los **procedimientos de asilo** y de **capacidades de recepción** de ciertos Estados miembros.
- Es importante lograr que el **estatuto otorgado por cada Estado miembro** sea **reconocido por los demás miembros** de la UE;
- La UE debe **disponer la no-criminalización de la asistencia humanitaria** brindada por **individuos u organizaciones** a los solicitantes de protección: por ello, debe modificarse la Directiva 2002/90/EC y sustituirse la actual disposición de aplicación optativa (*may not*) por otra de carácter obligatorio (*shall not*);
- Aunque las cuotas sobre "reasantamiento" de refugiados sean competencia de los Estados miembros, la **Comisión** debe encargarse de que se **aumenten los fondos** destinados al **reasantamiento de refugiados** y el **Parlamento Europeo** debe **movilizar a la opinión pública a favor del reasantamiento**;
- Proveer de **ayuda económica** y **estratégica** a **ACNUR** y a otras **organizaciones de protección a refugiados**, garantizando la adecuada financiación de sus proyectos.
- Especialmente, se han de aprobar normas de la UE claras sobre la obligatoria asistencia y rescate en el mar. Las normas de Derecho internacional sobre salvamento y rescate deben priorizarse (aclarando, en su caso, cualquiera de sus aspectos) respecto de cualquier otra norma estatal o comunitaria. La UE debe **rechazar** tanto el **push back** (devolución en la que no se garantizan mínimamente los DD.HH., ver la sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos en el caso Hirsi Jamaa contra Italia, 23 de febrero de 2012) como también el **pull back** (esto es, **colaborar con autoridades de terceros países para impedir que las personas puedan abandonar un país**);
- Los **visados humanitarios y entradas protegidas** deberían ser **herramientas cruciales** (el 56% de los refugiados de Siria son mujeres y niños), y el **código de visados** debería permitir el **acceso a las embajadas en países de persecución y tránsito**;
- Las **Asociaciones para la movilidad** (ya concluidas con Marruecos, Túnez) deben garantizar que no se traspasen responsabilidades de protección por parte de la UE y/o los Estados miembros;
- Los **acuerdos de readmisión de inmigrantes en situación irregular** deben de **asegurar el cumplimiento de las obligaciones internacionales y de la UE** sobre

derecho de asilo así como las obligaciones internacionales y de la UE **contra cualquier devolución que suponga sometimiento a tortura o trato inhumano o degradante.**

1.2.5.- Control de cumplimiento

El caso MSS contra Grecia y Bélgica (Tribunal Europeo de Derechos Humanos, 21 de enero de 2011) prueba que la Comisión no monitorea suficientemente, ya que no evitó que Grecia vulnerara los estándares mínimos en materia de asilo. Ello hizo que se agrietara gravemente el sistema de traspaso de responsabilidad para el examen de las solicitudes de asilo entre Estados miembros (Reglamento de Dublín II que ha sido ya sustituido por el reglamento de Dublín III).

Propuestas

- Mejorar la eficacia del **sistema de monitoreo** de la Comisión y, en su caso, recurrir siempre que sea necesario **el recurso por infracción ante el TJUE.**;
- Fomentar **los recursos de los jueces internos a la vía prejudicial** como herramienta útil para lograr la armonización en la práctica de las políticas comunes de fronteras, inmigración y asilo.

2.- Cuestiones y propuestas para un debate más amplio

Más allá del programa legislativo sobre migraciones previsible para la VIII legislatura del Parlamento Europeo y de las propuestas que hace el SJM a los futuros eurodiputados y eurodiputadas, hay algunas cuestiones presentes en el debate público español, que merece la pena considerar en perspectiva europea. A continuación viene la reflexión del SJM sobre la Frontera Sur, los Centros de Internamiento de Extranjeros y el derecho a la asistencia sanitaria.

2.1.- Control democrático sobre la gestión de la Frontera Sur

La política europea de control de las fronteras ha transferido la responsabilidad de proteger a las personas necesitadas exclusivamente sobre los países fronterizos, países que muchas veces carecen de los medios o de la intención de proporcionar dicha protección. Las autoridades y organizaciones que facilitan apoyo a las personas migrantes en Marruecos y Argelia afrontan muchos retos importantes por el incremento del número de personas bloqueadas allí durante un largo período de tiempo. Esta situación ha generado también dinámicas complicadas para las personas inmigrantes y las poblaciones de acogida, unas y otras todavía digiriendo que Marruecos y Argelia -cada vez más- se estén convirtiendo en países de larga estancia más que de tránsito. De hecho, las personas migrantes se encuentran con que tienen que afrontar la posibilidad de verse obligados a vivir bastantes años en un país en el que apenas tienen derechos y donde son mirados con desprecio por la población local. Por tanto, es evidente que ni Marruecos ni Argelia pueden considerarse lugares seguros para quienes se han visto forzados a migrar y necesitan protección. Por lo demás, la gente sigue arriesgando sus vidas a pesar de ser conscientes del peligro que supone la travesía a Europa y de la cantidad de vidas perdidas en el intento.

Lampedusa se ha convertido en un referente para nuestra conciencia moral, visibilizando un límite que debería haber sido infranqueable y que, lamentablemente, no lo fue. Ello exige responsabilidades y una consecuente toma de decisiones políticas. El 8 de julio de 2013, el Papa Francisco apelaba a nuestras conciencias:

Inmigrantes muertos en el mar, por esas barcas que, en lugar de haber sido una vía de esperanza, han sido una vía de muerte. Así decía el titular del periódico. Desde que, hace algunas semanas, supe esta noticia, desgraciadamente tantas veces repetida, mi pensamiento ha vuelto sobre ella continuamente, como a una espina en el corazón que causa dolor. Y entonces sentí que tenía que venir hoy aquí a rezar, a realizar un gesto de cercanía, pero también a despertar nuestras conciencias para que lo que ha sucedido no se repita.

Pero en septiembre se contaban más de 500 naufragos en las costas de Lampedusa, y 80 muertos. El Papa Francisco volvió a clamar “¡Vergüenza!”. El Centro Astalli y todo el Servicio Jesuita a Refugiados en Europa (JRS-Europe) instaban ‘a la Comisión Europea a activar un canal humanitario a Europa de modo que las víctimas de la guerra y los conflictos puedan conseguir la protección internacional’. Del mismo modo que recordaban que ‘garantizar el derecho de asilo implica **permitir que las personas refugiadas y migrantes forzosos accedan en condiciones de seguridad a nuestros países, sin necesidad de arriesgar sus vidas, poniéndolas en manos de mafias y traficantes**’.

Lampedusa no es el único lugar al que arriban personas en busca de protección internacional. Malta, Grecia, Croacia, Bulgaria, Rumanía, Polonia... son otros países en los que las fronteras se cobran múltiples vidas; a pesar de los controles policiales reforzados por instituciones comunitarias como FRONTEX; controles que salvan vidas, también, pero que, en ocasiones, provocan tragedias.

Las vallas fronterizas de Ceuta y Melilla también son piedras de toque para la conciencia moral de un modo que tiene implicaciones políticas. Las llamadas ‘concertinas’ revelan medios permanentes de prevención de cruces irregulares de la frontera que provocan serias lesiones y amenazan la vida. Los sucesos en la playa del Tarajal (Ceuta) han revelado un uso abusivo de herramientas de contención y mantenimiento del orden público, en circunstancias tales que han provocado tanto heridas de gravedad como muertes. Más aún, una propuesta como la de regular las ‘devoluciones en caliente’, supedita la garantía de los derechos fundamentales a la eficacia del control de fronteras y de la lucha contra la inmigración irregular.

A estas tragedias, la UE y sus países miembros responden cerrando aún más sus fronteras e intensificando la cooperación para gestionar la migración -evitando la emigración a Europa-. El SJM manifestaba el 12 de febrero que el control migratorio debe respetar escrupulosamente el marco legal y que no puede ejercerse sin el respeto debido a los derechos de las personas ni puede obstaculizar la identificación de personas con derecho a protección, como refugiados y menores. A la vez que hacía un llamamiento a toda la sociedad y al Estado para desarrollar la capacidad de acogida y la hospitalidad con las personas extranjeras.

2.2.- Apostar por las alternativas al internamiento de personas extranjeras

El SJM pide que se cierren los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE). Le asisten razones varias: son espacios poco transparentes en los que no se garantizan adecuadamente los derechos humanos; así como estigmatizan y criminalizan a la inmigración, cuando en ellos se interna a personas detenidas por infracciones administrativas.

El SJM pide que se cierren los CIE, sí, pero exige que, mientras existan, sean utilizados de un modo excepcional; garantizando en todo caso el ejercicio de los derechos de las personas internas.

El Tribunal Constitucional ha establecido que el internamiento de las personas extranjeras “debe regirse por el principio de excepcionalidad...”, lo que supone que la libertad debe ser respetada salvo que se estime indispensable la privación de libertad de la persona

extranjera por razones de cautela o de prevención que habrán de ser valoradas por el órgano judicial.

El marco legal español, europeo e internacional configura las expulsiones coactivas como medidas excepcionales, una vez analizado y valorado el caso concreto. Si no es posible la regularización de la persona extranjera y se decide su expulsión, ha de facilitarse en primer lugar el retorno voluntario informado y asistido. Si fracasa este plan de retorno, la privación de libertad solo debe operar cuando hayan sido exploradas las alternativas al internamiento, y solo si existen razones de orden penal y no administrativo.

A pesar de la configuración legal del internamiento como último recurso y de sus elevados costes humanos y económicos, en España se ha configurado de facto el internamiento de extranjeros como la principal medida cautelar -por no decir la única- en el procedimiento de expulsión.

Es necesario un redimensionamiento de la medida de internamiento que conduzca, a medio plazo, a la reducción de la población en los CIE. Para ello, el SJM propone abordar las siguientes situaciones:

- a) **Priorizar el retorno voluntario** frente a la expulsión forzada.
- b) Explorar y **desarrollar alternativas** al internamiento con **medidas no privativas de libertad**.
- c) **No internar a personas con perspectivas razonables** de obtener la **regularización** de su situación administrativa.
- d) **No internar a personas con perspectivas razonables** de que se **estimen los recursos** que han interpuesto contra su expulsión.
- e) **No internar a personas sin documentar** con bajas perspectivas de ser finalmente expulsadas.
- f) **No internar a personas por mera estancia irregular**.
- g) **No internar a personas** en situaciones de **vulnerabilidad**.
- h) Reforzar la **identificación y protección de solicitantes de asilo, menores y mujeres víctimas de trata** de seres humanos en los CIE, llevando -en su caso- al cese inmediato de su privación de libertad.
- i) Mejorar significativamente las **garantías de los derechos** de las personas internadas.

2.3.- Reforzar un sistema de salud inclusivo y no excluyente

Los últimos 15 años en Europa han supuesto un cambio de escenario especialmente importante en lo que se refiere a la gestión de los flujos migratorios y a los derechos reconocidos a la población migrante. Las fronteras comunitarias siguen marcando prioridad en la agenda de los 27 Estados-miembro y condicionando las políticas migratorias de toda la región.

Hablar del periodo 2000-2015 implica, necesariamente, reconocer la restricción en el ejercicio de derechos de las personas inmigradas en el territorio comunitario, y muy especialmente, de aquellas que se encuentran en situación irregular. Trabajo, salud, educación o libertad de movimiento son áreas en las que se han visto especialmente afectadas las condiciones de vida de la población inmigrada durante estos años. De este modo, la progresiva desprotección institucional se ha dejado ver en los diversos escenarios nacionales.

En materia de salud, este periodo obliga a **poner en el centro los determinantes de la salud, especialmente los determinantes sociales**, dado el impacto de la crisis económica en la calidad de vida de una gran parte de la población general y, en mayor medida, de la población inmigrada.

Los determinantes sociales de la salud no remiten solo a aquellos factores individuales relacionados con un **estilo de vida saludable**, sino a las **condiciones de vida** y las experiencias cotidianas que lo posibilitan o dificultan. Dichas condiciones están, a su vez, sujetas a otras más estructurales, como la **distribución de la riqueza, la coyuntura socioeconómica, la situación política, los factores ambientales y los culturales** (incluyendo el clima social que se genere en torno a la diversidad cultural). Estos **factores estructurales** son considerados por la OMS la **causa principal de las inequidades en salud**.

En esta línea, la Conferencia Mundial de la OMS en Río de Janeiro en octubre de 2011 señala como líneas estratégicas fundamentales: 1) **Reducir las inequidades** en los factores estructurales a través de una buena gobernanza; 2) Reforzar la promoción de la **participación a partir de la liderazgo de las comunidades**; y 3) La función del **sector salud como agente reductor de las inequidades** en salud. Más aún, se llega a establecer como medida urgente para la equidad en salud “mejorar la distribución desigual del poder entre las distintas clases y grupos dentro de la sociedad mediante el fomento de la participación de los grupos que antes estaban excluidos en el proceso de toma de decisiones” (OMS, 2011, p.42).

Pese a la claridad de las directrices internacionales y regionales, la práctica en materia de políticas sociales y de salud ha venido siendo bien otra. **La crisis económica se ha convertido, en muchos casos, en justificación para reducir los derechos sociales de la población en situación de mayor vulnerabilidad.**

En España, concretamente, la aprobación del RDL 16/2012, *de medidas urgentes para garantizar la sostenibilidad del Sistema Nacional de Salud y mejorar la calidad y seguridad de sus prestaciones*, vincula el derecho a la asistencia sanitaria y la financiación pública de los medicamentos a la situación administrativa y de empleo de los ciudadanos. Se rompe, así, con el modelo de Sistema Nacional de Salud de asistencia universal hasta ahora existente, y se suspende la asistencia sanitaria a las personas en situación irregular (excepto en caso de urgencia, embarazo, parto y postparto, y a las personas menores de 18 años. No obstante, también en estos casos se vulnera el derecho de asistencia).

El RDL justifica su puesta en marcha por motivos económicos y por la sostenibilidad del sistema sanitario, cuando, sin embargo, en el análisis de los motivos de su puesta en vigor se comprueba cómo el verdadero problema no se encuentra en asistencia a la población en situación irregular sino en los acuerdos bilaterales entre los distintos Estados-miembro.

Además, el RDL choca de frente con un esfuerzo histórico por defender el acceso universal a la salud y por proteger la dignidad humana, obstaculiza el cumplimiento de los compromisos implícitos de los profesionales sanitario con las personas y la sociedad, implica un serio riesgo para la salud pública y pone seriamente en riesgo la cohesión social.

Sigue vigente el estudio que hizo el JRS-Europa sobre el acceso limitado a la asistencia sanitaria de las personas inmigradas en situación irregular y de las solicitantes de protección internacional en Europa (tratado como forma de destitución). En España, como en toda Europa, es preciso garantizar el acceso universal a la atención sanitaria primaria.

Carta del arzobispo de Tánger

Mons. Santiago Agrelo

Queridos:

Con vosotros y desde la fe quiero acercarme, una vez más, a ese espacio humano, ético, espiritual, evangélico, en el que se mueve y nos sitúa una humanidad empobrecida en busca de futuro: hombres, mujeres y niños a quienes los dueños de las fronteras negamos el derecho a emigrar.

No es mi misión entrar en debates de política, de filosofía, de antropología, ni siquiera de teología. A mí se me pide que, “con la palabra y el ejemplo”, guíe al pueblo que se me ha confiado; a mí se me ha pedido “vivir para los fieles”, ser entre ellos como el menor y como el que sirve, proclamar a tiempo y a destiempo la palabra de Dios. Éste es el mandato que he recibido: “Ama con amor de padre y de hermano a cuantos Dios pone bajo tu cuidado, especialmente a los presbíteros y diáconos, a los pobres, a los débiles, a los que no tienen hogar y a los inmigrantes”.

Por fidelidad a esa misión y mandato, os vuelvo a hablar de los inmigrantes. Quienes pretendan que los veáis con recelo, con temor, con desprecio o con odio, han de encontrar encendida siempre en vuestro corazón la luz de la mirada con que Dios los mira.

Lo que confesamos cuando decimos que creemos:

Escuchad el clamor de vuestra fe, susurrada en la plegaria eucarística; escuchad cómo vuestro Dios abre fronteras, abate vallas, rompe muros, anula distancias, para que los pobres, los oprimidos, los afligidos, alcancen la salvación que necesitan: “Tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en toda nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos, y a los afligidos el consuelo”.

Dios experimentó la aflicción para que tú, la Iglesia de los que él ha redimido, fueses consolada; Dios se empobreció para que tú fueses enriquecida; Dios se redujo a la debilidad de la carne para que tú te vieses fortalecida. Por ti, por abrirte un paso amplio y acogedor en la frontera impenetrable de la gracia, de la santidad y de de la vida, tu Dios se atrevió a vivir una relación escandalosa con el pecado y con la muerte: “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne”. Y si alguien en la Iglesia me dijere que ese lenguaje es oscuro, le recordaría aquellas otras palabras del apóstol, que hoy, si él no las hubiese escrito, nadie se atrevería

a decir: “Al que no conocía pecado, (Dios) lo hizo pecado a favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él”.

Si hablas de tu Dios, has de recordar necesariamente la compasión que tuvo de ti, la misericordia que ha usado contigo, el amor con que te ha buscado, la solicitud con que ha cuidado de ti.

Si hablas de tu Dios, tal como lo has conocido en palabras y hechos de Jesús de Nazaret, la compasión, la misericordia, el amor, la solicitud de que él te ha rodeado, habrás de reunirlos más que resumirlos en las entrañas del verbo servir: “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos”.

Tu Dios vino a ti rompiéndose la carne en tus caminos para que tú pudieses ir a él por un camino llano, sin otro pasaporte que la fe con que te dejas amar por él.

Tu Dios no ha hecho magia para sacarte de un apuro, sino que se despojó de sí en solidaridad contigo, y te amó, sin condición y sin medida, aun a riesgo de ser rechazado por ti.

Lo que confesamos cuando oramos:

Todavía esta mañana, en la comunidad eucarística, orábamos con estas palabras tuyas, Iglesia redimida, amada, creyente, esperanzada: “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”.

Os pido, queridos, no que imaginéis, sino que de verdad llevéis, como un mensaje de amor en los bolsillos de vuestra ropa, como un mandato de Dios en el secreto del corazón, como una súplica de vuestra comunidad eclesial en la memoria, esas palabras de la plegaria eucarística. De modo que, allí donde os encontréis, en una playa, frente a una valla, en un espigón, o en la mesa del comedor de vuestras casas, los latidos de vuestro corazón se acompañen sencillamente con el corazón de Dios.

Lo que ha de confesar nuestra vida entera:

El lavatorio de los pies, del que nos habla el evangelista Juan, lo mismo que la Eucaristía, de la que hablan los evangelios sinópticos, representa la vida entera de Jesús, su entrega, su abajamiento a los pies de la humanidad, su anonadamiento hasta lo hondo de la condición humana, su forma de amar, su misión de servir.

Profesar un credo que ignore a Cristo arrodillado a los pies de la humanidad para limpiarla, sería negar lo esencial de nuestra fe.

Credo y evangelio han de ser llevados íntegros en el corazón, en la boca y en la vida.

Y hay cosas en las que no se nos ha dejado espacio para la ambigüedad. Esto se lee en el evangelio de Mateo: “Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos”. Y esto leemos en el evangelio de Juan: “Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: « ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies

unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

Nuestra vida se mueve entre un “no será así entre vosotros” y un “haced vosotros lo mismo”. Y es responsabilidad de cada creyente discernir dónde se encuentra, sabiendo que está llamado a acercarse de corazón, con toda su alma, con toda su mente, con todas sus fuerzas, a ese “haced vosotros lo mismo” que pronunciaron los labios de Jesús.

Vosotros sabéis que ése es el compromiso que recordamos y renovamos cada vez que comulgamos, pues otra cosa no es nuestra comunión si no dejarnos comulgar por Cristo, dejarnos transformar en Cristo, de modo que en Cristo seamos de Dios y de los hermanos. No sólo nos sabemos llamados a hacer lo que el Señor hizo, sino que nos sabemos amorosamente invitados a ser su presencia viva en el mundo.

Las fronteras infranqueables, con sus vallas y sus cuchillas y sus fuerzas antidisturbios, son un ejemplo de lo que “no ha de ser así entre nosotros”, son una forma cruel de opresión, con la que los poderosos se muestran dueños y señores de los destinos de los pobres. Nadie podrá reconocer en esas fronteras una forma de respeto a los derechos y a la dignidad de las personas y de servicio a los necesitados.

Por eso, sin temor a equivocarme, puedo decir que esas fronteras, siendo legales, legítimas, y puede que del todo razonables, son para un cristiano negación de lo esencial de su credo, dejan sin corazón el evangelio, niegan al Dios y Padre de Jesús de Nazaret.

Petición:

Se lo pido al Señor como gracia para cuantos lo amáis y queréis seguir de cerca las huellas de Jesús de Nazaret: “Que todos sepamos discernir los signos de los tiempos y crezcamos en fidelidad al Evangelio; que nos preocupemos de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres, y así les mostremos el camino de la salvación”. “Que, en medio de nuestro mundo, dividido por guerras y discordias”, por ambiciones y egoísmos, por odios y miedos, “la Iglesia sea instrumento de unidad, de concordia y de paz”.

Que a nadie falte la oración de los demás.

Un abrazo de vuestro hermano menor.



Bicentenario de Don Bosco -espiritualidad-

Una espiritualidad inseparable de la misión

-Los jóvenes para Don Bosco un “lugar teológico de Encuentro con Dios”-

Carlos Nanni, sdb

1. Los jóvenes “sustancia” de la vida de don Bosco

Don Bosco ha tenido un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso. *“No dio(un)paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas”* (Const. 21) Su vida fue pensada y vivida en el “da mihi animas... de los jóvenes”. Esto lo llevo a tener un fuerte afecto por los jóvenes: “Me basta que seáis jóvenes, para amaros” (Introd. al). Las Constituciones de los salesianos en el art. 20 nos recuerdan: “Guiado por María, que fue su maestra, Don Bosco vivió, en el trato con los jóvenes del primer oratorio, una experiencia espiritual y educativa que llamó Sistema Preventivo. Para él era un amor que se dona gratuitamente, inspirándose en la caridad de Dios, que precede a toda criatura con su providencia, la acompaña con su presencia y la salva dando su propia vida.

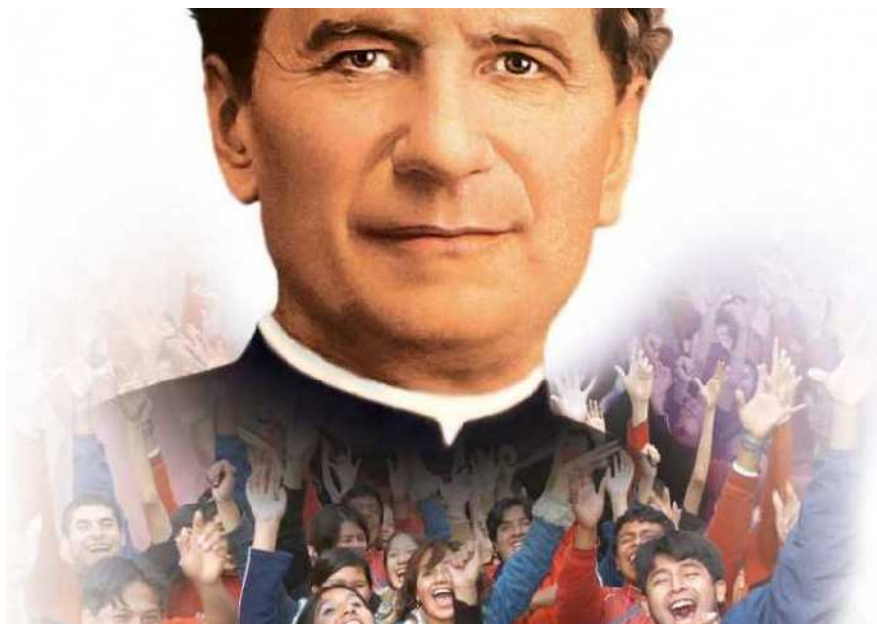
2. La educación misterio teologal

Revisar la experiencia educativa de don Bosco nos ayuda a tomar el sentido profundo de la educación: el «misterio de la educación».

La relación educativa - punto central de la educación - como todas las relaciones interpersonales, de grupo, comunitarias, profundiza su realidad en el misterio de la vida, en el misterio de las personas, de su interioridad para tantos versos “inefables”, de la libertad y de las dinámicas interpersonales profundas (*La persona es un foco de libertad, y por esto permanece oscura como el centro de la llama: E. Mounier*). Pero la experiencia educativo-pastoral de don Bosco, leída a la luz del misterio de la encarnación, permite ver de manera más profunda la relación educativa. DE hecho lleva a verla y a vivirla no sólo teniendo a los jóvenes, al estudiante o estudiantes como socio, como persona, como imagen o semejanza de Dios, como modelo de los “pequeños del Reino” de los que habla el Evangelio, sino que invita a ver más profundamente la relación educativa y a intentar vivirla como modalidad unitaria de vivir y crecer juntos, docentes y alumnos, en cuanto todos somos “hijos del Hijo”: es decir como relación de hermandad cristiana hecha posible por Jesucristo (incluso en la diferenciación personal, de status, roles y funciones) y como realización, en el tiempo, del misterio de la vida y de las relaciones trinitarias: Cristo en nosotros y con nosotros, por el Espíritu, en comunión con Dios Padre (cfr. Gal 4, 4-7; Rom 8.14-17; 1Jn 3, 1-5; Jn 1,12) .

Más específicamente puede permitir sentir y considerar la relación educativa y las diversas formas de comunidad educativa como comunión de vida y expresión del misterio de la Iglesia, en cuanto docentes y estudiantes, con diversos títulos son “miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia” (como dice en muchos de sus escritos san Pablo) o son incluso en el interior de su ser “sacramento de salvación del y para el mundo”.

[Cfr. El icono del partido educativo = juego de equipo, juntos, educandos y educadores “en el juego” del crecimiento propio, de otros, común, cada uno con roles y funciones propias y diversas (no tanto la “centralidad del joven”, que arriesga objetivarlo, impidiéndole ser activo y protagonista del propio crecimiento)]. La educación de inspiración cristiana no disminuye la consistencia y validez del proyecto de “vida buena” (buenos cristianos y honrados ciudadanos” de don Bosco), puesto como fin de la acción educativa común, pero que la integra y eleva a la plenitud de modelo de humanidad, que se ha presentado en la historia de Cristo, verbo encarnado y resucitado (cfr. Ef.4,13 y el n. 22 de la GS); y recompone la vida histórica en la historia de salvación, que encuentra sus inicios en el proyecto creador de Dios y que, en la actualidad de lo ya existente, gracias a Jesús, energía y esperanza del mundo, se extiende hacia el Reino de Dios, en el que se cumple el anhelo humano de una liberación plena y la comunión con Dios. El compromiso educativo se convierte en un modo específico a nivel de la formación personal: que se quiere para todos integral y pleno.



3. El sistema preventivo “vía áurea” para vivir el misterio de la filiación

Si se pone en este orden de ideas, el sistema preventivo de don Bosco se convierte en mucho más que una idea (=prevenir no reprimir cfr. Giuseppe Lombardo Radice) y un método (= razón, religión y amorevolezza).

Lo es. Pero para nosotros sus hijos es mucho más.

Es - dicen las Constituciones en el n. 20 ya citado - « Don Bosco nos lo transmite como modo de vivir y trabajar, para comunicar el Evangelio y salvar a los jóvenes con ellos y por medio de ellos. Este sistema informa nuestras relaciones con Dios, el trato personal con los demás y la vida de comunidad en la práctica de una caridad que sabe hacerse amar».

Si lo vivimos en el “misterio de la filiación” entonces también será posible para nosotros ser como don Bosco “contemplativos en la acción”, “viviendo como El que “vivía como si viese lo invisible” (cfr. Const.Sal. Art12 e 21).

Si es verdad que «el cristiano del futuro o será místico o no será cristiano» (K. RAHNER, *Nuevos ensayos*, Roma 1968, p. 24), entonces está claro que para nosotros salesianos y salesianas no hay escapatoria: si queremos ser cristianos en este siglo nuestro, para nosotros no hay otra que la “vía mística”: aquella de la educación, vivida en el misterio de la filiación y de la vida trinitaria calada en el tiempo y en la historia, en el actuar del hombre (= el joven) y la salvación del mundo: nosotros hoy, como don Bosco en su tiempo. Esta es la “gracia de la unidad” personal y comunitaria salesiana.

4. Un modo renovado de pensar, vivir y formarse en el “espíritu salesiano”

La ética cristiana es una ética de filiación, del sentirse y del actuar como hijos “adoptivos”: no una ética del deber por el deber, de lo “políticamente correcto” o de un pactar continuo, sino del vivir y actuar como “hijos del Hijo”, en el amor y en la misericordia.

La filiación cristiana permite entender mejor, vivir con sentido de satisfacción, y formarse “en la alegría”, en aquellas que son las fortalezas del espíritu salesiano, es decir en aquellos planteamientos y modalidades virtuosas que definen la sustancia personal del ser y actuar salesiano.

También en este caso me refiero sintéticamente a las Constituciones Salesianas (cap.II titulado “El espíritu Salesiano” n. 10-21). Después de precisar que el Cristo del Evangelio es la fuente de nuestro espíritu, se prospecta que son al mismo tiempo condiciones “virtuosas” y expresiones comportamentales:

- ✓ reavivar continuamente la dimensión “teologal” de nuestra actividad (= la “teologalidad” de nuestro actuar: aquella que tradicionalmente se decía «vivir en la presencia de Dios» y que en otros términos se podría decir: «ver, pensar, actuar con el ojo de Dios, con el corazón de Dios, con la paciencia y la misericordia de Dios); - poseer el sentido de Iglesia;
- ✓ sentir en lo profundo de nosotros la “predilección por los jóvenes” («Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto hasta dar la vida»).
- ✓ practicar la “amorevolezza salesiana”: el salesiano/salesiana es abierto/a y cordial, listo/a para dar el primer paso y acoger a los jóvenes y todo siempre con bondad, respeto, paciencia y amplitud de miras;
- ✓ actuar e interactuar en espíritu de familia, como personas en una comunidad educativa;
- ✓ ser capaces de tener optimismo y alegría;
- ✓ practicar la indicación de don Bosco: “trabajo y templanza”;
- ✓ ser capaces de tener creatividad y flexibilidad.

Pero por encima de todo está aquello que se afirma en el art. 39 de las Const.: «La práctica del sistema preventivo requiere en nosotros una actitud de fondo: la simpatía y la voluntad de entrar en contacto con los jóvenes. “Aquí con vosotros me encuentro bien; mi vida es precisamente estar con vosotros”». Esta hace de estructura de base a las “competencias virtuosas” de quien está arriba y de estrategia primordial de la actuación educativa salesiana.

Conclusión

Un viejo salesiano, don Pietro Gianola, decía que es necesario «querer bien, querer el bien, quererlo bien, haciéndolo bien!»

Pero también esto es porque el objetivo último y el fin es:

«¿Queréis hacer una cosa buena? Educad a la juventud.

¿Queréis hacer una cosa santa? Educad a la juventud.

¿Queréis hacer una cosa santísima? Educad a la juventud.

¿Queréis hacer una cosa divina? Educad a la juventud.

Anzi questa tra le cose divine è divinissima!» (DON BOSCO, *MB*, XIII, 629).

Y el fin último es: «yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn 10, 10).

Mensaje del XXVII Capítulo General a los Salesianos

Queridos hermanos:

Los participantes del CG 27 queremos compartir con todos vosotros la extraordinaria experiencia vivida en estos meses, convocados en Roma en el nombre del Señor y asistidos por la fuerza del Espíritu. El Capítulo ha sido un evento de gracia que quisiéramos prolongar con nuestra vuelta a casa para contaros en la vida de cada día, en medio de nuestros afanes y compromisos, que “el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres” (Ps 125, 3).

En el principio fue Valdocco

Comenzamos nuestra andadura en la Tierra Santa Salesiana, lugar de Evangelio y de milagros cotidianos. Fuimos allá como quien remonta el riachuelo buscando la fuente. Estábamos sedientos y el agua fresca de los orígenes fue descanso reparador; la historia de nuestro padre es siempre un estímulo creativo; en su vida y su propuesta hemos encontrado inspiración para recrear hoy el carisma. Redescubrir a Don Bosco nos ha ayudado a ahondar en las raíces de nuestra propia vocación evangélica y encontrar nuevos motivos para vivir con radicalidad, como él lo hizo, la entrega por el Reino en favor de los jóvenes más pobres. A la luz de su experiencia, también nosotros nos pusimos en camino bajo el manto de María Auxiliadora y seguros de su materna mediación.

Dios nos regaló un padre

De vuelta a Roma, comenzamos nuestros trabajos con reflexiones y deliberaciones comprometidas. El tono fraterno y la búsqueda en común han hecho posible un tejido de relaciones cordiales y sinceras entre nosotros que nos han ayudado a experimentar la riqueza de la interculturalidad y la profecía de la fraternidad vivida en primera persona.

Nos hemos sentido en comunión con las comunidades que, en países en conflicto, viven momentos dramáticos de su historia: Siria, Venezuela, la República Centroafricana o Sudán han estado muy presentes en nuestras oraciones. Su recuerdo nos ha acercado a la realidad doliente de muchos pueblos y nos ha actualizado el testimonio de numerosos hermanos que viven con radicalidad el Evangelio en situaciones de gran complejidad y nos estimulan en la entrega.

Y Dios nos regaló un padre. Al tiempo que expresamos nuestro agradecimiento por el ministerio luminoso y fecundo de Don Pascual Chávez Villanueva, sentimos que la elección de Don Ángel Fernández Artime como Rector Mayor y X Sucesor de Don Bosco ha sido un don de la Providencia para todos nosotros, para la entera Familia Salesiana y para los jóvenes. Su sonrisa abierta y sincera, su sencillez, su gran humanidad y una espontánea relación con cada uno de los hermanos nos han hecho ver enseguida en él el rostro del padre prometido: “Será elegido un nuevo Rector Mayor que cuidará de vosotros y de vuestra salvación eterna. Escuchadlo, amadlo, obedecedlo, rezad por él...” (Don Bosco). Gracias, Don Ángel por tu corazón de buen pastor y por tu generosidad.

Francisco nos cautivó

Un momento especialmente intenso ha sido el encuentro con el Papa Francisco. Nos ha acogido y nos ha bendecido; y en nosotros a cada uno de vosotros y a los jóvenes que el Señor nos confía. Su palabra, certera y afinada, nos ha tocado el corazón. En el espíritu de la “*Evangelii Gaudium*” nos ha pedido que fuéramos, como Don Bosco, hombres de evangelio que viven con sencillez y entrega la vida cotidiana con estilo austero y desprendido. Nos ha recordado que nuestro padre nos enseñó a querer a los jóvenes con la *amorevolezza* que expresa la ternura de Dios para con sus hijos más débiles. Nos ha pedido que salgamos a las periferias donde habitan los jóvenes y se expresan con más virulencia sus pobrezas, nos ha rogado que no escatimemos esfuerzos para dedicarles nuestras mejores energías a los que están en el descampado, sin perspectivas y sin futuro.

Sí, Francisco ha puesto fuego en nuestro corazón salesiano. Su abrazo ha sido expresión de afecto sincero a los hijos de Don Bosco y nuestra emoción al estrechar su mano ha renovado nuestra adhesión filial al sucesor de Pedro como siempre quiso Don Bosco de sus salesianos. Su mensaje permanece en nuestro corazón y es programático para nosotros.

A contracorriente y con esperanza

El tema de nuestro Capítulo, la radicalidad evangélica, ha suscitado una profunda reflexión que nos ha estimulado a la conversión. Hemos profundizado a partir de la Palabra, con la riqueza de experiencias diversas y en la búsqueda común, la llamada que Dios nos hace hoy a ser místicos en el espíritu, profetas de fraternidad y servidores de los jóvenes. Estamos seguros de que lo que hemos vivido en estas semanas es ya anticipo del camino que queremos recorrer con todos vosotros y las comunidades educativo-pastorales. Hemos soñado el futuro y nos empeñaremos en hacerlo realidad.

Unidos a la Vid y como sarmientos nuevos (cfr. Jn 15, 1-11), los salesianos soñamos con una vida consagrada que, vivida desde actitudes profundamente evangélicas, sea capaz de dialogar con la cultura e interrogar la realidad social en la que vivimos. Anhelamos para nuestras comunidades un estilo de vida sencillo, marcado por la alegría del evangelio y la pasión por el Reino. Queremos vivir como hombres con fuerte experiencia de Dios y con los pies en el suelo, capaces de dar razón de la esperanza que llevamos en el corazón con una existencia entregada, auténtica, íntegra; comprometidos en la búsqueda de las periferias y los desiertos de los jóvenes más abandonados.

Vivir a contracorriente hoy nos hace significativos. Cuando a nuestro alrededor crece el individualismo, la fraternidad es una alternativa creíble. Asumimos el reto de construir comunidades en las que aprendemos a pasar del “yo” al “nosotros” poniendo por delante el bien del hermano. Hemos de abrir espacios de acogida y diálogo que ayuden a restañar heridas con unas relaciones maduras y sanadoras. Es necesario el compromiso claro por humanizar la vida común para superar soledades y multiplicar la misericordia. En nuestro mundo, la apuesta por el perdón y la paz hace creíble nuestro modo de vivir y más nítidamente evangélico nuestro anuncio.

Des-centrados

Conscientes del nuevo momento eclesial que vivimos, estamos convencido de que nuestra vida consagrada es un grito contra el egoísmo y la auto-referencialidad: se trata de salir al encuentro de las necesidades de los demás con la actitud compasiva de Jesús y desde la realidad de nuestra vida pobre y solidaria. Nuestro claustro es el mundo de los jóvenes en dificultad y la plegaria nuestras manos alzadas y nuestra acción comprometida para devolver dignidad a los más excluidos. Por eso no puede haber reservas de energías, ni tiempo “para mis cosas”, ni reclusión en intereses personales. Tenemos por delante un éxodo que nos ha de alcanzar otra tierra, mil veces prometida: la de los más abandonados y empobrecidos. Allí encontraremos, como salesianos, nuestro Tabor.

Francisco nos ha invitado a situarnos en las fronteras, en los márgenes, en los extra-radios del mundo, en los desiertos existenciales donde muchos están como ovejas sin pastor y no tienen qué comer (cfr. Mt 9, 36). Esta es la clave desde la que el Papa nos pide des-centrarnos, es decir, buscar otras miradas que nos ofrezcan puntos de vista diferentes y nos ayuden a leer la realidad más allá de nosotros mismos. Este es el nuevo desafío para la vida religiosa hoy: pensarnos y vivirnos “des-colocados” de nuestro modo de ver la realidad, demasiado convencidos como estamos de nuestro buen hacer, suficientemente cómodos con nuestras obras centenarias, comprometidos en un trabajo estructurado y satisfactorio. Cuando pensamos en la renovación de nuestra Congregación, ¿no tendremos aquí un criterio de significatividad que nos puede ayudar a dar un nuevo impulso a nuestras viejas estructuras? No es fácil “des-colocarse”, pero es urgente hacerlo si queremos seguir siendo fieles a la llamada de Dios.

Queridos hermanos, hemos sentido estos días el impulso del Espíritu que “hace nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5). Es el momento de hacer operativas las líneas de camino que nuestro Capítulo General nos propone. Queremos, movidos por su fuerza y alumbrados por su luz, “remar mar adentro” (Lc 5, 4), navegar hacia aguas más profundas en nuestra vida consagrada y en la misión juvenil y popular. Sentimos la urgencia de anunciar con audacia el evangelio liberador de Jesucristo, buena noticia para los pequeños y los pobres. Y si, viendo nuestra entrega y nuestra alegría, alguien nos pregunta ¿por qué lo hacéis? Responderemos en libertad que Dios llena nuestra existencia y su amor desbordante clama en nosotros para que los jóvenes “tengan vida y la tengan en abundancia” (cfr. Jn 10, 10).

Roma, 12 de abril de 2014